

Han pasado más de setenta años desde que Roberto Chapman pasó a la presencia del Señor, pero esta es la primera biografía completa que ha sido publicada de aquel gran hombre de Dios. Era uno de los líderes más destacados de aquel movimiento del Espíritu de Dios que, originándose por la misma época en distintas ciudades de las Islas Británicas —Dublín, Plymouth, Bristol— se ha dado en llamar “de los Hermanos” y que pronto se extendió no sólo a muchas partes de la Gran Bretaña, sino a Suiza, Francia, Bélgica, Holanda y otros países europeos. Desde entonces, debido al esfuerzo misionero que siempre lo ha caracterizado, ha alcanzado a los países del sur de Europa —entre ellos España—, Africa, Asia y América, hasta que hoy hay pocas naciones que no cuentan con algunas asambleas.

Esta sencilla, pero conmovedora historia está llena de significado para nuestros días; es todo un reto a la Iglesia de Cristo, y, de manera especial, a los herederos espirituales de Chapman, Groves, Darby, Müller y otros de su tiempo. Porque la vida de Chapman fue ejemplar; no sólo se identificó gozosamente con los principios del movimiento que ayudó a formar, en cuanto reflejaban el cristianismo de la era apostólica, sino que los vivía a través de un largo y fructífero servicio. Por esto, en días cuando el cristianismo tiene mucho de facha-da, pero poco del espíritu de sacrificio, de entrega, que caracterizó a los primeros discípulos, el ejemplo tan señalado de Roberto Chapman merece ser conocido, estudiado y seguido por todos aquellos que profesan ser de Cristo. Como un conquistador bien ha dicho “si los creyentes de hoy aprenden las lecciones de la vida de Chapman y las dejan penetrar en sus corazones, los resultados serán incalculables”.

Para los evangélicos españoles la figura de Chapman adquiere realce muy especial, por cuanto fijó su mirada de amor en los habitantes de la Península en tiempos cuando las puertas para la entrada del Evangelio se hallaban cerradas; es decir, antes del año 1868. No sólo vino aquí personalmente, sino que interesó a otros para que lo hicieran, lo que a su vez, andando el tiempo, dio lugar a que otros muchos se ofrecieran para laborar en este país. Pero



una parte importante de la bendición resultante de las labores de aquellos pioneros ha surgido del amor, de la visión y, sobre todo, de la constante *intercesión* del protagonista de este libro. En verdad, fue un verdadero hermano y amigo de España.

El autor, Frank Holmes, era todavía ministro de la Iglesia Libre de Inglaterra cuando preparó los materiales para este libro, pero que ahora dedica todo su tiempo al ministerio de la Palabra entre las iglesias de los Hermanos, dice en su Prefacio: «Es mi sincero deseo que la lectura de esta obra pueda llevar a un renovado estudio de los principios por los que Chapman vivió. Considero que Chapman demostraba, en aspectos muy prácticos, el significado de la palabra “hermano”, y que tanto la Iglesia como el mundo necesitan tales demostraciones prácticas de “hermandad”».

LITERATURA BIBLICA ofrece este tomo al pueblo evangélico de España como su contribución a la celebración del Centenario del testimonio público del Evangelio en España.

Otros libros de la BIBLIOTECA DE LITERATURA BIBLICA:

La Iglesia, las iglesias y la obra misionera, por E. Trenchard.

Escogidos en Cristo, por E. Trenchard y José María Martínez.

La Aurora de la redención del amor, por Erich Sauer.

El significado del movimiento de los Hermanos, por Mariano San León y otros.

El niño y la escuela dominical, por E. Trenchard.

Cristo vendrá otra vez, por C. F. Hogg y W. E. Vine.



EDITORIAL
LITERATURA
BIBLICA

Apartado 13002
MADRID (España)

Roberto Chapman:

hermano verdadero
y amigo de España

por
FRANK HOLMES

TRADUCIDO DEL INGLES
por
SANTOS GARCIA Y JUAN FEDERICO



EDITORIAL
LITERATURA
B Í B L I C A
TRAFALGAR, 32
MADRID (España)

Este libro fue publicado originalmente en inglés por THE VICTORY PRESS, Inglaterra, bajo el título BROTHER INDEED.

Esta traducción se publica con la autorización de la editorial inglesa.

Los derechos son reservados por LITERATURA BIBLICA.

Se prohíbe la reproducción de parte alguna de este libro en la forma que sea sin el previo permiso de la casa editorial.

Literatura Evangélica

Dep. Legal, M. 19.152-1969

PREFACIO DE LOS EDITORES

Gracias a la amable colaboración de don Frank Holmes, autor del original inglés de esta obra, es posible que LITERATURA BÍBLICA presente al público español esta cuidada traducción, que se debe a los trabajos de don Juan Federico, de Zaragoza, y de don Santos García, de Sevilla. Lo consideramos un honor y un privilegio editar este tomo, modesto en cuanto a su tamaño, pero lleno de significado para nuestros días. Se nos dice que son “otros tiempos” situados en distintas perspectivas. Bien, nos alegramos de ello, pero la tremenda “novedad” del Nuevo Pacto no impidió que el autor de la *Epístola a los Hebreos* resumiese las vidas de fe de los “héroes” del Antiguo Testamento, sacando preciosas lecciones de ellas y haciendo ver que los valores fundamentales de los hombres de Dios —los que adelantaron su Reino en su generación— son constantes, ya que en todo caso y en toda época han de hacer contacto con Dios por la fe y obrar frente a sus semejantes con amor.

La vida de Roberto Chapman es ejemplar, y por ello necesita ser conocida y estudiada. Frank Holmes, cuando se halló en el distrito de Barnstaple como ministro de la Iglesia Libre de Inglaterra, quedó tan impresionado por los recuerdos que aún quedaban grabados en la memoria de quienes habían conocido a Chapman, que emprendió la difícil tarea de investigación con el fin de escribir esta biografía. La labor se hizo tanto más ardua por cuanto Chapman —movido por el temor de destacar al “hombre” que caracterizaba a

tantos de los tempranos líderes de los “Hermanos”—había destruido sus papeles. Gracias por lo que Holmes pudo hallar, y que presenta con acierto y lucidez.

No sabemos cómo el joven abogado inglés llegó a sentir una carga espiritual en cuanto a los españoles, pero el libro que presentamos habla de sus visitas a este país, bien que de forma tan sucinta que quisiéramos saber más detalles.

Los informes de Chapman y los de sus acompañantes en algunas de estas visitas, Gould y Lawrence, redactados todos en el lenguaje piadoso, moderado y celoso a la vez que era normal entre los líderes de las Asambleas, levantaron el interés por España, como campo de misión, de muchísimos hermanos en la Gran Bretaña, impulsando a un buen número de ellos a ofrecerse para la obra aquí. Estos hicieron brecha en las graníticas murallas del sistema imperante, haciendo posible la formación de las setenta o más asambleas existentes hoy, que procuran ir edificándose en la Palabra, “resplandeciendo como luminares y extendiendo la Palabra de vida” (Fil. 2:15).

Hemos hecho constar que la vida de Chapman fue ejemplar, y nótese cuidadosamente que hacemos referencia a su *vida*. Se identificó gozosamente con los *principios* del movimiento de los “Hermanos” en cuanto reflejaban el cristianismo de la era apostólica, no sólo en la letra, sino en el espíritu. Creía en el sacerdocio de todos los creyentes, en el ministerio de la Palabra, según los dones concedidos por el Espíritu Santo, y en el valor bíblico y práctico del Partimiento del Pan, pero sobre todo se hacía eco de las palabras de Pablo en 1 Cor. 13:1-3: “Si yo hablase lenguas humanas y angelicales y no tengo amor...; si tuviese profecía y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe... y no tengo amor, nada soy..., de nada me sirve”. El lector verá que su humilde casa, donde re-

cibía y servía a todo aquel que se acogiera a su sencilla hospitalidad —sin mirarle la etiqueta eclesiástica—, llegó a ser llamada “la universidad del amor”. Por ello, aun cuando supo definir bien su propia posición bíblica, Chapman no se encontró envuelto en las tristes divisiones que dieron lugar al exclusivismo. Le bastaba recibir y servir a quienes Cristo había recibido, a aquellos por los cuales el hijo de Dios se dio a sí mismo en la Cruz. He aquí la ejemplaridad de esta vida, que pertenece a toda la Iglesia, entendida como el conjunto de los fieles.

He aquí, pues, la contribución de LITERATURA BÍBLICA a la celebración del Centenario del testimonio público del Evangelio en España. Pese a los fallos humanos, y a la triste sangría de la emigración, la obra se ha extendido, y una parte importante de la bendición ha surgido del amor, de la visión y de la constante intercesión del protagonista de este libro. Muchos esfuerzos y sacrificios ha habido, pero este pequeño tomo nos ayuda a volver a meditar en los valores permanentes, sin los cuales el mero trabajo se vuelve en un montón de paja.

En Madrid, julio 1969
Los Editores.

PREFACIO DEL AUTOR

Al Dr. A. T. Pierson le hubiera gustado escribir este libro. De haberlo hecho, los lectores hubiesen tenido ahora en sus manos algo mucho más exhaustivo que lo que se ha intentado en estas páginas, puesto que, desde sus tiempos hasta hoy, a Roberto Chapman le ha faltado un biógrafo. Existe, sí, una obrita de cierta importancia titulada “Robert Cleaver Chapman of Barnstaple”, por W. H. Bennett. Pero en ella se presenta sólo un retrato del protagonista en su vejez, sin mencionarse para nada los años de su juventud.

No ha sido nada fácil escribir esta biografía, porque Chapman vivió casi cien años y destruyó intencionadamente la mayor parte de sus papeles. Cuando comencé mis investigaciones encontré que los detalles de su vida, anteriores al año 1848, se habían perdido. Y éste es, precisamente, el período más importante en la historia de los “Hermanos”. Con todo, el Señor ha guiado para que se encontrase mucho de lo perdido, de suerte que más de la mitad de este tomo trata de la vida de Chapman antes de cumplir los cuarenta y cinco años. Desde luego, está claro que no se trata de una biografía completa—no creo que se encuentre nunca el material para tal cosa—, pero es mi sincero deseo que la lectura de esta obra pueda llevar a un renovado estudio de los principios por los que Chapman vivió.

Considero que Chapman demostraba, en aspectos muy prácticos, el significado de la palabra “hermano”, y que tanto la Iglesia como el mundo necesitan tales demostraciones prácticas de “hermandad”.

Quisiera, desde estas líneas, expresar mi gratitud a muchos amigos de Barnstaple y otros lugares que tanta ayuda me han prestado en mi tarea. Especialmente estoy en deuda con el señor K. Swaine Bourne, quien ha hecho todo lo posible para asegurar que fuese publicada esta biografía de su muy querido amigo.

Cuando empecé a escribir este libro estaba lejos de pensar que antes de que viese la luz yo me hallaría en los círculos de aquellos que se reúnen en la manera descrita en el Cap. 7.

Muchas gracias también a la empresa Guillermo Heinemann Ldo, por autorizarme a citar ampliamente del libro de Godofredo Dennis, "Mary Lee".

FRANK HOLMES

Crowborough, 1956.

CAPITULO I

NACIMIENTO Y CONVERSION

Era un domingo por la mañana, a principios del siglo pasado. La congregación de la calle John, en un barrio de Londres, quedó un tanto sobrecogida a la vista de un apuesto joven que, vistiendo elegante frac azul celeste, subía las gradas del púlpito y se quedaba en pie al lado del ministro. Grandes botones dorados añadían el toque final a su atuendo, a través del cual era fácil calificar a su poseedor como uno de los elegantes de la época. Pero tan pronto como el joven empezó a hablar se hizo un profundo silencio; nadie quería perderse las palabras —pronunciadas en tono moderado, aristocrático— con que explicó el propósito que le había impulsado a subir al púlpito. Estaba allí, dijo, para dar testimonio del gozo y la paz que acababa de encontrar en Cristo.

Tal fue el marco que rodeó a Roberto Cleaver Chapman en su primer testimonio público. Quienes lo oyeron quedaron vivamente impresionados por su evidente sinceridad, pero seguramente nadie pensó aquella mañana que aquel joven tenía ante sí setenta y nueve años de activo servicio, durante los cuales su carácter e influencia se extenderían por todo el país, e incluso más allá, en Irlanda y España, mientras que su nombre se

colocaría a la altura de los de Jorge Müller y J. N. Darby (1), como uno de los “varones principales entre los hermanos”.

R. C. Chapman era hijo de un cierto Tomás Chapman, de Whitby. Los Chapman de Whitby eran una antigua y honorable familia que ostentaba un escudo de armas, cuyo lema rezaba: *Crescit sub pondere virtus* (Prosperado bajo el peso de la virtud). Cuando Roberto nació, su padre era un rico comerciante establecido en Elsinore, Dinamarca, donde su numerosa familia vivía rodeada de lujos y opulencia. Pocos de quienes trataron a Roberto Chapman en los años posteriores a su conversión, cuando a menudo tenía que esperar en el Señor para la provisión de sus necesidades más elementales, podían adivinar en él a un hombre cuya infancia, así como los primeros años de su juventud, habían transcurrido en una señorial mansión, con un pequeño ejército de criados y un coche que lucía el escudo de armas de la familia.

Roberto recibió de su propia madre las primeras lecciones. No parece que su madre fuese tan severa y disciplinaria como la de los Wesley, a pesar de lo cual Roberto siempre se mostró dispuesto a reconocer lo mucho que debía a sus cuidados. Ella le inculcó sanos principios morales, y se esforzó para que su hijo asistiese con regularidad a la iglesia; pero el conocimiento claro del Evangelio y la enseñanza sobre la necesidad de un Salvador personal no formaban parte de la vida de hogar en casa de los Chapman. Esta actitud de desconocimiento y apatía se hicieron bien patentes cuando el propio padre confió a un abate francés la educación de su hijo Roberto.

Desde un principio, Chapman asimiló bien las lec-

ciones, evidenciando una especial aptitud para los idiomas. Su habilidad lingüística, que tan útil había de resultarle en sus viajes de evangelización por España, se explica en parte porque en sus primeros años oyó hablar en casa y tuvo que usar simultáneamente inglés, danés y francés.

Siendo todavía muchacho la familia regresó a Inglaterra. El abate fue despedido y Tomás Chapman buscó para su hijo un buen colegio inglés en Yorkshire, condado con el que la familia había estado vinculada durante muchos años.

Durante algunas semanas Roberto se sintió como nuevo, atraído por la curiosidad que despertaba en él la vida del colegio; pero luego que se esfumaron la extrañeza y la novedad de los primeros días, el muchacho se sumergió en sus estudios, en los que destacó por su acendrado amor a la literatura y por su don como escritor. A menudo, cuando se encontraba solo, soñaba despierto con la posibilidad de escribir algún libro o de convertirse en poeta. También siguió manteniendo vivo el interés por los idiomas, deleitando a sus profesores con su afán por conocer la literatura clásica de otros países.

Los días en el colegio pasaron pronto, y a principios de 1818 Roberto Chapman partió de Yorkshire en la diligencia que había de conducirlo a Londres. Sólo contaba quince años, pero ya la vida estaba empujándolo en serio para él. Cuando llegó al final del viaje y se apeó del coche en el patio de la posada, se vio rodeado por el ruido y el bullicio de la gran metrópoli, y la emoción y la aventura de esa nueva experiencia debieron impresionarle vivamente. Cabe decir que el propósito de su viaje a Londres era el de recibir instrucción y ejercitarse en la carrera de Derecho.

El 6 de febrero entró como dependiente de Jaime William Freshfield, de New Bank Buildings. Freshfield

(1) N. del R.—Uno de los más destacados dirigentes del movimiento de los “Hermanos” en sus primeros tiempos.

era procurador del Tribunal de Causas Civiles (abolido en 1875), y contrató a Roberto por un período de cinco años.

Las paredes del despacho del abogado debieron parecerle terriblemente opresivas a un joven que hasta aquel momento no había tenido la menor idea de un mundo en el que los hombres hubieran de trabajar para vivir. La tarea fría y mecánica de copiar documentos había de resultar de lo más insulso para su mente vivaz y despierta; de la misma manera que sus oídos, habituados a la música y a la poesía, debieron resentirse grandemente con el “chirrido” del lenguaje formal propio de la profesión. Sin embargo, y pese a lo desagradable de su nueva ocupación, Roberto se propuso obtener el mayor provecho de las oportunidades que se le ofrecían, y así se lanzó a trabajar con ahinco, dispuesto a escalar los más altos peldaños en la carrera de Derecho.

Pasaron los cinco años de estudio y de duro trabajo práctico. A las largas horas de encierro en la oficina seguían otras de intensa lectura en su alojamiento. Su persistente aplicación —un hábito que nunca abandonó a lo largo de su dilatada vida— le condujo a la culminación de sus estudios, y por fin, en 1823, cumplido su compromiso de cinco años con Freshfield, fue admitido como procurador del mismo Tribunal de Causas Civiles y del Juzgado de la Corona.

Hombres mayores y más experimentados que él le felicitaron por el éxito obtenido en la carrera, augurándole un brillante porvenir en el ejercicio de la profesión. Sin duda que el hecho de ser un Chapman, de Whitby suponía una ventaja para él, pues esto le abría las puertas de los círculos más elegantes. Constantemente recibía invitaciones para las selectas fiestas de sociedad que se celebraban en las ricas mansiones del West End, donde era considerado y estimado por su

atractiva personalidad, pues a los veinte años Roberto era un joven apuesto, de complexión atlética, sonrisa simpática y porte desenvuelto.

En aquel tiempo, Chapman no tenía ideas muy definidas en cuanto a religión. Había leído la Biblia atentamente y estaba plenamente convencido de que era la Palabra de Dios. Sin embargo, su alma no había sido iluminada por la verdadera naturaleza del Evangelio. Su afán era guardar la Ley y alcanzar la salvación por sus propios méritos. Años después —cuando había cumplido ya los noventa y uno— le escribió una carta a Gladstone —el primer ministro del país—, en la que se expresaba así acerca de las falsas esperanzas de su juventud: “El abajo firmante, en los años de su juventud, procuró diligentemente y con firme propósito establecer su propia justicia, esperando de este modo obtener la vida eterna. A los ojos de cuantos le conocían era un joven irreprochable, religioso y devoto...”.

Pero se acercaba el día cuando él mismo se daría cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos para alcanzar la aprobación de Dios. Aquellos años no fueron muy felices, pese a su popularidad. No había paz ni satisfacción en el sendero de la propia justificación. Con todo, se resistía a aceptar el Evangelio. “Acariciaba mis cadenas. No quería —no podía— escuchar la voz de Jesús”, comentó más tarde. Hasta que por fin se rindió a la evidencia de sus propios pecados. Se dio cuenta de que, a pesar de su respetabilidad externa, en su interior guardaba un corazón corrompido. “Mi copa —decía luego él mismo— estaba llena de amargura a causa de mis culpas y del fruto de mis obras. Estaba harto y hastiado del mundo, lo odiaba con todo mi corazón, y, sin embargo, era incapaz, me faltaba la voluntad para desentenderme de él”.

Hallándose en esta condición, Dios le puso en con-

tacto con uno de los diáconos de la capilla de la calle John, quien le invitó para que fuese a escuchar a Jaime Harrington Evans, pastor de aquella iglesia. La capilla—que resultó dañada por una bomba en la última guerra mundial, y fue posteriormente demolida—había sido levantada por un miembro del Parlamento, Henry Drummond, con el objeto de proporcionar un centro adecuado para el ministerio de Evans, cuyos talentos tenía en alta estima. En efecto, Evans era un predicador elocuente, pero Chapman estaba tan aferrado a la iglesia anglicana que no deja de ser notable el hecho de que accediese a ir a escucharle.

Cuando el joven procurador enfiló la calle John para entrar luego en la capilla, probablemente se sentiría bastante incómodo, dado lo vago de sus ideas en cuanto a las costumbres de los “no-conformistas” (designación común que se daba a todas las iglesias que no se ajustaban al patrón frío y ritualista de la iglesia oficial). ¿Qué clase de servicio tendría que soportar? ¿Qué clase de sermón escucharía? ¿Sería obsequiado con una exhibición de gritos e histerismo?

Al entrar en la capilla la encontró sencilla y completamente desprovista de adornos superfluos. Evans dirigía el culto y Chapman pudo darse cuenta, con gran alivio, de que se hallaba frente a un hombre de gran cultura. No empleó para nada la liturgia, pese a que Evans había sido clérigo de la iglesia anglicana. Las oraciones, sin embargo, estaban llenas de reverencia, y todo el ambiente se manifestaba saturado de apacible dignidad. El sermón estuvo repleto de profundas consideraciones, resultando bien equilibrado y llevando a los oyentes a la necesidad de tomar serias decisiones frente a la Verdad revelada. Evans fue siempre un fiel expositor de la Palabra, denunciando sin paliativos la locura de quienes pretendían justificarse por sí mismos ante Dios. El mismo había vivido

por algún tiempo en este error, lo que le permitía discernir cabalmente las reacciones de quienes se encontraban en semejante estado. Clamaba así en uno de sus sermones: “¿Qué pensaremos de quien está edificando sus esperanzas de perdón, aceptación y salvación sobre el fundamento de sus pobres y miserables obras? ¿Qué pensaremos de quien, en vez de edificar sobre los cimientos sólidos y seguros de un Salvador crucificado, lo hace sobre sus propias lágrimas, oraciones, limosnas, servicios religiosos (o más bien “irreligiosos”); que funda sus esperanzas de ir al cielo en las ruinas de la santa Ley de Dios, y que piensa que para salvarle a él Dios dejará de ser Dios? Todo esto es arena, arena movediza y traicionera; pues tan posible es que Dios deje de existir como que deje de ser justo: *Dios justo y salvador; ningún otro fuera de mí*. Un Dios injusto no es Dios. Dios no puede pasar por encima de su propia Ley.”

Sentado en su banco y escuchando un sermón desarrollado en líneas semejantes a las que acabamos de exponer, Chapman veía cómo el hermoso edificio basado sobre sus buenas obras se le desplomaba hasta el polvo. Sin duda alguna, sus esperanzas de alcanzar el beneplácito de Dios mediante sus propios esfuerzos quedaron aquel día completamente destrozados. Años después, escribiendo sobre su conversión y de la manera como vio y aceptó la provisión de Dios en Cristo, decía en palabras que eran un auténtico poema:

“En el momento oportuno—el mejor tiempo para ti—tú me hablaste diciendo: Este es el reposo; dad reposo al cansado; y éste es el refrigerio. Cuán dulces fueron tus palabras: Hijo mío, ten ánimo, tus pecados te son perdonados. ¡Cuán preciosa la visión del Corredor de Dios! ¡Y cuán glorioso el manto de justicia que cubre y esconde de los ojos santos de mi Juez la suciedad de mi pecado!”

Terminado el culto, regresó a su casa con un gozo que no había experimentado hasta entonces, y con una profunda seguridad en su corazón, desechando desde aquel día toda esperanza de agradar a Dios por los esfuerzos de la carne. Había aprendido que “el hombre no es justificado por las obras de la Ley”, y así puso toda su confianza en la Persona y la Obra de Cristo. No guardó en secreto su profesión, pues no se avergonzaba de proclamarla en su despacho, haciéndose el firme propósito de testificar públicamente tan pronto como le fuese posible acerca del poder salvador de Cristo. Así fue cómo, poco después de su conversión, tuvo lugar la escena ya descrita al principio, cuando de pie en el púlpito, junto a Evans, confesó abiertamente a Cristo. Este fue el preludio de una vida útil, plenamente consagrada al servicio del Señor.

CAPITULO II

PREPARACION

Pronto, Jaime Harrington Evans quedó profundamente impresionado por el celo del recién convertido. Al poco tiempo de su testimonio, Chapman solicitó el bautismo, a lo que el pastor le indicó que sería mejor que lo pensase bien y esperase un poco. “No —exclamó el joven—, quiero ser bautizado en seguida; no quiero demorar el cumplir el mandamiento del Señor”. Tan decidida respuesta impresionó de tal modo a Evans que dispuso inmediatamente todo lo necesario para que fuese bautizado.

Chapman se dio cuenta en seguida de que no le sería posible seguir marchando en los caminos y compañía del mundo. Se apartó radicalmente de todo cuanto entendía no ser agradable a los ojos de Dios, rechazando cualquier idea de poner sordina a sus convicciones evangélicas con el fin de retener la benevolencia o la amistad de ricos y distinguidos pecadores. De esta manera se le fueron cerrando las puertas de muchas mansiones en las que su antigua religión, basada en las buenas obras, era considerada como más aceptable y menos “dañina” que su nueva profesión de fe. Incluso su propia familia se mostró resentida por las constantes referencias que hacía en toda conversación a la experiencia de su conversión y a la sangre de Cristo. En sus “Meditaciones” escribió: “La afrenta de la cruz no ha cesado todavía. No he hecho más que conocerte y confesarte, y ya he venido a ser extraño a los hijos de

Agar (1), que sólo engendra para esclavitud, uno de cuyos hijos yo fui por naturaleza. Tu amor me apartó del camino que seguían los mundanos, fuesen impíos o devotos de su religión; he venido a ser una afrenta para aquellos de quienes me he apartado, incluso los de mi propia sangre. ¿Y cuál es la razón de su enfado? Tan sólo porque al tomar mi cruz y gloriarme sólo en ti me he convertido en testigo contra ellos, estimando que todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición”.

Fueron tiempos muy difíciles. La oposición, a veces enconada y amarga, se le presentaba desde distintos frentes. Pero en vez de enfadarse o de echar mano de argumentos carnales, Chapman remitía a sus oponentes al testimonio de las Escrituras y al Espíritu de Dios, tornándose al Señor, de quien recibía el gozo y la fortaleza. Felizmente, entre los creyentes de la calle John abundaba el amor, así como la comprensión y la comunión, y esto, junto con el ministerio de Evans, constituía un verdadero bálsamo para el joven y afligido convertido.

Chapman asistía a los servicios todos los domingos. Aquella capilla no era propiamente una asamblea de “Hermanos”, pues en aquel tiempo no había ninguna congregación que respondiese a tal nombre. Sin embargo, Evans sostenía unos principios acerca de la unidad cristiana que luego habrían de resultar extraordinariamente similares a los que enseñaban los primeros a quienes se dio el nombre de “Hermanos”. Quienes han estudiado la vida de Roberto Chapman apenas si han prestado atención a la influencia que sobre él ejercieron la vida y enseñanzas de aquel hombre de Dios, pese a lo cual resulta evidente que tal influencia existió en alto grado. Convertido cuando leía

a la congregación uno de los sermones de Cooper —un famoso predicador puritano—, Evans empezó a interesarse de tal manera en ganar almas para Cristo que al cabo de cierto tiempo fue conminado a abandonar la parroquia donde ejercía sus funciones de vicario. Más tarde, y no sin sostener fuerte lucha en su interior, se separó de la iglesia anglicana, empezando después la obra en la calle John.

Tampoco faltaba Chapman al culto de comunión que se celebraba todos los domingos por la tarde, pese a que pocos creyentes acudían, contentándose con sentarse a la Mesa del Señor una vez al mes, tal como lo hacían la mayor parte de las congregaciones no-conformistas. Evans no veía bien esta falta de interés por parte de muchos, y no cesaba de enfatizar el hecho de que los primeros discípulos solían partir el pan cada primer día de la semana; enseñanza que Chapman atesoró en su corazón y a la que fue fiel toda su vida.

Pronto se dio cuenta el joven convertido de que no todos los que estaban en comunión en aquella congregación habían sido bautizados por inmersión. El caso era que Evans, aunque estaba firme en sus convicciones de que sólo los creyentes podían y debían ser bautizados, se mostraba igualmente firme al asegurar que no era conforme a las Escrituras el exigir, como condición para que una persona fuese recibida a la Mesa del Señor otra cosa aparte de una fe viva en Cristo. Sostenía que lo único verdaderamente necesario para mantener la unidad era una vida de comunión, creyendo él que no tenía ningún derecho a excluir de tal comunión a ningún miembro de la familia de Dios por el mero hecho de que no viese claramente la necesidad de ser bautizado de nuevo después de haber creído.

Desde un principio le impresionó a Chapman el acendrado cariño que Evans mostraba para con los

(1) N. del R.—Se refiere al pasaje de Gálatas 4:21-31.

creyentes débiles o extraviados. En su iglesia no se precipitaban juicios ni se aplicaba la disciplina de manera ruda y contraproducente. Por el contrario, no se excomulgaba a nadie sino después de haber agotado verdaderamente todos los recursos para hacerle volver en sí de sus malos caminos.

Una firme y profunda corriente de amistad se estableció entre el joven procurador y el experimentado siervo de Dios. La humildad de éste cautivaba de un modo especial a Chapman. En efecto, expuesto como estaba a ser presa del orgullo, que siempre acecha el paso de aquellos a quienes el éxito acompaña en sus empresas, Evans siempre se consideró como "inferior al más pequeño de todos los santos". Nuestro joven aristócrata, que, según confesó más tarde, al principio de su conversión tuvo que sostener dura lucha contra su viejo orgullo, no dejó de acusar el impacto de tal ejemplo de humildad, hasta el punto de que las personas que le habían conocido antes se asombraban del profundo cambio operado en su carácter. ¡Así es de completa la victoria que Cristo da!

Una manera de aprender las lecciones de humildad la encontró dedicando buena parte de su tiempo libre para visitar a los pobres en los barrios más sucios y miserables de la ciudad. ¡Qué contraste entre las grandes mansiones del West End que antes frecuentaba y estos pobres y malolientes chamizos, para entrar en los cuales tenía que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad! Pero también estas gentes necesitaban a Cristo, y así fue como, noche tras noche, Chapman no dejó de visitarles para anunciarles el Evangelio de salvación.

Tres años después de su conversión, Chapman había prosperado mucho materialmente. El cobro de una herencia le había permitido establecerse por su cuenta con gran éxito, gracias a su habilidad y conocimientos,

así como a sus agradables modales, que le ganaban las simpatías de sus clientes. Con todo, en ningún momento dejó de visitar a sus amigos de los barrios pobres. Indudablemente, hubiera sido mucho más fácil para él suscribir un buen donativo para la obra que algunas sociedades estaban llevando a cabo entre ellos, pero no es menos cierto que esto no le hubiese proporcionado jamás el gozo y la profunda satisfacción de realizar personalmente este servicio. La verdad es que este ardiente deseo que le impulsaba a procurar la prosperidad espiritual y material de los pobres le acompañó siempre durante el resto de su vida. "A los pobres es anunciado el Evangelio", había venido a ser para él como un mandamiento y una meta en el verdadero servicio de Cristo.

Algunos creyentes, sabios en la doctrina, pero egoístas y poco cariñosos en la práctica, tuvieron que sentirse profundamente avergonzados ante la silenciosa reprensión que les hacía el joven, bien plantado y siempre sonriente procurador cada vez que entraba en la capilla llevando del brazo con tierna solicitud a una pobrecita ciega que, aparte de él, no tenía quien la acompañase a los cultos.

Como predicador, Chapman no parecía prometer gran cosa. Al igual que suele ocurrir con muchos predicadores jóvenes, cayó en la trampa de querer modelar sus sermones sobre el ejemplo de los de su pastor, método que raras veces da buenos resultados. Se dice de Juan Kelman que, siendo colaborador del Dr. Whyte, trató en cierta ocasión de imitar a su maestro; al terminar el sermón, el Dr. Whyte le puso una mano en el hombro y le dijo: "Juan, la próxima vez predica tu propio mensaje". De la misma manera, Chapman se esforzaba por expresarse tal como lo hacía Evans: tomaba un texto, lo dividía en sus correspondientes secciones y luego escribía todo el mensaje en el inglés

más puro y correcto. Lo mismo que Evans, pero con la diferencia de que éste, familiarizado con el estilo que le era propio, resultaba elocuente, mientras que Chapman se hacía un poco aburrido.

A los veintisiete años Chapman había escalado ya las más altas cimas en el ejercicio de su profesión. Sus parientes apenas se interesaban por él, excepción hecha de una prima suya, casada con un abogado de West Country llamado Pugsley, los cuales siempre le habían mostrado cierta simpatía, pues aunque no eran convertidos al Señor tampoco se oponían al Evangelio. Un día, cuando el abogado se encontraba de visita en casa de Chapman quedó asombrado al ver todo el trabajo e interés que su joven pariente se tomaba en favor de los pobres; no podía comprender que un hombre de la posición social de Chapman mostrase tal preocupación por los problemas de las familias que vivían en los barrios bajos.

Sin embargo, Pugsley era un hombre sincero, y aun cuando no alcanzaba a explicarse la forma de ser de su primo, comprendió que éste poseía una fuerza interior —de la que él carecía— que le impulsaba a obrar como lo hacía. Dispuesto a descubrir su secreto, habló a Chapman con toda franqueza y éste le llevó a las Sagradas Escrituras, que estudiaron juntos y en oración, con el resultado de que cuando Pugsley regresó a su casa en Barnstaple era un hombre completamente transformado.

Mientras tanto, un nuevo problema se estaba planteando en la conciencia de Chapman. Se trataba de aquellas cosas que su profesión le obligaba a hacer, pero que le resultaban sumamente desagradables como cristiano. En cierta ocasión, por ejemplo, estaba trabajando en un caso cuando descubrió que ambos litigantes eran creyentes. Inmediatamente convocó a los dos a su despacho, y cuando los tuvo reunidos les leyó

I Corintios 6:1, “¿Osa alguno de vosotros, cuando tiene algo contra otro, ir a juicio delante de los injustos, y no delante de los santos?”. Luego les exhortó a que con temor, como delante de Dios, discutieran sus agravios, y el resultado fue un arreglo amistoso y satisfactorio para ambas partes. Pero no todos sus problemas de conciencia podían solucionarse tan fácilmente, y así, aun cuando sabía que de seguir en el ejercicio de su profesión le aguardaba el más brillante porvenir, comprendió también que si quería vivir en paz con su conciencia tendría que abandonar, y pronto, su despacho de abogado.

En el verano de 1831 hizo Chapman una visita a casa de los Pugsley en Barnstaple, donde, con gran alegría, encontró a sus primos muy atareados entre los pobres del lugar. Todos los domingos había reuniones para ellos en los Asilos de Pilton, a las afueras de la ciudad. Chapman fue invitado a predicar, corriendo muy pronto la noticia de que el joven procurador de Londres —a quien apodaron “el hombre de los ojos pequeños”— estaba enseñando la Palabra en los suburbios. Un domingo por la tarde, encontrándose él allí, un grupo de muchachas que habían salido al campo en plan de fiesta decidieron ir a escucharle y ver por sí mismas aquellos “ojos pequeños”, con el avieso propósito de desconcertar con su presencia al joven predicador. Entraron una vez empezada la reunión —pensando que esto las ayudaría en sus planes—, mientras Chapman estaba dando el mensaje. A una de estas muchachas, llamada Elisa Gilbert, la tocó en el corazón el Espíritu de Dios por medio del pasaje de las Escrituras que Chapman estaba citando precisamente cuando ellas entraban. De momento, quedó paralizada; luego, al terminar la reunión, profundamente seria y conmovida, no pudo por menos que exclamar: “Sus palabras me han tocado el corazón. Tengo que escu-

charle otra vez". Al domingo siguiente volvió y se convirtió al Señor.

Finalizadas sus vacaciones, Chapman regresó a Londres, donde reemprendió el trabajo con su acostumbrada asiduidad. Con todo, él sentía en su interior que Dios le llamaba para dedicar todo su tiempo a su servicio. Sus amigos, empero, no estaban muy seguros en cuanto a lo acertado de tal decisión, pues, como hemos dicho —y así se lo manifestaron claramente—, Chapman dejaba mucho que desear como predicador. Los sermones que solía leer a la congregación quedaban fuera del alcance de las mentes sencillas. Como ejemplo de ello, citamos a continuación un extracto de uno de sus mensajes, lleno de palabras ininteligibles para la mayoría de sus oyentes, en el que pretendía expresar la idea de lo antinatural que resultaba un hijo que no ama a sus padres:

"El que no ama a sus progenitores ha de estar vacío de todo sentimiento, porque tal amor es el primer impulso de la mente y a medida que sus potencias se van desarrollando podemos observar que los efectos del corazón se estimulan en proporción al sentimiento de los deberes morales que le son inculcados. Nada exhibe ante nuestra experiencia prueba mayor ni más contundente de la depravación natural del corazón humano que la ausencia de todo sentimiento de deber moral y religioso en las mentes incultas, que, abandonadas a sus incontrolados deseos, sin ley moral ni religiosa que les sujete, degenerarían hasta una condición infrahumana e incluso inferior a la de la creación animal."

¿Quién podría imaginar que un predicador de este tipo se transformaría en el Roberto Chapman de los años que siguieron? Con todo, y por encima de lo que sus amigos se permitieran pensar acerca de su predicación, nadie abrigaba la menor duda en cuanto a su

testimonio —que era ejemplar— y a su consagración a la obra de evangelismo personal. Era indudable también que Dios le había dotado de dones de pastor y de evangelista (aparte el importante defecto que hemos señalado en cuanto a su forma de predicar). Posiblemente fueron sus hábitos y prejuicios intelectuales los que le impidieron ser en aquel tiempo el predicador que pudo haber sido desde el principio.

Por fin llegó el momento de tomar una decisión. Por espacio de varios meses había estado inquirendo cuál sería la voluntad del Señor, y ahora era cuestión de llevar a la práctica lo que él creía era su deber. Sin saber lo que el futuro le tendría reservado, vendió todas sus posesiones, repartió toda su fortuna y renunció al ejercicio de su profesión para dedicar todo su tiempo a la obra del Señor. Es posible que al tomar esta actitud respecto de sus posesiones lo hiciera, al igual que Jorge Müller, influenciado por el ejemplo de Antonio Norris Groves, quien había hecho esto mismo seis años antes. Se dice que algunos años después, encontrándose en Leominster con motivo de unas conferencias, muchos se dieron cuenta de que cierto día Chapman apareció sin el buen ánimo que tanto le caracterizaba; por el contrario, parecía preocupado por algo que nadie acertaba a adivinar. Aquella tarde se quedó en su habitación, de donde salió a la mañana siguiente con su peculiar alegría. Luego se supo que la causa de su preocupación había sido una importante cantidad de dinero que alguien le había entregado, y que no le dejaba vivir tranquilo hasta haberla distribuido según el Señor le diera a entender. ¡Bien podían muchos otros usar este mismo sistema para descargar su espíritu!

Pronto empezaron a manifestarse los propósitos de Dios, pues al cabo de algún tiempo Chapman recibió una invitación de los miembros de la iglesia bautista

“Ebenezer”, de Barnstaple, para que fuese a pastorearles. Creyendo que el llamamiento venía de parte del Señor, salió de Londres para fijar su residencia en Barnstaple. Tampoco en esta ocasión faltaron las críticas ni quienes le vaticinasen un fracaso, dado su escaso don como predicador. Su respuesta fue: “Hay muchos que predicán a Cristo, pero no son tantos los que viven a Cristo, y mi gran deseo es *vivir* a Cristo”.

CAPITULO III

PRIMEROS DIAS EN BARNSTAPLE

Allá por el año 1832 se tardaba sus buenas veinticuatro horas en cubrir la distancia entre Londres y Barnstaple. Cerca ya del fin de su viaje, Chapman pudo contemplar el pueblo desplegándose delante de él en un meandro del río Taw. El pueblo era prácticamente llano, pues se había levantado sobre un terreno pantanoso rodeado de colinas. La torre de la iglesia parroquial se alzaba por encima del revoltijo que formaban los desvencijados tejados que caracterizaban el viejo lugar. También pudo descubrir, por los elevados mástiles, el emplazamiento del Muelle Grande, el Muelle Pequeño, el Muelle del Castillo y el del Molino. Las colinas que rodeaban el pueblo se mostraban frescas y verdes, pues corría a la sazón el mes de abril, pero las calles y los callejones, en contraste con la campiña, presentaban un aspecto sucio y malsano.

La primera ocupación de Chapman al llegar al pueblo fue buscar alojamiento, y en su pesquisa recorrió de punta a cabo la calle principal, que no por ser principal se libraba de abundantes y profundos baches, esperando encontrar algo apropiado en alguna de las calles que a ella desembocaban. La cosa no era fácil, pues aunque en el lugar había hoteles y pensiones, no encontraba nada que fuese lo suficiente sencillo para sus necesidades. Hasta que, por fin, cerca ya de las últimas casas del pueblo, vio un pequeño callejón que se abría a mano izquierda. Se llamaba Gammon Lane, y allí

encontró una habitación limpia y barata en una pequeña casita, justo a la sombra del viejo asilo.

El domingo siguiente a su llegada predicó por primera vez en "Ebenezer". La capilla era un edificio nuevo, construido en los terrenos de un pequeño cementerio que había en la calle Vicarage. El lugar lo ocupan actualmente un taller y tres casitas de ladrillos rojos, habiéndose trasladado el cementerio a un cercano jardín. A los nueve años de la construcción de la capilla ya habían pasado por allí no menos de cuatro pastores, lo que quiere decir que Chapman se había hecho cargo de una tarea poco envidiable, pues era evidente que había en la iglesia quien, pasada la novedad que siempre constituye el ministerio de un pastor recién llegado, le hacía la vida imposible hasta hacerle marchar.

Ahora, si bien es verdad que al principio de su ministerio en Barnstaple Chapman no se destacó en el púlpito como predicador, no es menos cierto que su incansable labor personal—especialmente sus visitas casa por casa—causó profundo impacto en el corazón de sus convecinos. Cada día se le podía ver andando arriba y abajo por las calles del pueblo. También aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para celebrar cultos en el asilo, así como para hablar a los internados acerca de las cosas de Dios. ¡Y qué necesidad había del Evangelio en el pueblo, especialmente en el barrio donde se levantaba la capilla! Aquella mañana de callejones sucios y miserables había surgido junto a una fábrica de encajes que había al otro extremo de la calle Vicarage. La fábrica había sido construida a finales del siglo anterior por un tal Boden, de Derby, por cuya razón el barrio era conocido con el apodo de "Derby". Los encajes que allí se hacían alcanzaron gran renombre y amplio mercado, pero, como ocurría con otros hermosos productos de la época, éstos eran realizados por hombres y mujeres que vivían en con-

diciones verdaderamente espantosas. Como fuese que Chapman entraba y salía constantemente en aquellas pobres casuchas, no podía evitar que su corazón sangrase a la vista de quienes arrastraban su desventurada existencia por las tristes calles de "Derby".

No pasaba día sin que se armara alguna bronca entre borrachos, pues la bebida era la gran plaga del lugar. En todas partes había casas de bebidas que funcionaban sin necesidad de permiso especial, además de las ochenta y pico de tabernas autorizadas para una población de siete mil habitantes. La situación se agravaba por el hecho de que las tabernas estaban autorizadas a permanecer abiertas toda la noche, mientras que, por otro lado, no había en el pueblo más que un solo policía, ayudado, ocasionalmente, por un par de alguaciles. Semejantes condiciones de vida constituían un verdadero desafío para poner a prueba la fe del joven pastor, quien, a pesar de todo, puso manos a la obra con el feliz resultado de ver algunas conversiones.

Cierto domingo entró en la capilla un joven alto, de unos veinte años, bien plantado y de rostro despejado. Se llamaba Guillermo Bowden, y el Espíritu de Dios habló claramente a su corazón: comprendió que Cristo había muerto por sus pecados, aceptando el ofrecimiento del perdón que Dios le hacía en su misericordia. Chapman se sintió muy animado al comprobar el profundo cambio que se operaba en la vida de aquel joven.

Elisa Gilbert, la muchacha que se había convertido en Pilton durante su visita allí cuando se encontraba de vacaciones, era una de las más fieles asistentes a los cultos en "Ebenezer". Un buen día se presentó a Chapman diciendo que deseaba ser bautizada. "Pero mi madre ha dicho que el día que salga de casa para bautizarme será la última vez que pise aquel umbral", ex-

plicó. Sin embargo, a pesar de tan grave amenaza, se hicieron los preparativos para el servicio del bautismo.

Al llegar el día señalado había gran gozo en “Ebenezer” por la fidelidad de la joven hermana. Terminada la reunión, al despedirse los unos de los otros, muchos ojos acompañaron a la muchacha cuando se dirigía hacia su casa. La vieron entrar en Rackfield House y se quedaron expectantes, preguntándose qué ocurriría. La contestación fue inmediata: a los pocos minutos la muchacha salía nuevamente. Al verla con el cabello mojado su madre se había enfurecido hasta el extremo de colocarse con los brazos abiertos ante la puerta, gritando: “¡Vete de aquí y no vuelvas nunca más! ¡No quiero disidentes en mi casa!”.

No faltaron entre los creyentes buenos amigos que se ofrecieron inmediatamente para recibir a la joven en su hogar. Pero el golpe era demasiado fuerte para la muchacha, que, a causa del disgusto, enfermó gravemente, hasta el punto de que los médicos llegaron a perder las esperanzas de salvarla. Ante tales circunstancias la madre dio instrucciones para que fuese llevada a su casa y recibiese todos los cuidados necesarios, pero añadió: “De todas maneras, conste que no quiero verla”. Así fue cómo se dio el asombroso caso de Elisa postrada en cama durante tres años sin que la madre cruzase, ni siquiera por una sola vez, el umbral de la habitación para hacer una visita a su hija. A Chapman le permitían ir a verla una vez por semana, los viernes por la mañana. A fin de evitar cualquier posible encuentro, la madre se marchaba de casa antes de que llegase Chapman, encomendando a otra persona el cuidado de la casa y dejando la puerta entornada como señal para Chapman de que el camino estaba libre y de que podía entrar a ver a Elisa. También, aun cuando no le dejaban visitarla más que una vez a la sema-

na, le dieron permiso para escribirle. He aquí el extracto de una de sus cartas:

“Mi querida hermana: Gracia y paz sean contigo. Dios te ha dado sufrimiento en el cuerpo, pero tu dolor y tu debilidad son una bendición, pues Cristo es tuyo y tú le perteneces... ¡Qué bendición tan grande! Redención por su sangre, el perdón de los pecados según las riquezas de su gracia. Si tenemos esto en cuenta todo lo demás estará bien. Mas tenga la paciencia su obra perfecta, y sometámonos bajo la mano de Dios, no porque no podamos hacer otra cosa, sino porque nuestro Padre celestial es un Dios de amor... El puede socorrernos ahora con su poder, gracia y compasión. Además, El sabe cómo hacerlo, pues no hay nadie que comparta nuestras experiencias tal como El lo hace. El meditar estas cosas es, sin duda alguna, nuestro mejor estimulante. Cristo, no solamente venda nuestras heridas, sino que las hace suyas. ¿Cómo no hemos de decirle, pues: “Muéstrate como nuestro Pariente cercano, nuestro Sumo Sacerdote, y haz con nosotros, Señor, conforme a tu voluntad”?

Tu afectísimo hermano y servidor en el Evangelio,
Roberto C. Chapman.”

Por fin, Elisa experimentó una notable mejoría. También otros miembros de la familia fueron salvos bajo el ministerio de Chapman, bien que la madre siguió odiándole desde lo más profundo de su corazón. “¡Ojalá se hunda la capilla sobre su cabeza!”, llegó a exclamar. Sin embargo, cuán grande es la paciencia y la misericordia del Señor, pues, por último y cuando ya había cumplido los ochenta años, también ella fue convertida por el testimonio de aquel a quien había mirado siempre como un enemigo.

Al poco tiempo de su ministerio en “Ebenezer” un buen número de jóvenes fueron añadidos a la iglesia.

Entre ellos había un tal Jorge Beer. Guillermo Bowden y él se hicieron pronto muy buenos amigos, empezando juntos a testificar de su fe en distintos lugares del distrito. ¡Cuánto gozo debió experimentar el joven pastor al ver en su congregación dos jóvenes tan consagrados y entusiastas!... Ambos absorbían con verdadera avidez las enseñanzas de la Escritura tan bien expuestas por Chapman, y así fue que crecieron tan rápidamente en la gracia. Es cierto que Chapman ponía el debido énfasis en cuanto a la doctrina, pero no por eso dejaba de insistir en la necesidad de las buenas obras como complemento de la fe, subrayando que la separación del mundo y la santidad en la vida cotidiana eran esenciales en el creyente. A menudo solía exhortar a sus oyentes a ser “hacedores de la Palabra, y no solamente oidores”.

Desde un principio, Chapman apremió a los creyentes para que “saliesen fuera” con el mensaje del Evangelio, pues estaba convencido (y mantuvo esta convicción hasta los últimos días de su vida) de la gran importancia que en el terreno de la evangelización tiene la obra que se realiza puertas afuera de la capilla. Una de las poquísimas fotografías que se conservan de él fue tomada, siendo ya un anciano, en una reunión al aire libre. Allí estaba en pie, en una esterilla que algún hermano (¿o quizá fue una hermana?) cariñoso le ofreció, pues había estado lloviendo y el suelo estaba encharcado. Cualquier otro hubiese encontrado excusa en la edad o en el estado del tiempo para no asistir a aquella reunión, pero en el caso de Chapman, tan sólo una clara manifestación de la voluntad de Dios se lo hubiera impedido. Por eso, cuando, al poco tiempo de estar en Barnstaple, se dio cuenta de que la gente no acudía a la capilla a escuchar el Evangelio, tomó la decisión de llevar el Evangelio a donde se encontrase la gente, rehusando prestar atención a quie-

nes sugerían que con tal de predicar la Palabra en la capilla los domingos quedaba a salvo de toda responsabilidad.

Para Chapman era un especial motivo de gozo el ver a Bowden y a Beer entregados de corazón a este trabajo de predicación al aire libre, dando evidentes pruebas de ser oradores capaces de retener la atención de las gentes. Predicaban a menudo en las calles de “Derby”, exponiéndose muchas veces al ridículo e incluso a la violencia física. Otras veces se desplazaban a los pueblos vecinos, anunciando con denuedo las buenas nuevas de la gracia de Dios. En uno o dos de estos pueblos había creyentes bautistas que se mostraban favorables al movimiento del Espíritu que se evidenciaba en “Ebenezer”. En otros lugares no existía ningún verdadero testimonio evangélico, así que era necesario empezar celebrando reuniones por las casas. Así fue como se establecieron los cimientos de una serie de puntos de testimonio que aún hoy se mueven en estrecha relación con Barnstaple y están íntimamente vinculados al nombre de Chapman.

CAPITULO IV

CAMBIOS

Aun cuando Chapman era pastor de una iglesia bautista de las llamadas “cerradas” o “estrictas”, en realidad él nunca fue un bautista “cerrado”, y así lo comprendieron los creyentes de “Ebenezer” cuando le invitaron para que se hiciese cargo del pastorado. Estaba firmemente convencido de que, en materia de bautismo, el que se hace por inmersión a la persona que cree es el único que se ajusta a la verdad, pero al mismo tiempo mantenía que las diferencias de opinión sobre este punto no debían ser motivo que impidiese la comunión entre hombres y mujeres verdaderamente convertidos al Señor. Así, cuando se hizo cargo de “Ebenezer” fue con una condición expresa, cuyos términos Chapman explicaría años después de esta forma: “Cuando fui invitado a salir de Londres para ministrar la Palabra de Dios en “Ebenezer”, ocupada en aquel tiempo por una congregación de bautistas “cerrados”, consentí en hacerlo con una sola condición: que debía sentirme con libertad para enseñar todo lo que yo encontrase ser conforme a las Escrituras”.

Esta condición, sin embargo, dejaba la puerta abierta a los profundos cambios que luego habrían de sobrevenir. Primeramente encontró en la Palabra el mandamiento: “Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios”. Este texto, para no citar otros, minaba por completo la posición de los bautistas “estrictos”, que sólo recibían

a quienes habían hecho profesión de fe y habían sido bautizados por inmersión, excluyendo de la Mesa del Señor y de toda comunión a cualquiera que no hubiese cumplido tal requisito, aun cuando tuviesen amplias demostraciones de que Cristo había aceptado a aquellas personas como parte integrante de su pueblo.

Predicando una y otra vez sobre el hecho de que la unidad de los hijos de Dios no dependía de ningún rito ni ceremonia externa, Chapman pudo ver cómo la mentalidad de los creyentes se iba ensanchando a medida que sus corazones se abrían a la verdad. Con todo, no quiso forzar su posición, y así transcurrió algún tiempo, hasta que toda la iglesia, de común acuerdo, decidió abolir aquella regla que privaba a los no bautizados por inmersión de participar de la Mesa del Señor.

La cuestión del bautismo fue, sin duda, la más delicada de cuantas Chapman hubo de tratar en “Ebenezer”, pues en otras cosas los mismos creyentes se convencieron en seguida, por el detenido examen de las Escrituras, que su pastor tenía razón en lo que proponía. Así, por ejemplo, estudiando la cuestión del ministerio llevado a cabo en las iglesias por un solo hombre, encontraron que nada se decía a este respecto en todo el Nuevo Testamento. Por el contrario, se dieron cuenta de que todo ministerio era un don de Dios, y así buscaron del Señor que Él levantara en la congregación dones para el pastoreo, la enseñanza y la evangelización. El culto del Partimiento del Pan se desarrollaba en un ambiente de sencillez y solemnidad, a la manera que luego había de ser característica en muchas asambleas de Hermanos. Antes de distribuir el pan y el vino había un período devocional, durante el cual varios hermanos guiaban a la congregación en acciones de gracias, o anunciaban un himno, o comentaban brevemente una porción de las Escri-

turas. Después que todos habían participado de los símbolos, Chapman, o algún otro hermano reconocido como enseñador que se hallase presente y se sintiera guiado por el Espíritu, daba una palabra de enseñanza, que servía para alimento del rebaño.

Esta manera de celebrar el Partimiento del Pan fue el resultado de un proceso que tuvo lugar a lo largo del tiempo. Chapman nunca sostuvo que este orden tuviese un fundamento literal en las Escrituras, pero sí que los dos principios esenciales que se tenían en cuenta eran eminentemente escriturales: la libertad que todos los hermanos tenían de tomar parte en el culto según el Espíritu les guiase, así como el reconocimiento de unos dones específicos en ciertos hermanos. Estos mismos principios estaban tomando cuerpo también por aquel tiempo en la mente y en la práctica de otros estudiantes de la Palabra de Dios, especialmente en Bristol y en Plymouth.

En Bristol, Jorge Müller estaba siguiendo un camino similar al de Chapman. El primero, sin embargo, no estaba muy decidido en cuanto a la cuestión de aceptar en comunión a los creyentes que no hubiesen sido bautizados por inmersión, por lo que buscó el consejo de Chapman. Los dos hombres de Dios tuvieron largas y profundas conversaciones unos cuatro años después que este último se hubiese establecido en Barnstaple. Chapman presentaba la cuestión desde el siguiente punto de vista: “Una de dos, o los creyentes no bautizados por inmersión pertenecen a la clase de personas que andan desordenadamente —en cuyo caso debemos apartarnos de ellos de acuerdo con 2 Tes. 3:6— o bien no andan desordenadamente. Si un hermano anda desordenadamente, tanto si es bautizado como si no lo es, debemos apartarnos de él, y esto no sólo en la Mesa del Señor, sino en todos los órdenes de la comunión. Todo lo contrario es la conducta que debe-

mos observar cuando se trata de un hermano que anda en los caminos del Señor. Luego es evidente que los creyentes bautizados por inmersión no siguen esta línea de conducta al negar la comunión a sus hermanos que no han sido bautizados como ellos. Yo creo que el Espíritu no nos impide el tener comunión con tales creyentes, pudiendo participar con ellos en la oración, el estudio de las Escrituras, el trato social, y en diferentes aspectos de la obra del Señor, cosa que sería muy distinta si anduviesen desordenadamente". Esta conversación decidió a Müller, quien más tarde escribiría: "Este pasaje de 2 Tes. 3:6, al que el hermano Chapman se refirió, fue el medio por el que el Señor me mostró la norma que había de seguir a este respecto, y que era la de recibir a todos aquellos a quienes Cristo había recibido (Romanos 15:7), sin tomar en cuenta la medida de la gracia o del conocimiento que hubieran podido alcanzar".

Con todo, tal como hemos expuesto anteriormente, Chapman no quiso hacer fuerza para imponer este punto de vista a sus hermanos de "Ebenezer". Tal lentitud en romper la vieja práctica de los bautistas "cerrados" despertó las críticas de algunos de sus hermanos de Plymouth. Hombres como J. N. Darby, que a la sazón se encontraban en aquella ciudad disfrutando de la gozosa comunión que es según el Nuevo Testamento, no alcanzaban a comprender por qué tardaba tanto en poner en práctica en Barnstaple esta comunión más amplia que él tanto defendía. Según ellos, una cosa que era tan evidente en las Escrituras debía llevarse a efecto inmediatamente. Pero Chapman respondía que, si bien todo esto era cierto, correspondía a la iglesia el tomar una decisión en tal sentido, pues era opinión de algunos que si se daba un paso de tal naturaleza en oposición a las convicciones de los demás, el resultado sería una verdadera división. Mirando

atrás, ya en los últimos años de su vida, decía: "Cuando hace sesenta años vine a este lugar, mi deseo fue promover una unidad espiritual y de criterio entre los creyentes. Cuando, por el poder de las Escrituras, la mayoría llegó a la conclusión de que debía quitarse la barrera de separación que impedía la comunión con otros hermanos, creímos que debíamos esperar con paciencia hasta llegar a una perfecta unidad de criterio. Por esta causa fui censurado por hombres de gran valía que en aquel tiempo se encontraban al sur de Devon (1) procurando coordinar esfuerzos con el fin de presentar un testimonio unido de creyentes que estaban dispuestos a aceptar *todo el consejo de Dios*. Pero la verdad es que, de no haber obrado como lo hicimos, lo más probable es que a estas horas no respiráramos este ambiente de amor mutuo y unidad en el Espíritu que ahora disfrutamos".

En confirmación de este propósito que le animaba, de que cada creyente en "Ebenezer" viese por sí mismo la necesidad de un cambio en sus estructuras, contaba lo siguiente: "Un hermano que se encontraba en casa de visita aquellos días me instaba con cierto apremio a poner a un lado la norma tan estricta que sólo permitía participar de la Mesa del Señor a los creyentes bautizados por inmersión. Yo contesté que no podía forzar las conciencias de mis hermanos y hermanas. Así que continué mi ministerio, instruyéndoles con paciencia en la Palabra de Dios. Yo sabía muy bien en aquel tiempo que, de haber puesto el asunto a votación, hubiese conseguido el apoyo de la mayoría, pero consideré que era más agradable a los ojos de Dios el seguir trabajando hasta conseguir que toda la iglesia fuese de un mismo parecer sobre asunto tan delicado".

¡Qué gran ejemplo de paciencia! ¡Cuántas dificultades!

(1) Un condado en el extremo sudoeste de Inglaterra.

tades y problemas se evitarían en las iglesias si todos se condujesen con igual prudencia! Sin duda alguna, ésta es la voz de un hombre de amor, ¡un verdadero hermano! Con todo, no faltaron quienes se sintiesen ofendidos por la predicación de Chapman, y así, a los dos años de establecerse en Barnstaple, unos pocos de bautistas estrictos salieron de "Ebenezer" con el propósito de formar una nueva iglesia, aventura que al poco tiempo fracasó. Cierta publicación bautista (*"Iglesias Bautistas del Norte de Devon"*) escribía que tal paso se había dado como "consecuencia de que, bajo la influencia de Chapman, la iglesia bautista de la calle Vicarage habían asimilado ciertas enseñanzas que, a la larga, acabaron por apartarla en el espíritu y en la práctica de sus principios denominacionales". Es digno de notar, sin embargo, que la misma publicación, aparecida en 1885, al mismo tiempo que daba cuenta de esta disgregación, rendía un tributo de admiración hacia Chapman en los siguientes términos:

"Creemos nuestro deber decir que, aun cuando el Sr. Chapman se ha separado de la organización bautista para convertirse en uno de los llamados Hermanos de Plymouth, sin embargo ha continuado durante muchos años su ministerio cristiano en Barnstaple, siendo grandemente bendecido por Dios y habiendo bautizado a muchos convertidos. Un gran número de sus adheridos se reúnen en un lugar llamado El Aposento. Sencillo y humilde como un niño, son pocos los que pueden igualarle en santidad de vida, madurez de carácter y abnegación. Actualmente es un anciano cargado de años."

¿Cuántos hombres pueden vivir años de controversia, manifestando a la vez y constantemente tal amor y paciencia, que a lo largo de su vida se hagan acreedores de semejante testimonio rendido por quienes profesaban tendencias tan opuestas?

Consiguióse por fin la tan anhelada unidad de criterio entre todos los miembros de "Ebenezer" en lo referente a la comunión con los creyentes no bautizados por inmersión. Sin duda fue un gran día para Chapman aquel cuando, dejando a un lado todo prejuicio, fue posible recibir a la Mesa del Señor a cuantos fuesen verdaderamente nacidos de nuevo.

Cuando Chapman se estableció en Barnstaple, había allí un hermano que, aun siendo bautista, era opuesto al punto de vista "estricto". Se trataba de John Miller, el rico propietario de la fábrica de encajes establecida en "Derby", quien desde hacía tiempo deseaba ver establecida en el pueblo una iglesia bautista de las llamadas "libres". Si Chapman hubiese limitado los cambios que se produjeron en "Ebenezer" tan sólo a los que hubiesen colocado a la congregación sobre las mismas bases de las iglesias bautistas libres, sin duda hubiera conseguido para su causa un importante e influyente seguidor. Pero Chapman creía que el hecho de admitir con regularidad a la Mesa del Señor a creyentes no bautizados por inmersión presuponía la concesión de una comunión sin reservas, por lo que no podía estar de acuerdo con aquellos que, aun admitiendo a la Mesa del Señor a los no bautizados por inmersión, se negaban a admitirlos como "miembros" de sus iglesias. Además de esto, tampoco sus puntos de vista en cuanto al ministerio se ajustaban a los de los bautistas libres. Decepcionado por la actitud de Chapman, Miller edificó otra capilla justamente en la esquina de la calle que ocupaba "Ebenezer", que fue inaugurada poco antes de cumplirse el año de la llegada de Chapman a Barnstaple. Pero los ladrillos y el cemento no hacen una iglesia, y las cosas fueron tan mal para la nueva capilla que a los tres años de su erección los catolicorromanos, ansiosos de establecerse en el pueblo, estaban en tratos para comprarla. Afortunadamente, las negociaciones

no llegaron a cristalizar, y después de un segundo intento los bautistas libres consiguieron afirmar el testimonio en el lugar.

Mientras tanto, la obra de "Ebenezer" iba de fortaleza en fortaleza bajo la bendición de Dios. Todos los miembros en comunión mostraban vehementes deseos de ajustar sus vidas a las enseñanzas de la Palabra. Había entre ellos verdaderos lazos de sincero afecto, y las hermanas, cuando se encontraban o se despedían, solían besarse unas a las otras (lo que muchas veces suponía un ejercicio un tanto arriesgado, dado el estilo de sombreros de la época). La gente que pasaba los domingos frente a la capilla quedaba a menudo un tanto sorprendida al ver incluso a los hombres que se "saludaban unos a otros con ósculo santo".

CAPITULO V

SOBRE ALGUNAS COSTUMBRES

Cuando Chapman llevaba ya algún tiempo en Barnstaple, se trasladó, cambiando su residencia a un lugar llamado los Nuevos Edificios, con el propósito de vivir entre los pobres, en el corazón mismo del "Derby". Los Nuevos Edificios formaban un callejón sin salida, no lejos de "Ebenezer", en el que se levantaba una serie de casitas pequeñas y muy sencillas. De vez en cuando el olfato de sus habitantes se sentía asaltado por los extraños y penetrantes olores que provenían de una industria de curtidos que había al otro lado del muro que cerraba el callejón. Todo ello formaba un agudo contraste con las circunstancias que habían rodeado la vida de Chapman en Londres. Hablando de este período decía que, cuando se convirtió, él sabía que uno de los pecados que más le acosarían sería el orgullo; por eso quiso ir al pueblo donde, en otras ocasiones, había llegado en carroza con dos cocheros y un lacayo (sin duda se refería a sus visitas a los Pugsley), y vivir allí en una casita humilde de un simple callejón. "Mi orgullo quedó aplastado", comentó de esa manera tan típica en él. Así fue como desde un principio, con golpe certero, dio buena cuenta de uno de los peores enemigos de su alma.

Chapman vivía en el número 6 del callejón, proponiéndose desde el principio que su casa estuviese abierta a cualquier hijo de Dios que quisiese entrar y posar en ella con entera libertad. El vivía por fe, sin recibir

suelo de ninguna clase, y pensaba que quien viniese a morar durante una semana o más en una casa en la que hasta la más insignificante provisión se recibía de Dios por la fe, se sentiría ayudado a orientar su propia vida. Tan pronto como alquiló la casita le pidió al Señor que le enviase algunas visitas, cosa que ocurrió en seguida, si bien fue sólo por corto tiempo. Pronto volvió a quedarse solo. Esto le dejó un tanto perplejo, pero, en realidad, las demás personas no lo encontraron extraño, y si se les hubiera preguntado, de seguro hubieran respondido que la razón de la falta de visitantes era que nadie podría quedar satisfecho del cuidado que la casa pudiera recibir de un joven soltero de treinta años, que, para colmo, vivía en el barrio más pobre del lugar. Pero Chapman estaba convencido de que había sido el Señor quien le había guiado a alquilar aquella casita y le había dado confianza para esperar un buen número de visitantes. Así, pues, se sintió profundamente angustiado por este aparente fracaso, y cayendo sobre sus rodillas, examinando con humildad su propia vida delante del Señor, clamó: "Señor, ¿por qué no envías a tus hijos a esta casa?". Nunca más tuvo que repetir esta pregunta, pues a partir de aquel día nunca hubo falta de visitantes bajo su techo.

Chapman nunca preguntaba a sus visitantes cuánto tiempo iban a permanecer en la casa. Cuando llegaba algún huésped, se limitaba a mostrarle su habitación, instruirle acerca de las costumbres que allí se observaban y pedirle por favor que dejase los zapatos fuera, a la puerta de la habitación, para que él los limpiase. Algunos amigos de Chapman sugirieron en más de una ocasión que había de resultar bastante embarazoso el tener a cada momento visitantes que llegaban sin saber cuando iban a marchar, mayormente cuando la casa era tan pequeña. "El Señor lo arregla todo", era su invariable respuesta. Y por si alguien lo dudaba, allí

estaban los hechos para demostrar que en cerca de setenta años nunca se dio el caso de que un visitante tuviese que marcharse por falta de habitación. Verdaderamente, Dios lo arregló todo...

Algunas veces, al terminar el día, se encontraba con que no tenía provisiones para la mañana siguiente ni dinero para comprarlas, pero Chapman no consideraba tal situación como un caso de emergencia, sino simplemente como el medio y la manera que Dios tenía de obrar aquel día. "Tenemos que orar sobre el particular", solía decir en tales circunstancias, y así venía el próximo desayuno como una respuesta a la oración. Tan natural y tan lejos de toda ostentación era la vida de fe que presidía todos los actos en casa de Chapman, que los que pasaban allí unos días nunca podían darse cuenta de nada que no fuese normal y corriente. En ningún momento quiso dar la impresión de que esa dependencia del poder de Dios para proveer a sus necesidades tuviese nada de extraordinario, y mucho menos quería llamar la atención sobre sí mismo, ni aun sobre la base de que haciéndolo, Dios mismo sería también glorificado. Es verdad que con el tiempo se convirtió en una figura representativa y conocida en muchas partes de Gran Bretaña, pero esto ocurrió a causa de su ministerio, a través del cual fueron bendecidas tantísimas personas. "Había gigantes en la tierra en aquellos días", escribió el Dr. A. T. Pierson después de la muerte de Chapman. En efecto, Chapman fue un verdadero gigante en el sentido espiritual, pero ni un solo milímetro de su estatura fue debido al empleo de métodos carnales de publicidad.

Ningún trabajo era demasiado bajo para Chapman. Quienes le visitaban se sentían particularmente impresionados por su costumbre de limpiar los zapatos y las botas de sus huéspedes. A decir verdad, era en este punto donde encontraba la mayor resistencia por

parte de ellos, pues todos eran conscientes de que, pese a la sencillez de la casa, Chapman era un hombre que procedía de una familia acomodada, y luego, cuando le oían ministrar la Palabra con tal autoridad, era natural que no se mostrasen dispuestos a permitirle realizar semejantes menesteres, bien que nuestro hombre se mostraba igualmente firme en sus propósitos. En cierta ocasión un caballero, conocedor, sin duda, del abolengo de su anfitrión, así como de su alto nivel espiritual, se negó desde un principio a darle sus botas. “Permítame que insista —fue la respuesta de Chapman—. En los primeros días de la Iglesia era costumbre lavar los pies a los discípulos. Ahora, como esta costumbre ha dejado de practicarse, yo hago lo que más se le parece: por eso les limpio los zapatos a los santos”.

Los habitantes de los Nuevos Edificios se dieron cuenta bien pronto de que un hombre fuera de lo normal había ido a vivir entre ellos. A las cuatro de la madrugada se le podía ver andando a grandes zancadas calle adelante hasta dejar el poblado a sus espaldas. Aquellos paseos matinales le llevaban algunas veces hasta Ilfracombe —unos diecinueve kilómetros de camino por los montes de Devonshire—, donde desayunaba. Por lo menos en una ocasión fue andando hasta Exeter, unos sesenta y cinco kilómetros de distancia, antes de la hora de comer. Sin embargo, lo normal era que anduviese unas cuantas millas, para luego regresar a su casa, limpiar los zapatos y llamar a sus huéspedes.

De lo antedicho se infiere que raramente se levantaba después de las 3,30 de la madrugada. Tenía junto a la cama una gran bañera en la que todas las noches, tras despedirse de sus amigos, siempre a las nueve en punto, se daba un baño caliente antes de acostarse. Por la mañana, cuando el pueblo estaba todavía durmiendo, se daba otro baño, pero entonces en agua fría, y se ves-

tía. Hablando una vez con un joven visitante, le decía: “Como puede ver, querido hermano, Dios nos ha dado un cuerpo que vale mucho, y El espera de nosotros que, como buenos obreros, lo mantengamos en las mejores condiciones para el trabajo. Por la noche abro los poros de mi cuerpo, y luego, por la mañana, los cierro con un buen baño de agua fría”.

La mayor parte de la mañana, bien que estuviera en casa o fuera de ella, la pasaba en oración, meditación o lectura de la Biblia, lo que supone —según un cálculo nada exagerado— unas siete horas de íntima y bien definida comunión con Dios antes del mediodía. Este fue, sin duda, el secreto de su poder espiritual. ;Cuán bueno sería que los creyentes de nuestra generación tomasen ejemplo! La verdad es que en nuestros días no siempre se aprecia el valor del sosiego y la fortaleza resultante de una larga espera en la presencia del Señor. En su lugar se da cabida a una actividad que más proviene de la carne que del Espíritu. Buena parte del trabajo se hace de prisa, y luego se pide a Dios que bendiga lo que ya se ha hecho, mientras se trazan febrilmente nuevos planes para el día siguiente. Chapman no fue así; él realizó un trabajo inmenso, pero sin “nerviosismos”, sin bulla, sin agitación. Su vida discurrió como el caudal constante de un gran río, tan distinto del ruidoso gorgoteo de una acequia obturada.

Los sábados eran días de absoluto reposo mental, como preparación para los trabajos del día del Señor. Regularmente solía pasar ese día en su pequeño taller de carpintería, que, junto con su afición de dar largos paseos, constituía su principal distracción. El taller ocupaba una pequeña habitación en la parte trasera de la casita. Allí tenía un banco, un buen juego de herramientas y un torno. Este último era especialmente su gran delicia, y en él dio forma a un gran número de tablas para cortar el pan, que luego regalaba a sus

huéspedes o vendía con el fin de recoger fondos para la obra misionera.

Normalmente no recibía visita el sábado, costumbre que era bien conocida de todos sus amigos en la vecindad, los cuales escogían cualquier otro día para hablar con él sobre distintos asuntos. En cierta ocasión, sin embargo, un joven hermano obtuvo permiso para ser recibido el sábado, “pero a condición—impuso Chapman—de que hablemos acerca de mi torno”.

Con todo, aun estos momentos de expansión iban acompañados de un verdadero ejercicio espiritual, toda vez que los sábados eran para él días de ayuno, y aprovechaba los momentos de trabajo manual para derramar su alma en comunión con su Señor. Este hábito de combinar lo espiritual con lo práctico fue característico de Chapman, quien solía orar a la vez que caminaba o atendía a los menesteres de la casa. De hecho, siempre rehusó establecer o reconocer cualquier distinción artificial entre los deberes religiosos y los deberes materiales, siendo consciente en todo momento del mandamiento divino: “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís” (Colosenses 3:23-24).

Es posible que, en cierto sentido, el sábado fuese para él el día más precioso de la semana, pues cualquier otro día su mente estaba ocupada con los muchos cuidados propios de la obra pastoral que desarrollaba. Los sábados, en cambio, eran los días dedicados al necesario refrigerio de su mente y espíritu. Alguien que en cierta ocasión irrumpió en su pequeño taller para comunicarle una noticia de extrema urgencia, dijo después que su rostro resplandecía como el rostro de un ángel.

CAPITULO VI

INCENTIVOS Y PROBLEMAS

Al señor Pugsley le impresionó de tal forma el ejemplo de su pariente, Chapman, que poco tiempo después de convertirse abandonó su profesión para establecerse en el campo, en las inmediaciones de Barnstaple, en un distrito donde la necesidad del Evengelio le pareció sumamente aguda. A diferencia de Chapman, el señor Pugsley no creyó necesario deshacerse de su fortuna particular, sino que la dedicó a la obra del Señor, viviendo personalmente en la mayor economía. Su obra estaba íntimamente relacionada con “Ebenezer” y con el nombre de Chapman, y abarcaba una zona de pequeñas aldeas que se desenvolvían por entonces en la oscuridad espiritual. Tres capillas habían surgido en aquellas cercanías: en Eastcombe, Hiscott y Lovacott. Dichas capillas estaban entonces relacionadas con obras bautistas, pero actualmente se cuentan entre las asambleas de los Hermanos. Es especialmente digno de notarse que el señor Charles Shepherd, que trabajó mucho en la obra en tales capillas después de la muerte del señor Pugsley, posteriormente salió de aquel distrito para ocupar la vacante de James Harrington Evans en la misma capilla donde Chapman se había convertido.

Una de las aldeas comprendidas en el distrito atendido por Pugsley era Tawstock, donde la distinguida familia de los Wreys, que ostentaba desde muy antiguo el título nobiliario de baronet, tenían una hermosa

finca. La antigua iglesia, al abrigo del Tawstock Court, se mostraba repleta de bien conservados monumentos a los progenitores de los Wreys.

En ocasiones, los miembros de esta familia han sido rectores de la parroquia. Fue, por tanto, motivo de amplio comentario que un miembro de tan distinguida familia —precisamente la hija del rector— fuese bautizada por Chapman. Esto ocurrió antes de cumplirse el año de su llegada a Barnstaple. Su cultura y simpatía le abrían el camino a todos los estratos sociales. Nunca buscó la protección de los ricos ni los poderosos, pero encontró el medio de llevarles también a ellos el Evangelio. Como Pugsley vivía en la vecindad de los Wreys, fue fácil entrar en contacto con la familia y la señorita Wrey pronto se dio cuenta de que ante Dios era una pecadora, puso su fe en Cristo para la salvación que necesitaba y experimentó el nuevo nacimiento. En consecuencia, aun a sabiendas de que su decisión daría paso a las murmuraciones y pondría a su padre en una situación embarazosa, solicitó el bautismo por inmersión.

El acto del bautismo de la señorita Wrey tuvo gran resonancia. Ella se colocó en pie a la orilla del riachuelo, junto al hijo de un campesino que se bautizaba en el mismo acto, y desde el punto donde se encontraba podía contemplar los bosques y praderas de la finca de su familia, así como los ojos curiosos que no la perdían de vista desde ambas márgenes, pues eran muchos los que habían acudido a presenciar el bautismo de la hija del rector. Terminada la sencilla ceremonia, Chapman regresó a Barnstaple convencido de que la obra del Señor en el distrito de Pugsley había recibido un nuevo impulso por los acontecimientos del día. Y así era, sin duda, pues la conversión de la señorita Wrey hizo que muchos vecinos pensaran seriamente en su propia salvación, mientras que el hijo del campe-

sino, Jorge Lovering de nombre, se dedicó a extender el Evangelio durante más de treinta años en la parte norte del condado de Devon, fundando iglesias en varias poblaciones.

Otro hombre que se benefició de la influencia de Chapman fue Enrique Heath, a quien probablemente afectó, en primer lugar, el ejemplo de la señorita Wrey, pues era el joven maestro de la escuela de Tawstock. Esta escuela, de paredes blanqueadas y techo de junco, situada junto a un arroyo, al pie de una ladera cubierta de bosque, entre la aldea misma y la antigua rectoría, constituye uno de los lugares más interesantes de Tawstock. Enrique Heath contaba veinticuatro años en la fecha de su primer contacto con Chapman, en 1839, y sus conocimientos y posibilidades intelectuales parecían merecer algo de mayor importancia que una escuela de aldea. La escuela estaba relacionada con la iglesia de Tawstock y Heath estaba preparándose para recibir órdenes sagradas. Chapman le invitó a las lecturas bíblicas que se celebraban en los Nuevos Edificios, a los que acudió, asistiendo luego cada semana al estudio bíblico con la mente impregnada de las verdades escuchadas la semana anterior. Sus ojos se abrieron pronto a la importancia de la Biblia, que antes había considerado sólo como un tema de teología que había que estudiar en forma académica. Ahora la Biblia empezaba a ser el Libro viviente para su alma, la auténtica Palabra de Dios. Trabóse entre los dos jóvenes una íntima amistad y durante algunos años Enrique Heath ayudó con la mejor voluntad a Chapman y a Pugsley, hasta que, en 1848, se trasladó a Hackney. En este último punto Heath hizo una gran obra, constituyendo, en realidad, uno de los premios más valiosos que jamás ganara Chapman para Cristo, pues en el resto de su vida demostró ser un maestro sumamente consagrado y un pastor con grandes dones.

Uno de los mejores amigos de Chapman se había establecido en el vecino pueblo de Bideford. Se trataba de Guillermo Hake, hombre culto y gran amigo de Antonio Norris Groves (1) y de Jorge Müller. Chapman y Hake, que era de Exeter, se habían conocido en Barnstaple el año antes de establecerse Chapman en "Ebenezer", de forma que cuando Chapman pasó a Barnstaple le escribió una carta a Hake solicitando que fuese a compartir el ministerio con él. Hake no encontró la posibilidad de realizarlo, pero ambos se deleitaron en hallarse más cerca el uno del otro cuando Hake se trasladó a Bideford como maestro en una escuela de cierta casa llamada entonces "Tusculum" y actualmente "Wellesbourne", en Limers Lane. Estaban a diez millas de distancia, recorrido que Chapman solía hacer gozosamente a pie para ir a ver a su amigo, pues ambos eran amantes de la Escritura y anhelaban hacer la voluntad de Dios tal como está expresada en ella.

Es fácil comprender la ansiedad que sentía Chapman por tener un colega bien dotado para la obra en "Ebenezer", si recordamos que consideraba muy importante apartarse del ministerio convencional de una sola persona. Chapman estimaba que si había desde el principio dos hombres con dones, todos entenderían mejor la situación y el Señor levantaría otros más para tomar el ministerio. En este mismo espíritu fueron Müller y Craik juntos a Bristol. Pero ésta no era la voluntad del Señor en cuanto a Barnstaple por el momento y Chapman hubo de sufrir las dificultades de

(1) N. del R.—Uno de los promotores del movimiento de los "Hermanos" en Dublín, Irlanda, fue el primer misionero que saliera de entre ellos (1830), siguiendo, en lo posible, los principios novotestamentarios. Empezó obra, en medio de enormes dificultades, primero en Bagdad (Irak), y luego en la India. Su ejemplo estimuló a muchos más. Era dentista de profesión, y muy acomodado, pero dejó todo para vivir enteramente por fe.

esperar a que aparecieran los dones y animarlos luego para que se ejercieran. La tarea era realmente difícil, pues una cosa es simplemente tomar la palabra y muy otra ministrar debidamente para la edificación. Mientras que los hermanos que tenían dones eran a veces lentos para ejercerlos, aquellos que no los tenían se creían aptos para el ministerio. A pesar de todo, la oración, la paciencia y un amoroso tacto permitieron que la iglesia atravesara la difícil coyuntura y que se desarrollase al fin el módulo de ministerio local. Bien es verdad que cada vez que surgía un hermano especialmente dotado, invariablemente era llamado al servicio pleno, dando todo su tiempo, en algún otro lugar. Esto le ocurrió, como hemos visto, a Enrique Heath, así como a Guillermo Bowden y a Jorge Beer. Pero el Espíritu de Dios no abandonó a la asamblea. Sin embargo, una oscura nube vino a ensombrecer la vida de la pequeña congregación de "Ebenezer".

Un reducido número de bautistas cerrados o estrictos que se había retirado del ministerio de Chapman y había intentado establecer una obra de oposición, sin conseguirlo, estaban dispuestos a ocasionar molestias. Declararon que la capilla "Ebenezer" se había construido para los bautistas estrictos y que, al apartarse de los principios fundamentales de éstos, Chapman y los demás no tenían derecho a continuar sus cultos allí.

Con su conocimiento de las cuestiones legales, pronto aclaró Chapman la situación. Consiguió la escritura de fundación de la capilla y, examinándola artículo por artículo, observó que no había nada en ella que sujetase el uso de la capilla para la norma estricta, ni nada que se opusiera al ejercicio del culto bajo los principios ahora conocidos como de los "Hermanos". Por tanto, legalmente, podía haber seguido en "Ebenezer" indefinidamente y los Hermanos de Barnstaple podían

haber continuado reuniéndose allí hasta el día de hoy. No obstante, determinó evitar toda posibilidad de falsas interpretaciones. Que no se dijera nunca, por más que fuese injustamente, que él se había apoderado del edificio o se había negado a soltarlo, debido a su habilidad y conocimientos de abogado. La solución era construir un nuevo templo, aunque era difícil encontrar un lugar adecuado para ello.

Por aquella época se encontraba a la venta la curtiduría sita al extremo de los Nuevos Edificios, con un terreno adjunto. Este parecía el sitio ideal, pues por un lado daba a la calle principal del pueblo y por la otra se encontraba a pocos metros de la casa de Chapman en "Derby". Si se construía una capilla en estos terrenos, sería fácilmente accesible desde ambos lados. Chapman inició las negociaciones con el dueño, llegaron a un acuerdo y pagó la señal de compra.

Pero la iglesia oficial tenía el plan, algo remoto, de incorporar el distrito "Derby" en una nueva parroquia y edificar una iglesia en un lugar céntrico. Las autoridades eclesiásticas habían pensado en la posibilidad de la curtiduría, que resultaba ideal para sus fines, pero no habían hecho nada sobre el particular. A pesar de ello, tan pronto supieron que Chapman había adquirido los derechos sobre aquella propiedad, comenzaron a lamentar su descuido. Esto llegó a oídos de Chapman, quien inmediatamente puso el asunto ante el Señor. En su lectura bíblica fue guiado a Filipenses 4:5: "Vuestra modestia sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca", y como la palabra traducida aquí por "modestia" puede interpretarse literalmente como amabilidad o disposición para ceder, tomó esto como un mensaje de Dios sobre el asunto en cuestión y cedió sus derechos sobre la curtiduría a las autoridades eclesiásticas, quienes pudieron así realizar sus planes. La iglesia llamada de Santa María Mag-

dalena, que se construyó sobre aquellos terrenos, fue posteriormente escenario de sana obra evangélica, incluyendo la del Rev. Cunningham Geikie, autor de "The Life and Words of Christ" (Vida y Palabras de Cristo).

Parece ser que la asamblea salió de "Ebenezer" antes de disponer de otro lugar permanente de reunión. Es posible que se reunieran durante cierto tiempo en algún salón público del pueblo, pero no hemos encontrado evidencia documental sobre este período. Desde luego, no era fácil encontrar solar para la proyectada capilla en un barrio adecuado, pero esto no turbaba gran cosa el espíritu de Chapman y sus amigos. Estaban convencidos de que Dios estaba con ellos y eventualmente les conduciría al lugar conveniente. Los acontecimientos probaron que su fe estaba justificada.

CAPITULO VII

LA CALLE DE GROSVENOR

Se estaba construyendo mucho por entonces hacia el extremo oriente de Barnstaple, habiéndose creado una nueva calle bajo el nombre de Grosvenor. Este lugar era de fácil acceso desde "Derby" y no estaba demasiado lejos del resto de la población, de forma que cuando quedó disponible un solar en dicha calle Chapman y sus amigos vieron en ello la mano del Señor y lo adquirieron.

En 1848 ya se había construido la nueva capilla. No se le dio ningún nombre específico, sino que, de acuerdo con una costumbre corriente entre los primeros Hermanos, se hacía referencia a ella como "el Aposento" o "el local". Tampoco se trató de dar al edificio ninguno de los rasgos característicos de la arquitectura eclesiástica, sino que se erigió una estructura simple, de mayores dimensiones que "Ebenezer" y con un aspecto interior que hoy nos parecería falto de imaginación, pues había grandes paramentos no interrumpidos por adorno alguno, ni aun por las ventanas, que estaban muy altas. Al principio se pintaron las paredes de azul, lo que seguramente produciría un efecto raro y misterioso.

Una buena parte del moderno libro titulado "Mary Lee", de Godfrey Dennis, gira en torno de la capilla de la calle de Grosvenor. El autor nos ofrece una descripción gráfica de la primera visita de "Mary Lee" al Aposento en el siguiente pasaje:

“La abuela me tomó de la mano al ascender los escalones desde la calle a la puerta; entramos en el lugar sagrado. Me impresionó al instante un curioso efecto como de una neblina azul que, aunque más luminosa, me recordaba la densa semioscuridad azul de mi ático, efecto ocasionado por estar las paredes de ladrillo y el cielo raso pintados con temple azulado. Había ocho ventanas en el Aposento, el cual era varias veces más amplio que nuestro salón, y desde luego, el lugar de mayores dimensiones en que yo había entrado hasta aquel día. Cada ventana consistía en veinticuatro pequeños paneles cuadrados, seis en sentido vertical por cuatro en sentido horizontal, lo que en años futuros había de servirme para un sinfín de combinaciones, acrósticos y trucos místicos y matemáticos. A cada extremo del salón había dos de estas ventanas, y dos en cada costado, estando tan altas todas ellas que casi tocaban el cielo raso. El curioso resultado de esta disposición era que, mientras que cerca del suelo había bastante oscuridad, la parte alta resultaba muy iluminada, cosa que yo tomaba como un símbolo: la Tierra es oscura, pero el Cielo es luminoso. La tía Jael nos precedió a lo largo de una especie de corredor alfombrado hasta el primer banco, donde nosotras solas nos sentábamos: era el lugar tradicional de la familia, aunque no se hubiese adquirido con dinero, como se solía hacer en la iglesia oficial. Al principio, sorprendida por la novedad, apenas me di cuenta de los bancos llenos de figuras vestidas de oscuro que habíamos pasado. Inmediatamente delante de nosotros estaba la mesa del Señor, cubierta con un mantel blanco impecable y cargada con dos altas botellas de vino, dos jarrillos de estaño, y dos panes caseros, cada uno en su plato. Más allá de la mesa había una plataforma bajita, desde la que se predicaba el Evangelio a los

inconversos en las reuniones vespertinas.” (“Mary Lee”, de Godfrey Dennis, páginas 36-37.)

Todo esto se refiere al año 1853. Pero “Mary Lee” es una novela, y mientras que la descripción del edificio es, en general, exacta, la semblanza que la novela nos hace de la asamblea en aquellos días es muy distinta de lo que estas páginas presentan.

Nada escrito hemos encontrado en cuanto a la ceremonia pública de apertura de la nueva capilla, ni queda a la vista ningún mármol que nos la recuerde, aunque es posible que se haya quitado, si alguna vez lo hubo, porque la parte frontal del edificio se ha reconstruido. Tampoco se conoce la fecha exacta de la inauguración, pero el encabezamiento de la primera carta de Chapman desde Irlanda nos permite colegir que ya se utilizaba en febrero de 1848. Gardiner, en “Barnstaple, 1837-97”, también da el año 1848 como el de la construcción, pero no cita los documentos de donde había tomado sus datos. Por la carta arriba mencionada sacamos en consecuencia que la mayor parte de la construcción debió terminarse antes de 1848, pero el problema se complica porque un mapa existente en el *Ateneo del Norte de Devon* indica la existencia de una capilla en el mismo lugar en 1843.

Los asientos de la capilla eran simplemente de madera desnuda, fría en aquel clima, y a veces se veía a los asistentes a las reuniones encaminarse al local provistos de cojines. Posteriormente, los ancianos han hecho concesiones a la comodidad de los asistentes, ocupándose de tapizar las bancas.

Aunque existía un bautisterio en “Ebenezer”, la nueva capilla no disponía de esta provisión. Parece ser que Chapman raramente lo usaba, prefiriendo bautizar en el río. No obstante, en época reciente, las condiciones del río han cambiado, haciendo los bautismos en el mis-

mo poco aconsejables, y se ha dotado a la capilla de la calle de Grosvenor de un bautisterio.

Quien hubiese visitado el lugar en los días de Chapman lo habría visto llenarse rápidamente para el servicio de evangelización. La heterogénea concurrencia se componía de personas de todos los estratos sociales: los más pobres eran los del barrio "Derby"; los más numerosos, eran los comerciantes y los que ejercían profesiones libres, y también había algunos de las familias aristocráticas. Bastante antes de la hora de comenzar, Chapman solía entrar por una puerta que daba directamente al sencillo púlpito, y se sentaba en una especie de banco empotrado en la pared provisto para el predicador. Esta puerta se dejaba abierta porque el pasillo que conducía a ella se llenaba de madres que acudían con sus pequeñuelos. Una anciana nos cuenta sus impresiones de niña, cuando solía mirar con reverente miedo por aquella puerta, hoy convertida en alacena, al concentrado y grave predicador, y nos dice que cada vez que éste se acomodaba en aquel pequeño e inestable soporte se ponía a temblar esperando la caída.

Al llegar a esta sazón, Chapman había mejorado mucho en cuanto a sus dotes de predicador. Ya había aprendido el difícil arte de expresar los más profundos pensamientos en términos sencillos. En los cultos de evangelización, solía explicar doctrinas como la de la gracia, hablando con gran energía durante una hora o más y dando interés y vida a su sermón con frases sorprendentes como éstas:

"La Biblia es siempre un libro nuevo para el que la conoce bien."

"La vanidad de Absalón le hizo que se dejara crecer el cabello; y su cabello largo le sirvió como soga de verdugo." (1).

(1) 2 Samuel 14:25-26; 18:9-15.

"Tan pronto como unos labios pronuncian las palabras *he pecado*, en ese momento vuela un serafín." (1).

La congregación se habituó a esperar estas joyas de sabiduría espiritual. Tenían la certeza de estar escuchando a un verdadero hombre de Dios, y al sucederse las conversaciones sin interrupción descubrieron que Dios les había favorecido con un auténtico evangelista. No existía envidia entre los miembros de la congregación en el sentido de que alguno creyera que Chapman cometiera abuso alguno al ocupar el púlpito semana tras semana como predicador del Evangelio. Y desde luego, ninguno expresó jamás ese argumento que deshonra a Dios, en el sentido de que un evangelista, por dotado del Espíritu Santo que esté, se repite a sí mismo y se hace pesado al cabo de unas semanas de ocupar el mismo púlpito. Por el contrario, sabían por la Escritura que Dios podía poner como mensajero al mismo siervo suyo, en un mismo lugar, durante años, para dar su mensaje día tras día, sin cansar a sus oyentes ni atribuirse otros poderes que los estrictamente otorgados por Dios (Hechos 19:8-10).

El programa seguido en Barnstaple era en aquellos días muy corriente entre los Hermanos. Cada asamblea procuraba encontrar entre sus propios miembros los hombres dotados por el Señor para el ministerio de evangelización, con la ayuda eventual de algún hermano con el necesario don y buena preparación que, encontrándose en los alrededores, pudiese ir a pie desde alguna asamblea vecina. Cuando se observaba que alguno de los hermanos poseía dones que le destacaban entre los demás, solía tomar a su cargo todos los cultos de evangelización, o su mayor parte. La posterior costumbre de viajar los domingos ha cambiado radicalmente la situación descrita, y ahora se sigue en muchas

(1) Isaías 6:6.

asambleas el sistema de tener cada domingo del trimestre un predicador distinto, procedente de otros distritos. Tal vez sea útil considerar seriamente cuál de los dos métodos es el mejor para alcanzar a los inconversos, si la novedad de los predicadores o la insistencia de uno o varios a quienes conocen y respetan. Una cosa podemos afirmar sin lugar a dudas, y es que un gran número de inconversos iban a escuchar a Chapman semana tras semana porque le conocían bien, porque le veían por la población durante los días de trabajo entregado sin reservas al servicio de los demás, sin pensar en sí mismo, viviendo a Cristo. Dios utilizó su personalidad para llevar la verdad del Evangelio a quienes veían en él un cristiano práctico sincero, y su ministerio tenía un factor nada despreciable, el de la continuidad. De esta forma el Espíritu Santo impartía gran poder a su mensaje, y semana tras semana había almas que se entregaban al Salvador.

Para el Partimiento del Pan, Chapman solía sentarse a la derecha del púlpito, de costado con respecto a la mayor parte de la congregación de fieles, posición que resultaba conveniente para levantarse y ejercer el ministerio de la Palabra siendo bien visto y oído por todos sin cambiar de sitio. La costumbre seguida en Plymouth por J. N. Darby y otros, consistente en adelantarse hasta la mesa para hablar desde allí, no fue adoptada en Barnstaple, sino que los “maestros”, por regla general, se acomodaban desde el principio en lugares desde los cuales pudieran dirigirse fácilmente a la congregación si se sentían llamados a hacerlo.

En los servicios no había ni gritos ni emocionalismo barato. Desde luego, no todos los que tomaban parte en estas reuniones eran tan apacibles y cultos como el hermano Chapman, pero su ejemplo ejercía una influencia tal que era suficiente para vencer las dificultades que generalmente surgen en los cultos llamados “abiertos”.

Si algún hermano que carecía de mensaje espiritual persistía en hablar, se ofrecían muchas oraciones para evitarlo, y si el problema se prolongaba a lo largo de algunas semanas, se le hablaba con el mayor tacto y verdadero amor. Chapman no cayó nunca en la fea costumbre de reprender públicamente a un hermano bajo la capa de una oración al Señor.

Muchos de los himnos que se cantaban eran nuevos, por lo menos en lo que afectaba a la letra, porque aquellos hermanos descubrieron desde el principio que había pocos himnos referentes a la Mesa del Señor, o que hicieran resaltar el sacerdocio de todos los creyentes. Carecían de un coro organizado, pero los que tenían algún talento musical se reunían durante la semana para ensayar, de forma que los nuevos himnos no estuvieran necesariamente sujetos a la música de los más generalmente conocidos. Fue precisamente en estos ensayos donde empezaron a cantarse algunos de los himnos originales de Chapman.

Muchos de los creyentes que se habían formado en la iglesia anglicana o en las iglesias no conformistas tradicionales encontraron una nueva inspiración en la Cena del Señor según se celebraba en la calle de Grosvenor. Lo que más les impresionaba era su sentido de acercamiento directo a Dios. Incluso algunos que habían creído siempre en el sacerdocio de todos los creyentes descubrían allí, al fin, el verdadero significado de tal sacerdocio. Toda la congregación de fieles se entregaba a la adoración espiritual de acuerdo con la guía del Espíritu Santo. Durante cosa de tres cuartos de hora, hermano tras hermano se levantaba de su asiento para ofrecer una oración de alabanza a Dios, o para leer un pasaje de la Escritura que guiase a Cristo. Luego, Chapman solía partir el pan, y cuando todos habían participado del pan y del vino, algún hermano con don para la enseñanza se levantaba para el ministerio de la Pa-

labra. A veces eran dos hermanos los que intervenían. Era frecuente que Chapman hablase también en esta parte del servicio, haciendo una exposición de unos veinte minutos, en la que la enseñanza solía ir acompañada de mensajes directos a la conciencia y a la voluntad, con frases así:

“Si leemos la Palabra de Dios sólo con el propósito de recibir consuelo, poco será el que recibamos, y aun este poco será de calidad dudosa. Apartemos de nosotros el egoísmo y usemos la Palabra de Dios como la espada del Espíritu contra la carne que está en nosotros.” “Bien quisiera que los santos de Dios, en lugar de preguntarse: ¿cuánto sé? cambiaran esta pregunta por otra más vital: ¿cuánto creo?”.

Esta clase de ministerio, tan fiel y profundo, hacía que hombres y mujeres saliesen del culto de comunión compungidos de corazón, pero con la seguridad de saber dónde estaba el remedio de su mal. No era fácil continuar tomando la comunión bajo el ministerio de Chapman para aquellos que se inclinaban hacia unas normas relajadas de vida cristiana, pues sus más sencillas alusiones a las Sagradas Escrituras penetraban en la vida social y comercial de los creyentes y realizaban la naturaleza práctica del testimonio cristiano. Algunos de los primitivos hermanos se caracterizaron por su preferencia en presentar alguna faceta particular de la verdad, tal como el Tabernáculo, o la Segunda Venida, pero los que escuchaban a Chapman no podían nunca sospechar sobre qué doctrina versaría en tal o cual ocasión. De lo que sí estaban seguros era de que pronto llegaría a su aplicación práctica en la vida actual. A medida que el predicador iba adentrándose en el tema, empezaba a disparar certeros dardos al corazón de los oyentes. Según sus propias palabras: “El Espíritu Santo tiene que herir para curar”.

Aunque, ateniéndose a 1 Cor. 14:34-35, las herma-

nas no ministraban nunca en la asamblea de la calle de Grosvenor, uno de los miembros más prominentes entre los que allí se reunían para adorar a Dios era una dama, la señorita Bessie Paget. Había vivido antes con una hermana suya en Exeter, donde había ejercido no poca influencia sobre la vida de Antonio Norris Groves (véase nota al pie de la pág. 54). Ella le dio a conocer a la asamblea de Barnstaple, con su personal ejemplo, cuán fructífero puede ser el ministerio femenino manteniéndose dentro de los márgenes dados por la Escritura. La señorita Paget era, sin duda, una mujer extraordinaria. Los obreros cristianos que la trataban se sentían animados por ella en su labor, y muchos sintieron su influencia como un acicate para la devoción y el servicio, incluso el mismo Chapman. Al llegar a Barnstaple, la señorita Paget adquirió una casa en los Nuevos Edificios, en la que empezó a ejercer su hospitalidad y ayuda a todos los visitantes. En realidad, las dos casas llegaron a considerarse como una sola, aunque no eran adyacentes, y los jueves por la noche Chapman cruzaba la calle para ir al número 9, que correspondía a la señorita Paget, y celebrar allí las lecturas bíblicas semanales.

Además de animar y ayudar a muchos hermanos en su ministerio, la señorita Paget obraba a veces por cuenta propia, según lo creía oportuno, o mejor, según creía que era la voluntad del Señor. Un ejemplo de estas actividades suyas es una Escuela Dominical que inició en un salón situado en el centro mismo del distrito “Derby”, no lejos de los Nuevos Edificios. Aquello era un campo virgen para ejercer su gran capacidad administrativa. La chiquillería de “Derby” estaba lamentablemente desnutrida y mal vestida, y carecía, por supuesto, de todo sentido de la disciplina. Pero allí estaba la señorita Paget con lo que ellos necesitaban: disciplina inquebrantable unida a un co-

razón lleno de amor dispuesto a ayudar al menestero. Al principio, los escépticos se reían de la idea, seguros de que una mujer sola jamás conseguiría hacer nada útil con material tan poco propicio, pero a pesar de ello la Escuela Dominical prosperó, como casi todos los proyectos emprendidos por la señorita Paget.

Chapman y sus colaboradores no le tenían miedo a la labor social porque veían al Señor en los Evangelios cuidando de las necesidades corporales de los hombres, y tenían el ejemplo patente de la bendición de Dios sobre la obra de Müller en favor de los huérfanos, en Bristol. En “Derby” no faltaban oportunidades para practicar la ayuda al prójimo necesitado, y los creyentes de Grosvenor las aprovechaban bien, no limitándose al círculo de los creyentes, sino obedeciendo el consejo paulino de que “hagamos bien a *todos*, y mayormente (no exclusivamente) a los de la familia de la fe (Gal. 6:10). Se desarrollaban diversas actividades en beneficio de los necesitados, y en todas ellas se veía a la señorita Paget ejercer un papel importante. Una vez establecieron una cocina de caridad en la que ofrecían comida caliente. Esta cocina, situada en los Nuevos Edificios, realizó una gran labor, pues hubo en ella amplia liberalidad para los menesterosos, cuyas necesidades ponía siempre Chapman por delante de las suyas propias. En cierta ocasión le regaló un amigo una chaqueta nueva para parecerle que la que usaba Chapman estaba ya excesivamente raída. Transcurrían las semanas sin que Chapman estrenase el regalo, por lo que el donante empezó a investigar los motivos, y encontró que nuestro hombre le había dado la chaqueta nueva a otro que carecía de ella, siguiendo él con la suya vieja. A Chapman le extrañó que algunos creyentes pensasen que su conducta era extraordinaria, ya que incluso Juan el Bau-

tista había enseñado: “El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene” (1).

Muchas personas estimaban que los Nuevos Edificios no eran el lugar más adecuado para morada de un hombre de la cultura y el carácter de Chapman. En realidad, gran parte de los creyentes de la calle de Grosvenor hubieran encontrado difícil, en aquellos días, acomodarse allí, pues en los callejones de los alrededores abundaban la borrachera, la pobreza extrema y la inmundicia. Un caballero acaudalado le hizo una proposición muy tentadora: una hermosa casa, levantada en medio de sus propios terrenos en la campiña inmediata a Barnstaple sería suya simplemente si se avenía a vivir en ella. Cortésmente, Chapman rehusó la oferta diciendo: “No, yo debo vivir donde el más pobre de los santos pueda venir a visitarme”.

Un día tuvo Chapman el placer de recibir la inesperada visita de un pariente que, evidentemente, deseaba informarse por sus propios ojos de las condiciones en que vivía. El visitante llegó a la estación de ferrocarril y tomó un coche de alquiler para que le condujese a la casa de su pariente. Cuando el coche se detuvo ante los Nuevos Edificios, el viajero le dijo al cochero: “Le he pedido a usted que me lleve a la casa del señor Chapman”. “Cierto, señor —replicó el interpelado—. Eso es precisamente lo que he hecho. Esta es su casa”. Lleno de asombro, el visitante tiro de la campanilla y esperó, pero no mucho, pues al momento se presentó Chapman en persona a abrir la puerta y darle una cordial bienvenida.

“Roberto —exclamó el visitante—, ¿qué es lo que haces en este lugar?”

“Estoy sirviendo al Señor en el sitio al cual El me ha enviado.”

(1) Lucas 3:11.

El pariente entró en la casa deseando saber cómo se las arreglaba Chapman.

“¿Cómo vives? ¿Tienes una cuenta en un Banco?”

“Sólo confío en el Señor, y a El le digo lo que necesito. Nunca me falla, y de esta forma mi fe se aumenta y la obra sigue adelante.”

Cada vez más lleno de curiosidad por esta situación, abrió la puerta de la despensa. No era gran cosa su contenido, por lo que pidió permiso para enviar algunas provisiones. Chapman aceptó, pero estipulando que habían de comprarse en cierta tienda. Encontrada ésta, el visitante asombró al tendero con la importancia inusitada de su pedido. A medida que crecía el montón de provisiones, el dueño de la tienda se ponía más obsequioso con el nuevo cliente, hasta que, al recibir el importe de la compra, se ofreció para llevar personalmente los comestibles a las señas que el comprador se sirviera darle.

“Haga el favor de llevarlo a casa del señor Chapman”, pidió el cliente.

“¿Del señor Chapman? ¡Aquí tiene que haber algún error!”

“No, no cabe error alguno. El señor Chapman me dijo expresamente que hiciera la compra en esta tienda.”

El tendero se sintió profundamente emocionado porque llevaba años tomando a Chapman como blanco de sus invectivas y sus burlas. Sin perder momento se presentó en los Nuevos Edificios, donde el pariente de Chapman le vio con asombro arrodillarse ante el hombre de Dios, con lágrimas en los ojos que evidenciaban su sincero arrepentimiento, pidiendo perdón y recibiendo a Cristo como su Salvador.

La obra del Señor en la calle de Grosvenor contaba con otros enemigos más duros de vencer que el tendero a quien acabamos de referirnos. Los miembros de la

iglesia anglicana se oponían a aquellos de sus familiares que solicitaban el bautismo. El señor Bridgeman, con residencia en Northgate, Barnstaple, era secretario del Hospital del Norte de Devon, un hombre religioso que no faltaba a los servicios de su parroquia. Sus cuatro hijos, que tenían grandes dotes para la música, habían formado un cuarteto vocal en Barnstaple, que era muy solicitado en los medios religiosos de la localidad. Uno de los varones tocaba muy bien el violoncelo y el órgano. De las dos hijas, la más joven, Susana, empezó desde pequeña a asistir con su madre a las reuniones de la calle de Grosvenor, donde aceptó a Cristo como su Salvador personal. Cuando, más tarde, decidió obedecer al Señor en el bautismo del creyente, su padre se indignó furiosamente y se negó a dar su consentimiento, amenazando a la hija con cerrarle la puerta de su casa para siempre si se bautizaba. Para una señorita criada en el ambiente de amor hogareño, esto era una prueba muy dura, pero cuando llegó la fecha señalada, tuvo la entereza de decir al padre que tenía que obedecer a Dios antes que a él. El padre, por su parte, hizo todo lo humanamente posible para disuadirla, pero sin resultado. “Recuerda —volvió a amenazar— lo que te tengo dicho”. La joven fue bautizada por Chapman en el río Taw, pero cuando regresaba, con las ropas empapadas, por las calles de Barnstaple, Dios medió en su favor. La puerta fue abierta ante la joven, quien entró en su casa con la experiencia del gozo que da la obediencia, y el conocimiento de la presencia del Señor. Años más tarde, ya casada, bajo el nombre de Señora de Swaine Bourne, tuvo en muchas ocasiones el privilegio de ofrecer hospitalidad, durante varias semanas a la vez, a Chapman en su hogar de Edgbaston, Birmingham. De esta casa decía Chapman que era “su casa de Birmingham”. El hijo de este matrimonio, señor K. Swaine Bourne, escribe: “El señor Chapman

me trataba como un padre en Cristo, y por medio de su largo ministerio y el contacto con este siervo del Señor, mi vida recibió una indeleble influencia espiritual. En varias ocasiones tuvo la amabilidad de invitarme a pasar una quincena con él en Barnstaple. Con el señor Chapman presidiendo la mesa, y a veces hasta veinte misioneros a la vez sentados en ella, era imposible evitar que la influencia de aquella atmósfera de comunión cristiana se grabase profundamente. Algunos de los siervos del Señor allí reunidos habían venido ensombrecidos por alguna nube de frustración o prueba, pero su espíritu pronto se elevaba y se sentía libre de toda esclavitud, por medio del ministerio del Espíritu a través de este siervo de Dios”.

CAPITULO VIII

EN DIAS DE LUCHA

Aunque la obra de la calle de Grosvenor se caracterizaba normalmente por la unidad y la paz, no hemos de pensar que aquella asamblea fuese totalmente ajena a las deprimentes divisiones que ocurrieron entre los Hermanos desde 1845 en adelante. Sólo el amor y la paciencia evitaron que la pacífica asamblea se trocase en escenario de luchas partidistas.

Los problemas se iniciaron en un lugar situado sólo a unos 100 kilómetros, en Plymouth, donde había una crecida asamblea en la que gran número de fieles recibía el ministerio de hombres tan sabios y con tantos dones como J. N. Darby, el Dr. Tregelles, H. W. Soltau y B. W. Newton. Mucha era la dulzura y grande el poder en la comunión cuando centenares de hermanos de otras congregaciones acudían cada Día del Señor para experimentar personalmente el gozo de la adoración y el ministerio en su sencillez novotestamentaria. A veces acudían incluso clérigos de la iglesia anglicana. Pero como más tarde escribiera uno de los que participaban de aquella comunión: “La escena era demasiado hermosa para que Satanás la contemplase sin poner de su parte los medios que pudiera para estropear tanta belleza y amargar tanta dulzura”.

Newton empezó a enseñar doctrinas erróneas, y Darby se lo reprochó. La situación se hizo tensa, pero por sí misma no hubiera ocasionado las disensiones que más tarde se extendieron, pues, por la gracia de Dios,

el propio Newton reconoció su error y rectificó. Hoy no hay ninguna rama de los Hermanos que mantenga el herético punto de vista que sostuvo temporalmente Newton sobre la humanidad de Cristo. Sin embargo, esto nos muestra la aviesa intención del maligno, pues todas las disensiones entre los Hermanos surgieron de este incidente.

Incluso antes de enterarse de la doctrina equivocada de Newton, Darby había establecido otra asamblea en Plymouth. Conocido el error, empezó a insistir en que todas las asambleas del mundo cortasen su comunión con la original de Plymouth, y se negasen a aceptar a la Mesa a los miembros de la misma, profesaran el error o no. Esto le colocó en discrepancia con Jorge Müller, de Bristol, quien mantenía que cada asamblea tenía derecho a determinar quién había de ser aceptado a la comunión y quién no. Sobre este punto se dividieron los Hermanos en “abiertos” y “exclusivistas”.

Chapman acudió a una conferencia especial de los hermanos más caracterizados, que se celebró en Bath, para considerar el problema. Durante el curso de la misma se dirigió personalmente a Darby con estas palabras:

“Debieras haber esperado un poco antes de separarte.”

“Ya esperé seis meses”, contestó Darby.

“Si esto hubiera ocurrido en Barnstaple, hubiéramos esperado seis años”, repuso Chapman.

En los años que siguieron a esta primera escisión, con frecuencia le pidieron a Chapman que visitase distintas asambleas donde surgían problemas, y su sólido conocimiento de las Escrituras y sanos consejos eran escuchados con reverencia. En realidad, llegó a ser uno de los consejeros más respetados entre las asambleas de los Hermanos del siglo XIX. Estas circunstancias

descubrieron el don específico de Chapman, en cuyo ejercicio tuvo un éxito indudable. Dios le había dotado de un tacto a la vez firme y lleno de amor, que le capacitaba para tratar las situaciones más delicadas y habérselas con los individuos más difíciles para la gloria de Dios y la bendición de la Iglesia. Este tacto, indudablemente inspirado por el Espíritu Santo, no lo necesitaba sólo para el exterior, sino también para su propia asamblea, pues llegó el momento en que también en Barnstaple, al respaldo de Rackfield House, se estableció una asamblea de hermanos “exclusivistas”, o “cerrados” que dio lugar a numerosos incidentes, ninguno de los cuales logró que perdiera su amor y paciencia para con quienes le vituperaban.

En 1869 se corrieron las voces de que en la calle de Grosvenor se daba cabida a doctrinas de error. Era una afirmación totalmente gratuita, sin fundamento. Los ancianos escudriñaron la acusación y encontraron que iba dirigida personalmente contra un hermano, que no era culpable de la herejía que se le atribuía; sin embargo, resultaba doloroso comprobar que se lanzasen a la circulación falsos rumores como aquél. Chapman, sin embargo, no hizo intento alguno de venganza contra quienes de mala fe menoscababan la asamblea. “Podemos decir—escribió entonces—que nuestro espíritu de amor y de intercesión va creciendo continuamente en favor de nuestros hermanos que rechazan todo contacto con nosotros. Pertenezcan al partido que pertenezcan (¡qué pena, tener que utilizar este término!), son para nosotros parte del Cuerpo de Cristo.”

Se convocaron reuniones especiales de oración para tratar este asunto, bajo la impresión de que si los hijos de Dios llegaban a conocerse a sí mismos suficientemente bien, y a juzgarse a sí mismos, cesaría el espíritu de lucha intestina. Con ocasión de estas reuniones escribió Chapman: “¡Oh, que el espíritu de auto-

crítica obre plenamente de acuerdo con la Palabra y en el poder del Espíritu de Dios, y que corra por las venas del Cuerpo de Cristo! Entonces tendremos el gozo de contemplar a los que se han juzgado a sí mismos, caminando juntos, unidos de una y otra parte, no necesitando, sino evitando que la mano de Dios traiga los juicios públicos que se avecinan”.

Con el correr de los años se multiplicaron las divisiones. “Con toda certeza—escribía Chapman por el año 1893—, a estas alturas y en el estado actual de los hijos de Dios, lo más necesario en todas partes es que cada uno se juzgue a sí mismo en lo concerniente a cismas y divisiones, según lo expresa el profeta Daniel en su capítulo 9. La iglesia de Cristo en Corinto no alcanzó nunca tal grado de separación entre sus miembros, pues sus santos siguieron siempre reuniéndose en un mismo lugar... Toda división exterior en cualquier lugar, sin el espíritu de humildad de Filipenses 2 y otras escrituras similares, no haría más que agravar el mal que está destruyendo el testimonio de la unidad de la Iglesia de Dios, dándole la razón a la imitación de unidad obrada por Satanás en la iglesia de Roma”.

En esta misma carta se refería Chapman, en palabras que ya hemos citado, al curso de amor y de paciencia que él mismo había seguido cuando estaba esperando la abolición de la regla estricta en “Ebenezer”. “... De no haber obrado como lo hicimos, lo más probable es que a estas horas no respiráramos este ambiente de amor mutuo y unidad en el Espíritu que ahora disfrutamos”. “Estamos esforzándonos al máximo—afirmaba— con toda diligencia, para perfeccionar lo que Dios en su misericordia y amor ha obrado en nosotros”. Y en efecto, a pesar de la existencia de otra asamblea, de verse continuamente vejados, la obra de la calle de Grosvenor continuó de poder en poder, y

apenas si había lugar donde acomodar a los que se congregaban.

Sin duda, algunas falsas doctrinas brotaron también en aquella asamblea, pero cuando tal ocurrió, fueron inmediatamente desarraigadas. Un hermano se descarrió en la cuestión del castigo a los que no aceptan la salvación, diciendo que tal castigo no podía ser eterno. Este hermano había constituido una buena ayuda en la iglesia y Chapman sentía por él profundo afecto, pero fue cortado de la comunión. Sobre este caso le escribe Chapman a Müller en 1871: “Sabiendo que en Cristo tenemos redención por su sangre, y que por la cruz del Hijo de Dios escapamos de la muerte segunda y su eterno castigo, y que la vida eterna es nuestra por la muerte de Cristo, no podemos sino mirar con pena, con santa indignación, esta doctrina que va tomando auge, que quiere limitar la duración del castigo de los rebeldes. Tenemos las entrañas de Cristo para los que de tal forma yerran; pero en cuanto al error mismo quisiéramos desmenuzarlo con mano de hierro... Usemos toda amabilidad, paciencia y longanimidad para mostrar por la Sagrada Escritura cuán grandes son la locura y el pecado de orgullo de sabiduría de quienes pretenden atarle las manos a Dios y limitar la duración del castigo sobre los malvados... Sin embargo, si toda la amabilidad es despreciada, entonces, en fidelidad al Señor y con benignidad hacia los que se colocan en el error, hemos de rechazarlos en lo que a la comunión se refiere, pues tienen parte con los herejes. Como no tenemos duda de que más de uno de ellos es regenerado, hemos de seguir rogándole a Dios y buscando la oportunidad de encarecer a tales hermanos que se libren de los lazos de Satanás y vuelvan a la comunión de los santos”. En el caso a que nos estamos refiriendo, sírvenos de gozo hacer constar que este hermano al fin reconoció el error en que se encontraba.

Al tratar de los errores, sean de doctrina o de práctica, el anciano debe estar apercebido para no obrar de acuerdo con la carne. El amor y la paciencia son la respuesta del Espíritu Santo en todas estas ocasiones, y la carencia de ellos ha acarreado la mayoría de las divisiones actuales entre los hijos de Dios. Para Chapman no era satisfacción alguna que se resolviese el problema excluyendo a un hermano de la comunión, aunque sabía que esto, a veces, era imprescindible, pero siempre le dolía, y no olvidaba al tal hermano, sino que le seguía en oración, incluso durante años, si aquél no rectificaba. Uno de estos hermanos prometió no volver a relacionarse con Chapman jamás, pero un día se encontraron en la calle, caminando el uno hacia el otro, por la misma acera. Cuando llegaron el uno al otro, Chapman, sabiendo todo lo que el otro hermano había dicho, le dio un abrazo con estas palabras: “Querido hermano, Dios te ama, Cristo te ama, y yo te amo también”. Este incidente sencillo y lleno de amor hizo que se esfumase el odio de aquel hermano y le condujo al arrepentimiento. Muy pronto estuvo de nuevo en comunión con la asamblea de la calle de Grosvenor.

Esta conducta gobernada por el amor constituía el poder de Chapman y le identificaba como un verdadero hermano. Pero muchos, incluso entre los creyentes, se impresionan más por la altisonancia de la controversia que por la dulce voz del amor. Desde luego, apuntarse victorias sobre los del bando opuesto es mucho más espectacular que instruirlos con dulzura, por lo que Chapman tenía muchos críticos de uno y otro lado.

En honor a la justicia, sin embargo, hemos de decir que los otros dos hermanos sobresalientes en aquellos días, Darby y Müller, eran hombres llenos de santidad y no desprovistos de amor. Parece ser que en cada uno de estos tres hombres señeros se mostraba un don con

preferencia a los demás: en Müller sobresalía la fe, bien evidenciada por su obra en el orfanato de Bristol; en Darby, la esperanza, que se observa claramente en sus exposiciones de la Segunda Venida, y en Chapman es el amor el que impregna todo su ministerio de conciliación.

Chapman se dolía del amargo y áspero curso que se daba a todos los asuntos de discordia, frecuentemente en el nombre de Cristo. Su consejo era siempre de frenar la lengua y usar la discreción, y su constante miedo consistía en que en todos estos casos los hermanos obrasen en la carne y en contra de la Escritura. A uno que tenía que vérselas con el error le escribió: “El asunto sobre el que me escribes es de lo más grave que puede darse en la Iglesia de Dios. Estate prevenido contra todo pensamiento de falta de fe; Cristo nos es hecho sabiduría. Si esperas en Dios con paciencia para que haya unidad de juicio, vendrá el consuelo en medio de la tristeza y Dios dará ternura, amabilidad, decisión y sabiduría a los que tienen que hablar con el que se ha desviado de la verdad. Te ayudaremos en oración y esperaremos tus noticias. En cuanto a ti mismo, amado hermano, ten la seguridad de que es tuya la promesa: *El entendido en la palabra, hallará el bien* (Prov. 16:20).”

Se ha dicho que si Darby hubiese ido a Barnstaple en julio de 1849 y hubiera discutido el asunto ampliamente con Chapman, en lugar de ir a Bristol a ver a Müller, la escisión entre Hermanos abiertos y exclusivistas no se hubiera producido. Nadie puede afirmar tal cosa con seguridad. Si todos los que se vieron involucrados en aquellas tristes divisiones hubieran ejercido el amor, la paciencia y el freno que Chapman aconsejaba y practicaba a todas horas, los Hermanos como tales hubieran continuado hasta el día de hoy en una unidad espiritual según la mente de Cristo.

CAPITULO IX

A PIE POR "LA ISLA DE ESMERALDA"

Siempre había sentido Chapman un interés especial por la obra del Señor en Irlanda, y así lo demuestra, entre otras cosas, el que en 1848, cuando sólo llevaba dieciséis años en Barnstaple, saliese de esta población para hacer una gira de evangelización en aquel país. En esta gira siguió la mayor parte de la costa irlandesa, empleando en ello de dos a tres meses. Aunque no dejó datos concretos, debe haber cubierto una distancia superior a los novecientos kilómetros en la isla, casi todos a pie, y por el mismo medio los hubiera recorrido todos a tener tiempo para ello, pues nada le agradaba tanto como caminar con cualquier desconocido, hablando de las cosas de Dios. Por otra parte, pronto descubrió que esto constituía allí el mejor medio de evangelizar, puesto que la conversación de corazón a corazón con los campesinos en su propio medio, donde no imperaba tanto el temor al sacerdote, era muy fructífera.

A pesar de que emprendió el viaje a principios de febrero, el tiempo se presentó excelente para la travesía. Arribado a la costa del Sur, en Cork, fue bien recibido por la asamblea de la calle Queen, donde encontró una feliz comunión, regocijándose con ellos el Día del Señor en el Partimiento del Pan. Las desgraciadas divisiones que estaban ocurriendo en las asambleas de Inglaterra habían tenido resonancia en Irlanda, por lo que los hermanos abrumaban a preguntas al

viajero, queriendo saber más detalles. Uno de los hermanos de aquella asamblea tuvo varias charlas con Chapman, en el curso de las cuales se hizo evidente que no coincidían los dos en todos sus puntos de vista doctrinales, pero no se produjeron palabras ásperas. “Nos gozamos en nuestra unidad hasta donde llegaba —escribe Chapman— y consideramos motivo de humillación propia el que no estuviéramos totalmente de acuerdo, pero sin hacer de ello motivo de disputa, ni mucho menos de separación. Dios hará pronto a sus hijos de un mismo parecer, como los querubines, siempre con el rostro hacia el trono de la gracia.” Estas frases son típicas de Chapman frente a las diferencias que en algunas ocasiones han hecho escribir Hermanos, con H mayúscula, mientras que han privado a la palabra *hermano* de gran parte de su auténtico significado. Fuera en Inglaterra, fuera en Irlanda, Chapman tenía que ejercer el amor y la paciencia que le caracterizaban como un verdadero hermano.

La asamblea de Cork era como una isla luminosa en un mar de tinieblas. Los romanistas parecían ejercer absoluto dominio sobre los corazones y conciencias de los habitantes de la ciudad, hasta el punto de que era difícil establecer contacto con el hombre de la calle porque el escuchar a un protestante leer la Biblia u orar se consideraba como un pecado que había que llevar inmediatamente al confesionario. No obstante, a causa de una cosecha de patata que había fracasado, la región estaba empobrecida y hambrienta. Chapman no podía pasar sin ayudar a los necesitados, y al hacerlo encontró el camino para llegar hasta sus conciencias, descubriendo que bajo la superficial oposición había verdadero interés. En una carta a los hermanos de la Calle de Grosvenor les decía: “Aquí hay conciencias atribuladas que buscan descanso sin saber dónde conseguirlo. Cuento como un favor que Dios

me hace el permitirme hablar a las personas que se encuentran en tales condiciones”.

Los amigos de Barnstaple habían estado enviando fondos para ayudar a los niños de las proximidades de Cork que habían perdido a sus padres en la epidemia de hambre. Esta obra estaba principalmente centrada en Donoughmore, bajo la dirección de un rector anglicano y su esposa. Chapman visitó a estos amigos, parando en la rectoría y disfrutando de cordial comunión con ellos, deleitándose en la gran obra espiritual que se estaba llevando a cabo entre los huérfanos por lo que determinó animar a sus hermanos de Inglaterra para que incrementasen sus contribuciones, sin tener en cuenta para nada que la obra no estuviese directamente relacionada con ninguna asamblea de su denominación.

Al salir de Cork, Chapman comenzó su larga caminata hacia el Oeste, haciendo su primera parada en Mallow, donde le dio la bienvenida una pequeña compañía de creyentes, a quienes encontró preocupados por las noticias que habían recibido sobre la seria enfermedad que aquejaba al hermano Darby, uniéndose a ellos en oración por la pronta recuperación de este hombre de Dios. Para los creyentes de Barnstaple que, como él mismo, no estaban de acuerdo con el proceder de Darby, escribió esta nota: “Quiera el Señor concedernos la restauración de su salud. Su nombre es muy amado entre los hijos de Dios en Irlanda”.

En los días que pasó en Mallow, Chapman consiguió permiso para predicar el Evangelio a los soldados en sus cuarteles, así como a los presos. El domingo por la mañana, después del Partimiento del Pan, se colocó en un lugar estratégico de un mercado, próximo a una iglesia catolicorromana, y desde allí habló a la muchedumbre que salía de misa. Muchos le escucharon con atención y algunos de ellos acudieron a la reunión de

la noche al enterarse de que él sería el predicador. Semanas más tarde, a un joven que estaba a punto de morir en el asilo de Mallow le preguntaron si quería que enviasen por el sacerdote. “No —contestó—. Oí a un forastero predicar a Cristo en la plaza del mercado el otro domingo. Aquel Salvador que él predicaba me basta”.

Desde Mallow procedió nuestro viajero a otros varios puntos desprovistos de asambleas, pero en cada uno de ellos encontró algunos creyentes aislados, a quienes animó en su testimonio. Le impresionó muy favorablemente encontrar en Kanturk un joven clérigo que predicaba el Evangelio puro y en seguida buscó el medio de visitarle en su casa y tener un rato de oración con él. Pasó el fin de semana en Castleisland, donde no pudo hallar ningún convertido, por lo que aquel día del Señor fue muy extraño para él, a pesar de lo cual escribió con su habitual gozo: “No he estado solo, sino que me he dedicado a interceder por los santos y por el mundo, porque no he tenido hermanos conmigo”. Sin hermanos que le acompañasen, se puso a predicar el Evangelio al aire libre, y cuando iba de regreso a su hospedería, con el corazón oprimido por las tinieblas que en el pueblo reinaban, vio el arco iris abrazando las modestas calles de casas pequeñas. “Si me hubiese dirigido hacia otro punto no lo hubiese visto. Aquel arco me hablaba al corazón con la voz de Dios”, comentó luego por escrito.

Dada la forma peculiar de evangelizar utilizada por Chapman, no tenemos informes completos sobre su labor, pues entre pueblo y pueblo encontraba muchas oportunidades de hablar de Cristo a los campesinos, y sólo en la eternidad se sabrá cuántas almas pasaron de muerte a vida a través de estas conversaciones suyas junto a los caminos. Colonos, policías, mendigos, gentes de todas clases escuchaban con interés su testimonio.

Se asombraba de la ignorancia de los irlandeses en cuestiones espirituales, así como de la profunda y oscura superstición en que se hallaban sumidos. Muchos a quienes hablaba parecían no haber escuchado jamás el Evangelio y pocos comprendían con prontitud su mensaje. En toda su gira careció de grandes auditorios, excepto alguna que otra vez al aire libre; pero su verdadero deseo era hablar de corazón a corazón a todo el que estuviera dispuesto a escucharle. Nada había de espectacular en este método ni en sus resultados, pero al menos había la seguridad de que dejaba en el oyente algún conocimiento del Evangelio, lo que constituyó una estela en todo el curso de los novecientos kilómetros. En varios puntos de su recorrido quedaron personas nacidas de nuevo que llegaron a ser más tarde centros de influencia cristiana. Las asambleas que visitó se sintieron inspiradas por su celo y aprovecharon su corta estancia para beneficiarse de sus enseñanzas y consejos.

Los miembros de la congregación de la Calle de Grosvenor seguían aquel itinerario con el máximo interés a través de las cartas de Chapman, hasta el punto de que éste se alarmó por temor de que diesen excesivo tiempo a la lectura de sus informes en la congregación, y así aconseja: “Que el querido hermano Heath tenga en cuenta el reloj cuando se lean mis noticias, para que no se les reste tiempo a actividades de mayor importancia, como la adoración y el ministerio de la Palabra. Si se lee algún trozo el viernes por la noche, o si es necesario el lunes por la noche, el resto puede leerse en privado cuando haya tiempo”.

Una de sus cartas desde Irlanda nos revela la notable humildad de Chapman. El Miércoles de Ceniza habíase cruzado con una multitud que salía de misa. Al dar cuenta del hecho lo hace así: “Me humilla pensar que me he cruzado con la multitud de Portumna sin

dirigirles la palabra, y sin preguntarle a Dios si debía hablarles o callar mi boca. Necesito acopiar fuerza espiritual... pero podía haber encontrado ayuda en Dios si hubiese alzado mis ojos a Él. Nada le pregunté, sino que seguí adelante esperando encontrarme con otros más lejos, pero no fue así y lo hago constar para que los amados hermanos que se acuerdan de mí ante Dios eviten el poner confianza alguna en mí, y pidan que el Espíritu Santo me guíe en todas las cosas y en todo momento”.

No siempre le fue benigno el tiempo en esta gira. Un día que tenía que hacer más de sesenta kilómetros a pie se encontró con un fuerte viento de cara. Le rogó al Señor que desviase el viento, pero siguió soplándole de frente todo el día, con rachas de aguacero, granizo y nieve por añadidura. “Su contestación a mis ruegos —escribe— fue que su gracia me bastaba; por tanto, me sentía feliz con Él, y prediqué su Palabra a unos cuantos en el camino.”

En algunos pueblos se encontraba con fuerte oposición. Una vez, mientras predicaba en una plaza pública, le dieron en la oreja y en las sienes con un balón, pero una señora católica que lo presencié se adelantó y le ofreció su pañuelo para que se limpiase el barro. No eran los incidentes de este tipo los que le atribulaban, sino que le apesadumbraba más ver a los creyentes, aun con la mejor intención, sacar la espada para defenderle. Por ejemplo, en otra reunión al aire libre se acercó un muchacho burlón y le dio una limosna, haciendo reír a los concurrentes. Chapman lo tomó también como una travesura infantil, y así hubiera pasado si no fuera porque uno de los hermanos allí presentes cogió al irrespetuoso muchacho y empezó a castigarle, desagradando con ello a la multitud. Por eso decía Chapman: “Mis principales dificultades para predicar al aire libre me las causan mis propios amigos, que

no comprenden, o no recuerdan en el momento oportuno, que yo me glorio en sufrir por causa de Cristo, y quieren tratar a los que me insultan de una forma que es contraria a la mente y al precepto de Cristo”.

Al pasar a Irlanda del Norte, Chapman observa las diferencias existentes. En el Norte, tanto los protestantes como los católicos eran mucho más rápidos para comprender el mensaje del Evangelio, y los sacerdotes tenían muchos menos discípulos que en el Sur, pero donde ellos tenían el poder, en seguida lo empleaban para prohibir la lectura de la Biblia, mientras que los protestantes, por regla general, eran meramente formulistas en su profesión de fe y en sus actos de culto, de tal forma que Chapman observa: “Al trabajar entre ellos (los protestantes) tengo que solicitar de Dios la misma ayuda que en cualquier otro lugar. *El Espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha*”.

A lo largo de tan interesante como penoso itinerario disfrutó Chapman de la comunión de creyentes de diversas denominaciones. Dondequiera que se enteraba de la existencia de una persona que estuviese manteniendo testimonio evangélico, allí se presentaba para animarla. Así se gozó al ver el celo de algunos discípulos de Wesley que encontró, e hizo amistades en el Norte con muchos presbiterianos. En cierto pueblo, un presbiteriano vino a ver al huésped de Chapman, solicitando el privilegio de ayudar económicamente al predicador. Al asegurarle que tal ayuda no era necesaria, el presbiteriano presionó más, diciendo que el viajero encontraría muchas personas con las cuales podría compartir el donativo. Con este argumento, Chapman se vio obligado a tomar lo que se le ofrecía y sintió el gozo de esa prueba de amor de aquel hermano, cuya interpretación de algunos puntos de doctrina no coincidía con la suya propia.

Indudablemente, estos viajes costaban bastante, aunque no fuese en transporte. Todo ello lo proveyó el Señor, siendo la fe el único principio para la financiación. La gira por Irlanda se realizó casi totalmente a pie, pero Chapman hizo en su vida grandes distancias por tren, y una vez tras otra probó al Señor como su proveedor también para este medio de transporte. En cierta ocasión, el señor Mansfield, yerno de John Bridgeman, llegó al andén y vio a Chapman sentado en un vagón. Chapman había llegado a la estación sin un céntimo, confiando que el Señor proveería el billete para el viaje, pero llegó hasta la ventanilla y nada ocurrió, así que pasó adelante sin arredrarse por ello y se sentó en el tren a esperar lo que el Señor hiciera. El señor Mansfield se puso a charlar con él y a los pocos minutos se sintió constreñido a pedir permiso para ver el monedero de Chapman, quien sonrió al mostrársele vacío. Antes que el tren arrancase, contenía el billete para el viaje y un generoso donativo además.

Nuestro viajero terminó su gira irlandesa en Dublín, donde el movimiento de los Hermanos había comenzado hacía unos veinte años. El viaje había sido agotador, y el hecho de haber realizado tal recorrido solo y casi todo a pie nos presenta un índice de su energía física y sus recursos espirituales. Su experiencia le convenció de que había lugar amplio para la obra evangélica en Irlanda, y en años posteriores se mantuvo en estrecho contacto con los creyentes irlandeses. El señor Gilmore, en su libro titulado "These Seventy Years" (Los últimos sesenta años) nos relata la visita de Chapman a Belfast en 1893, para la reunión del 12 de julio, ocasión en la que este hermano fue preguntando por los diversos lugares de la ciudad dónde se celebraban reuniones en las que él podría ayudar, enterándose del número que solía congregarse

en cada lugar que le sugerían, hasta que encontró la congregación más reducida, una de 150 a 200 personas en lugar de las 700 o más que habría en otros puntos, y esa más pequeña fue precisamente la que eligió, diciendo: "Yo iré a ésa. Me gusta ayudar a los pequeños". Muchas de las congregaciones actuales de Irlanda, grandes o pequeñas, tienen una gran deuda con Chapman.

CAPITULO X

FIEL PASTOR

De regreso a Barnstaple, Chapman reanudó sus deberes pastorales, porque, por encima de todo, él era pastor, siempre atento al cuidado del rebaño del Señor, trabajando con paciencia y con cariño en la búsqueda de las ovejas. “Yo buscaré la perdida y tornaré la amontada, y ligaré la perniquebrada, y corroboraré la enferma” (Ezeq. 34:16). Su afán era compartir hasta el límite de lo posible las penas y alegrías de aquellos a quienes trataba de servir, recordando el mandamiento de gozarse con los que se gozan y llorar con los que lloran (Rom. 12:15).

La obra de pastoreo no tiene nada de espectacular. El verdadero pastor trabaja mes tras mes, año tras año, enfrentándose con las dificultades peculiares del pueblo de Dios, esforzándose en encontrar solución a las mismas de acuerdo con la voluntad del Señor, “corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen” (2 Tim. 2:25). Es una labor que ofrece poca variedad al observador superficial, pero aun cuando esto sea así en las líneas generales de este servicio, la verdad es que los detalles cambian constantemente, puesto que el pastor que sea buen observador notará que no existen dos miembros en la grey del Señor que tengan exactamente el mismo problema. Sin embargo, y toda vez que tales problemas rozan casi siempre los límites de lo confidencial, se comprenderá fácilmente que no

es posible relatar con amplitud de detalles la obra pastoral que los siervos de Dios llevan a cabo.

La obra de evangelización realizada por Chapman en España e Irlanda, y su labor de conferenciante en Inglaterra, sirvieron para señalarle como un fiel siervo de Dios; pero el centro de todo su ministerio estaba en la Calle de Grosvenor y en su correspondiente labor pastoral allí. La cariñosa comunión, sincera reverencia hacia las Escrituras, y el orden espiritual que allí se respiraban cuando el Señor llamó a su siervo a su presencia, constituyen el mejor monumento que pudiera erigirse en memoria de sus setenta años de trabajo pastoral, al tiempo que subrayan hasta qué punto la obra de un hombre puede ser consolidada cuando ejerce sus dones con largueza en un determinado campo de servicio.

Desde luego, no debe pensarse por lo que se ha dicho que Chapman actuaba “en solitario” o que ejercía un ministerio exclusivo. Por el contrario, él era un anciano más entre otros en la Calle de Grosvenor. Chapman no aceptaba la afirmación de Darby, quien aseguraba que no era posible sujetarse a las enseñanzas de la Escritura en cuanto al pastoreo de la iglesia por varios ancianos. Se resistía a creer que pasajes tales como 1 Tim 3 y Tito 1 hubiesen venido a tener una simple significación histórica. En primer lugar, él había ido a Barnstaple con el determinado propósito de enseñar “todo el consejo de Dios”, y la existencia de un obispado llamado y puesto por el Señor para el cuidado de su grey estaba bien clara en la Palabra. Chapman no quiso “forzar” el reconocimiento de diáconos, bien que así se había hecho en “Bethesda”, Bristol, donde se pensó que la pauta revelada en el Nuevo Testamento no podía estar equivocada en modo alguno. El consejo de ancianos de Barnstaple estaba compuesto por hombres de reconocida valía,

no a causa del ambiente social o económico en que se desenvolvían, sino por sus dones espirituales de enseñanza y liderato que eran aceptados por todos los hermanos. Es cierto que Chapman destacaba entre todos ellos por la notable combinación de dones —pastor, maestro, evangelista— que en él se daban y que le constituían en instrumento ideal para el establecimiento y desarrollo de la obra de Dios. Algunos quisieron aprovecharse de este hecho —que era evidente a todas luces— para lanzar sus críticas contra él, diciendo que, en el fondo, Chapman nunca había dejado de ser “el ministro” de la asamblea. Pero la verdad es que nunca fue así, y sus propios compañeros en la Calle de Grosvenor fueron testigos de su profunda preocupación para que cada uno de ellos pudiera ejercer sus dones. Ellos hubieran sido los últimos en permitir que su querido hermano hubiese contristado al Espíritu dejando de hacer, por humildad, la importante obra a la que tan manifestamente había sido llamado por el Señor.

Una de sus actividades más bendecidas eran las visitas que todas las tardes solía hacer a diferentes miembros de la asamblea para animarles y procurar su crecimiento espiritual. A su paso por las calles los ciudadanos le saludaban con todo respeto, pues incluso aquellos que normalmente solían dirigirse en términos despectivos a quienes no perteneciesen a su misma clase social se daban cuenta de que aquel hombre se sentía estrechamente vinculado a ellos y a todos sus problemas. También las mujeres, a la puerta de sus casas, recibían con agrado su sonrisa o una palabra amable pronunciada con todo respeto y gentileza.

Cuando entraba en una casa tenía ya en mente algún versículo de la Escritura, que procuraba introducir en la conversación, buscando para ello la mejor oportunidad, cosa que generalmente conseguía con gran

habilidad. Así, por ejemplo, cuando alguien le preguntó en cierta ocasión cómo se encontraba, Chapman contestó que estaba colmado. “¿Colmado?”, inquirió extrañado su interlocutor, sin saber a qué se refería. “Así es, en efecto —fue la respuesta—. Cada día nos colma de beneficios” (Salmo 68:19).

Otras veces se servía de algún juego de palabras, a los que era muy aficionado, para despertar nuevo interés sobre algún texto que era familiar a sus oyentes; así sus amigos siempre podían esperar alguna palabra de enseñanza cada vez que Chapman dirigía su atención de esta manera tan amena.

Otro método que empleaba con frecuencia para subrayar la importancia de algún versículo que él quería que sus interlocutores retuviesen, era citar parte del mismo, esperando que ellos pudiesen completarlo. Por ejemplo, cuando saludaba a un amigo en la calle con un original: “Todo lo puedo”, la respuesta no podía ser otra que un alentador: “... en Cristo que me fortalece”. Ahora, Chapman hacía todo esto con tal gracia y naturalidad que lo que en otros hubiese parecido vana afectación, en él resultaba altamente apreciado.

Un día estaba visitando a una señora que, tras experimentar una serie de reveses económicos, se encontraba al borde de la desesperación. No hacía más que pensar con tristeza en el futuro lleno de dificultades que se le presentaba, rehusando prestar atención a todos cuantos se acercaban a ella con ánimo de consolarla. Chapman sugirió: “¿Podríamos leer juntos un pasaje de las Escrituras?”. Ella tomó una Biblia y él sacó la suya del bolsillo, señalando como lectura el Salmo 23. Después que ella estuvo dispuesta, Chapman empezó a leer: “Jehová es mi pastor; *todo* me faltará...”. “Señor Chapman —objetó la mujer—, se ha equivocado usted”. De nuevo, Chapman comenzó la lectura, repitiendo las mismas palabras. “Pero —insistió la señora— en mi Biblia no dice

eso”. “Ah, ¿no? —contestó él—, pues entonces lea, a ver qué dice su Biblia”. Ya entonces ella se había dado cuenta de su intención al leer como lo había hecho, y al repetir aquellas consoladoras palabras: “Jehová es mi pastor; *nada* me faltará”, el temor huyó de su corazón y ella volvió a sentirse llena del gozo del Señor.

Chapman tenía especial interés y preocupación por lo que leían los creyentes. En aquellos tiempos no había la abundante y sana literatura que actualmente puede obtenerse en una librería o editorial evangélica. Por eso, en vista del peligro que pudieran suponer las malas lecturas, y también por temor de que la lectura de libros acerca de la Biblia llegase en algunos casos a sustituir la lectura y el estudio de las Sagradas Escrituras, no cesaba de aconsejar a sus oyentes que centrasen sus efectos tan sólo en la Palabra de Dios. A menudo solía citar una rima, que quedó grabada de tal forma en la memoria de sus amigos que hasta el día de hoy no se ha olvidado en la congregación de la calle de Grosvenor. Decía así:

“Los hombres hacen libros de paja y hojarasca;
Dios nos ha dado el suyo plétórico de grano.
Deja la paja a un lado y aplica tus lecturas
al oro que da Dios, y no al desecho humano.”

E. S. Pierce, que vivió algunos años con Roberto Chapman, escribió a un amigo diciendo que Chapman sentía horror por la tinta de imprenta. Sin embargo, nadie duda de que si hubiera querido, hubiese podido ganar más de una distinción como escritor, pues tenía gran facilidad para encontrar la palabra precisa y oportuna, y la mayoría de sus composiciones pueden presentarse como muestra de la más exquisita literatura.

La verdad es que en sus primeros años Chapman no era reacio a la publicación de todo aquello que pudiera ser de bendición y ayuda al pueblo de Dios, como lo prueba el que a los cinco años de su llegada a Barnstaple viera la luz la primera edición de su himnario, una de cuyas composiciones empezaba:

Mi alma en este mundo atribulado
es paloma asustada en su revuelo.
¡Oh, quién pudiera, con ligeras alas,
seguir arriba, hasta el Señor que anhelo!

Otros himnos suyos, muy conocidos y cantados en Inglaterra, son: “Con Jesús en medio”; “¿Quién es el Rey de Gloria?”. Escribió por lo menos 165 himnos y otros poemas, incluso algunos sonetos. El más asombroso de éstos empieza: “Al contemplar la Luna en la silente noche...”.

Sus “Meditaciones” son también muy sugestivas y pertenecen a esos primeros tiempos. Pero más tarde, ya hemos dicho cómo se resistió a la publicación de cualquier cosa que fuese suya, y aun cuando respetamos el sentimiento de humildad que le llevó a tomar tal actitud, no podemos por menos de pensar en lo mucho que la Iglesia perdió por tal motivo.

El más útil de sus libros, “Dichos escogidos”, se imprimió primeramente sin su consentimiento. Dos hermanas se pusieron de acuerdo para tomar notas de sus mensajes y los recopilaron en forma extractada en un volumen que publicaron bajo el título indicado. Sólo después de mucho tiempo pudieron persuadirle para que reconociese el libro como suyo y revisara sus páginas. Spurgeon, que tenía a Chapman en muy alto concepto, quedó muy impresionado por la lectura de “Dichos escogidos”, diciendo a guisa de comentario: “El oro de aquella tierra es bueno”. Después de su partida

se publicó otro volumen conteniendo nuevos extractos de sus mensajes bajo el título de “Palabras piadosas”, donde se recogían notas ampliadas de algunos sermones.

Chapman siempre se mostró atento y vigilante en cuanto a los intereses de la juventud, haciendo cuanto estaba a su alcance para animar a los jóvenes hermanos a crecer en la gracia. Conocía bien el arte de dirigir a los jóvenes, no desde atrás, sino guiándoles y estimulándoles con su propio ejemplo, siempre dispuesto a prestar atención con auténtico interés a sus aspiraciones y esperanzas. El creía que siempre se podía aprender algo aun del más joven de los creyentes, y a medida que iba envejeciendo, recordaba con más asiduidad que él mismo había estado ejerciendo de joven un amplio y denso ministerio. En Barnstaple se creía que las razones que determinaban las posibilidades de servicio, más que la edad, eran el don o los dones del Espíritu que se manifestasen, de forma que los jóvenes encontraban allí oportunidades de servicio con los felices resultados que aún hoy pueden observarse.

Por otra parte, cuando los jóvenes tenían que dar algún paso trascendental en su vida, tal como contraer matrimonio, nunca dejaban de acudir a él en busca de consejo. En cierta ocasión un joven fue a despedirse de Chapman en vísperas de su partida como emigrante al Canadá. Chapman le invitó a desayunar con él, y cuando estuvieron solos le expresó su esperanza y el deseo de que fuese prosperado en el país al cual se dirigía. “Mas, para que así sea —le recordó— no debes olvidar los consejos del Salmo I y del primer capítulo de Josué”. Aquel joven tuvo muy presentes las palabras de su consejero, siendo muy abundantemente bendecido en su nueva vida, y regresando años más tarde para venir a ser un anciano muy querido y respetado por sus hermanos en la calle de Grosvenor. Verdaderamente, la Palabra de Dios fue dada “para que seas prospe-

rado en todas las cosas que emprendas" (Josué 1:7), y cuando un hombre vive para agradar al Señor, "todo lo que hace prosperará" (Salmo 1:3).

Roberto Chapman encontraba también tiempo que dedicar a los niños. Ciertamente, el pastor que no se interesa por los corderitos del rebaño, mal puede ser llamado un buen pastor. W. H. Bennet cuenta que en cierta ocasión, cuando Chapman se encontraba con él en Cardiff, recibieron la visita de un grupo de maestros y maestras de Escuela Dominical, que fueron allí con ánimo de tener con él un cambio de impresiones. Hablándoles sobre la importancia de su obra, Chapman les dijo: "Recordad que estos pequeños que hoy asisten a vuestras clases serán los padres y madres de la próxima generación y el centro de unos círculos de influencia cada vez más extensos, progresivamente, desde los cuales podrá esparcirse el Evangelio que es capaz de llevar bendición a las almas". Luego habló de una señora a quien había encontrado recientemente en Londres y le había contado cómo se acordaba de haberle visto por primera vez cuando era niña, en casa de una amiga, y cómo le había explicado dos pasajes de la Escritura que fueron el medio utilizado por Dios para su conversión en los tempranos años de su vida. Una de las señoras que formaba parte del grupo intervino para explicar que ella había sido convertida al Señor en circunstancias muy similares. Cuando aún era muy niña, se encontró con el señor Chapman en la calle y éste la detuvo para hacerle una pregunta que a ella le pareció sin sentido: "¿Puedes decirme por qué Jesús fue llevado como oveja al matadero?". Ella se sintió muy confusa, sin saber qué responder, y él tuvo el buen sentido de no insistir más sobre el particular. Sin embargo, la niña siguió pensando sobre tan extraña pregunta, de tal suerte que cuando llegó a casa lo primero que hizo fue repetirle la misma cuestión a su madre,

quien le indicó que leyese el capítulo 53 de Isaías. Allí encontró la respuesta, aprendiendo que Jesús fue herido por sus transgresiones. Esto habló directamente a su corazón, dando como resultado su conversión.

Un día, Chapman y otros hermanos fueron invitados a tomar el té en casa de uno de los miembros de la congregación. En la casa había algunos pequeños, lo que suponía un problema para la buena disposición de asientos en la mesa. Para solucionar esta dificultad, la dueña de la casa había dispuesto una mesa especial para los huéspedes distinguidos, y otra —menos suntuosa— para los niños. Cuando Chapman llegó, se sentó en el lugar que le indicaron en la mesa mejor, complaciendo con este gesto a los presentes. Pero una vez cumplido este requisito de cortesía, rogó a los hermanos que tuviesen la bondad de sentarse en la otra mesa, al tiempo que invitaba a los pequeños de la casa a compartir el lujo de la mesa preparada para los invitados. La escena que siguió fue de lo más divertido; por un lado, el azoramiento de la madre; por otro, la alegría de la gente menuda, el esfuerzo que tenían que realizar los graves ancianos para mantener su dignidad sentados en las sillas de los niños y usando sus tazas y vajilla correspondiente, mientras los pequeños disfrutaban de lo lindo con la fina porcelana preparada para los mayores y escuchando con verdadera devoción las buenas palabras de su simpático visitante.

A los hijos de su gran amigo Henry W. Soltau les gustaba mucho hablar con Chapman. Cuando le dijeron que confiaban en el Señor Jesucristo para la salvación de sus almas, les estrechó contra su pecho y les exhortó con estas palabras: "Algún día —quizá dentro de algunos años— Satanás tratará de haceros dudar del amor de Cristo. Recordad que El es el Buen Pastor y que sus ovejas nadie las arrebatará de su mano".

Era frecuente requerir la presencia de Chapman para solucionar problemas de tipo familiar. Así, en cierta ocasión, le pidieron que interviniese en favor de un joven matrimonio que, después de algunos disgustos, habían llegado al extremo de separarse. Chapman tomó interés en el asunto, pero sin resultado, toda vez que sus propuestas de reconciliación no eran aceptadas por ninguno de los dos interesados. Un día, sin embargo, la esposa asistió a una reunión en la que Chapman habló acerca de “los pecados de la lengua”. Al terminar la reunión, la esposa se acercó a él reconviniéndole por haber afeado su conducta ante toda la congregación. Pero la verdad era que Chapman no había pensado en absoluto en ella al preparar su sermón, de manera que él entendió claramente que no había sido él, sino el Espíritu Santo, quien había estado hablando al corazón de la mujer, reprochándole aquel pecado que había contribuido a la situación en que actualmente se hallaba su matrimonio. Aprovechando esta oportunidad, Chapman le habló de la necesidad de reconocer la gravedad de su falta, haciendo patente que mientras ella persistiese en echar todas las culpas sobre su esposo no habría ninguna posibilidad de reconciliación. El marido vivía en otro pueblo, y encontrándose Chapman allí cierto día, fue a visitarle, invitándole a dar un paseo juntos. Desde luego, el hombre esperaba oír una buena repulsa a causa de su comportamiento, mas para sorpresa suya, ni una palabra en tal sentido salió de los labios de Chapman. La sola presencia de un hombre tan íntegro como él constituía de por sí un verdadero reproche para quienes no andaban rectamente. El esposo se sintió avergonzado de sí mismo y pidió ver a su mujer para confesarle su falta. Pronto tuvo lugar un acto de reconciliación que, con abundantes lágrimas por parte de ambos, resultó en el mutuo perdón y dio principio a una nueva vida de hogar feliz y útil.

Una de las virtudes de Chapman fue su norma de no dar jamás lugar a los murmuradores. Si alguien se aproximaba a él para contarle faltas de un tercero, solía decir: “Vamos en seguida a decir a nuestro hermano que esto no debe ser así”. Esta táctica cortaba los ánimos de los correveidiles, pues ninguno de ellos estaba, por lo general, dispuesto a seguir una norma tan honrada como escritural. En cierta ocasión, una hermana fue a su casa para contarle lo disgustada que estaba con la conducta de otra. Después de escuchar pacientemente todo lo que dicha hermana llevaba que decir, preguntó: “¿Eso es todo?”. “No—fue la respuesta—, aún hay más”. “Bien, pues siga”. Cuando acabó de hablar hubo un largo silencio, que Chapman rompió poniéndose en pie y diciendo, mientras abandonaba la salita: “Discúlpeme un momento, por favor”. A los pocos momentos estaba de regreso con su gabán puesto y la Biblia en la mano: “¿Nos vamos?”, preguntó. “Pero, señor Chapman, ¡yo sólo vine aquí para pedir su consejo!, exclamó asustada la mujer. “Y yo se lo daré con mucho gusto cuando venga conmigo a casa de nuestra hermana. Como usted sabe, nunca juzgo por las apariencias, sino después de escuchar a las dos partes”. Al principio la mujer se resistió a aceptar la invitación de acompañar a Chapman, pero, por fin, tras cariñosos consejos y amonestación del siervo de Dios, consintió en ello. Una vez en la casa de la otra hermana, reunidos los tres, se produjo un notable cambio de situación. La hermana que había ido con la queja se sintió profundamente quebrantada de corazón, confesando con lágrimas de arrepentimiento que quien se había comportado mal había sido ella... Hubo palabras de perdón, y, por fin, todos fueron llenos de gozo por la obra de Dios en el corazón de aquella hermana, que por este medio fue restaurada a la comunión cristiana. La misma regla solía observar cuando alguien criticaba

los mensajes de los demás. “No estoy muy de acuerdo con lo que ha dicho, ¿y usted? —le dijo alguien refiriéndose al mensaje que acababa de dar un hermano. “Pues vamos a decírselo en seguida”, fue la respuesta de Chapman, mientras hacía acción de levantarse. Por supuesto, tal contestación dejó un tanto perplejo al crítico, lo que dio ocasión a Chapman para recordarle que, a menos que el predicador fuese informado de la opinión que merecían sus mensajes, las críticas no hacían ningún bien.

Cuando surgían circunstancias difíciles, Chapman tenía mucho cuidado en buscar la ayuda y dirección del Señor para encontrar las soluciones que fuesen según la voluntad de Dios y no la suya propia. En la calle de Grosvenor, por ejemplo, había un hermano que causaba cierta confusión y no poco disgusto a causa de su voz fuerte y desentonada, que estropeaba la armonía del canto en la congregación. Los hermanos le habían rogado que no alzase tanto la voz, pero cuanto más se lo decían, más empeño ponía él en cantar a pleno pulmón. Por fin, exasperados los hermanos, acudieron a Chapman para suplicarle: “Esto no puede seguir así; alguien tiene que impedirlo. ¿No podría usted hacer algo?”. La respuesta de Chapman fue un tanto escueta: “Oremos todos sobre el particular”. Al domingo siguiente hubo en la iglesia una sorpresa general al ver que Chapman, en vez de ocupar su asiento acostumbrado, se sentaba junto al hermano causante del problema que tanto preocupaba a todos. Es excusado decir que el más sorprendido fue el propio hermano. El caso es que aquel día no se oyó ningún berrido fuera de tono, y al terminar la reunión el antiguo “vociferante” se volvió a Roberto Chapman para darle las gracias por su amabilidad, retornando de esta suerte la paz y la felicidad al seno de la congregación. Una vez más el Espíritu del Señor obró a través de la vida consagrada

de su siervo. Lo bueno es que Chapman supo esperar en el Señor para la solución del problema, convencido de que cualquier otro medio tan sólo hubiese conseguido despertar el sentimiento de oposición carnal que, lejos de resolver la dificultad, la hubiese agravado.

Chapman tenía una rara habilidad para administrar la represión cuando era necesario. Cuando en cierta ocasión llamó a casa de una hermana que estaba muy enfadada con él, ésta, en vez de invitarle a pasar, empezó a descargar sobre él todo el peso de los amargos reproches que en su mente había acumulado. De pie en el umbral de la puerta, Chapman aguantó con paciencia aquel alud de palabras poco agradables; luego, interrumpiendo a la mujer, llamó a un hermano que aguardaba al otro lado de la calle, y le dijo: “Venga, querido hermano, y escuche a esta hermana que está diciéndome todo lo que tiene en su corazón”. No es necesario decir que la mujer calló en seco.

Durante una reunión de estudio bíblico, mientras la mayoría estaban ansiosos de aprovechar al máximo sus enseñanzas, uno de los presentes no cesaba de hablar con su compañero, hasta el punto de molestar a los demás. Cuando por fin se calló, Chapman citó con voz calmada Proverbios 10:21: “Los labios del justo apacientan a muchos”. Aquel hermano tuvo la suficiente gracia para reconocer después que en aquellos momentos sus labios no eran los de un justo, toda vez que no habían estado apacientando a nadie. El secreto de la efectividad de estas represiones estaba en que nunca eran hechas a impulsos de una mera impaciencia carnal, sino bajo el movimiento del Espíritu obrando por medio de un hombre a quien todos reconocían como un verdadero hermano.

En la aplicación de la disciplina, Chapman mostró lo más profundo de su solicitud pastoral y la preocupación que sentía por el crecimiento espiritual del que

había cometido la falta de que se tratase. Odiaba ver a alguien separado de la comunión de los santos. Si, tras muchos esfuerzos para producir en el ofensor un sentimiento de arrepentimiento, quedaba claro que el hermano descarriado tenía que ser “cortado”, Chapman siempre oraba por él, y oraba y trabajaba procurando conseguir su restauración. En la calle de Grosvenor no se miraba la exclusión del hermano descarriado con ojos de satisfacción, de labor cumplida en demostración del celo por mantener “la casa limpia”. Nunca se tomaban medidas tan extremas sino con mucha angustia de corazón (2 Cor 2:4).

Esta gran paciencia, desarrollada por las pruebas y dificultades en la iglesia, se puso de manifiesto cuando alguien le preguntó por cierto hermano a quien todos temían por la cantidad de problemas que provocaba en todas partes donde iba, y que últimamente había trasladado su residencia a Barnstaple. “Es un hermano muy valioso”, contestó Chapman. Luego, añadió: “Nunca supimos la mucha necesidad que teníamos de ser pacientes hasta que él vino a vivir entre nosotros”.

En todo su servicio a favor de la “grey del Señor”, Chapman siempre tuvo sobre su corazón los intereses de los demás, si bien en ningún momento intentó llevar a cabo la tarea, tan difícil como contraproducente, de querer agradar a todos. En cierta ocasión definió las normas de su ministerio con estas palabras, dichas a un amigo suyo: “Mi principal deseo es agradar a Dios. Si con esto agrado a mis hermanos, me siento muy feliz; pero si así no es, no por eso me siento desgraciado”.

CAPITULO XI

OCHO MESES EN ESPAÑA

Desde un principio, Chapman se sintió profundamente interesado en la Obra misionera. Dos de sus primeros convertidos, Guillermo Bowden y Jorge Beer, habían marchado a la India para servir allí al Señor. Chapman había invitado a Antonio Norris Groves para que hablase en “Ebenezer” a su regreso de la India, en 1835, y estos dos decididos jóvenes se sintieron maravillados y atraídos por su descripción de las necesidades y oportunidades que abundaban en aquel país. Luego, sabiendo que Groves estaba procurando reunir un grupo de obreros voluntarios para aquel campo de misión, se presentaron ellos, entendiendo que el llamamiento venía de parte del Señor.

Personalmente, Chapman estaba especialmente interesado en España, país que ya había visitado en 1838, viajando mayormente a pie y arriesgando su vida por llevar a sus habitantes el mensaje del Evangelio. En aquella ocasión, siendo entonces un joven de treinta y cinco años, se había arrodillado con un compañero suyo en la cima de El Castro, cerca de Vigo, derramando su corazón en una ferviente súplica de que la luz del Evangelio pudiese penetrar en las densas tinieblas que envolvían a España. Lleno de fe, se había levantado de sus rodillas y había escrito a Barnstaple: “Aquí pondremos nuestros evangelistas”. Muchos años después, recordando aquella oración de fe, repetía las palabras de Pablo a los Efesios: “Dios es poderoso para

hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que le pedimos o entendemos". Mas antes de llegar a este punto había de pasar por muy duras y amargas experiencias.

Los años que siguieron a aquella primera visita de Chapman fueron portadores de muchos sufrimientos para los pocos creyentes que en España había. Los curas estaban determinados a aplastar todo brote de enseñanza de tipo "protestante" tan pronto como apareciese en cualquier pueblo o ciudad. Así, todo esfuerzo encaminado a distribuir las Sagradas Escrituras entre las gentes tropezaba con la más fiera oposición. Algo de obra habían llevado a cabo los doctores Rule de Aldershot y Jaime Thompson, de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, pero, en cambio, los españoles que intentaron esparcir el Evangelio fueron silenciados inmediatamente sin reparar en los medios. Esta situación alcanzó su climax con el encarcelamiento de Manuel Matamoros, hecho que causó en Inglaterra una gran corriente de simpatía hacia aquel joven y valiente cristiano español, cuyo único crimen fue el de llevar a otros al conocimiento del Salvador. El asunto llegó hasta el Parlamento, donde Palmerston, incapaz de prometer un resultado satisfactorio de las gestiones que el gobierno inglés estaba llevando a cabo por medio de su representación en Madrid, hizo una acerba definición de la política seguida por Roma, en estos términos: "En los países donde los católicos constituyen minoría no cesan de reclamar, no solamente tolerancia, sino igualdad de derechos; en cambio, allí donde ellos predominan, no sólo no conceden igualdad, sino ni siquiera tolerancia".

En 1863, Matamoros fue sentenciado a nueve años en galeras, sentencia que luego fue conmutada, obligándole a salir de España, por lo que fijó su residencia en Bayona, al otro lado de la frontera con Francia.

Allí le encontró Chapman de paso para España en 1863 con Gould y Lawrence, cuando éstos iban a establecerse en España como misioneros. El hecho de que Matamoros fuese presbiteriano no fue obstáculo alguno para que Chapman mantuviese una preciosa comunión con él, profundamente impresionado por su celo en la predicación del Evangelio, aun a pesar de su precario estado de salud. Tres años después entraba Matamoros en el descanso de su Señor, confiado en que Dios enviaría la luz del Evangelio a su querida patria. Gould y Lawrence trabajaron en medio de grandes dificultades durante un par de años, al fin de los cuales se vieron obligados a abandonar el país. Chapman, que no pudo quedarse con sus compañeros una vez que éstos se hubieron establecido, siguió sus trabajos con constante oración, anhelando la hora en que el Evangelio pudiera predicarse libremente en España. Esta oportunidad se presentó en 1871, cuando un cambio de gobierno trajo como resultado condiciones mucho más fáciles en el país.

Viajar por España en aquellos tiempos no era cosa muy agradable, y menos para un hombre que había cumplido ya los sesenta y ocho años de edad. Su estado de salud, sin embargo, era excelente, y así pudo enfrentarse con el proyecto de pasar casi un año entero en este país, con una gozosa anticipación de las bendiciones que esperaba recibir del Señor. Entró en España por la frontera francesa, dirigiéndose inmediatamente a Zaragoza. Andando por sus calles se dio cuenta de que se trataba de una ciudad populosa y uno de los más importantes centros del culto mariano. Pero también descubrió pronto la existencia de una bien concurrida iglesia protestante en la ciudad. Después de algunas averiguaciones se hizo con las señas del pastor, un español llamado José Eximeno, a quien se apresuró a visitar. En pocos momentos se hicieron muy buenos

amigos. Eximeno era un hombre verdaderamente nacido de nuevo, a quien su popularidad entre los protestantes de Zaragoza no había conseguido menguar en nada su gran humildad ni sus deseos de aprender. Chapman se dio cuenta en seguida de que sus conocimientos de los asuntos espirituales eran escasos, lo que encontró lógico y natural, dadas las condiciones del país en que vivía, pero observó el gran deseo de Eximeno de saber más de las Escrituras. Para Chapman fue un verdadero placer poder ayudar a aquel hermano a crecer un poco en las cosas de Dios.

Abundaba entonces el desempleo en Zaragoza, por lo que Chapman, siempre aplicando prácticamente el amor, se puso de acuerdo con su patrona para que preparase un plato de sopa para los necesitados. Como a él tampoco le sobraban los medios, el acuerdo consistió en renunciar él a una de sus comidas diarias. Desde luego, esto es una forma de practicar el amor que cualquiera puede reconocer como genuina. Su lectura y exposición de las Escrituras eran escuchadas con gran atención en las calles y paseos de Zaragoza, por donde anduvo el par de semanas que allí pasó, hasta el punto de que, al saberse que pensaba celebrar una reunión privada en su alojamiento la víspera de su partida, fueron tantos los que expresaron el deseo de estar presentes que hubo de cambiarse el lugar de la reunión, celebrándola en la capilla donde José Eximeno ejercía su ministerio, y aun cuando tal cambio se decidió sólo una hora antes de la anunciada para la reunión, el número de asistentes fue bastante crecido. Chapman encontró maravilloso el poder predicar libremente en una ciudad donde el Evangelio había sido prácticamente desconocido durante muchos siglos.

Pero él pensaba en Barcelona como base para la mayor parte de su estancia en España, así que su llegada a esta última ciudad fue saludada con gran alegría

por los hermanos misioneros establecidos en ella, quienes estaban llevando a cabo una excelente labor. Últimamente se había producido un notable cambio en la actitud de las autoridades locales, a raíz de una epidemia en el barrio del puerto de Barcelona, que dio lugar a manifestaciones de abnegación y altruismo por parte de los misioneros, quienes arriesgaron sus propias vidas cuidando a los enfermos atacados de la epidemia. Así, cuando Chapman llegó, encontró a las autoridades más bien dispuestas a favorecer el adelanto de la obra. Los señores Lawrence habían alquilado por una renta módica una casa muy espaciosa que utilizaban como centro de su labor en la predicación del Evangelio. Para Chapman era motivo de gran gozo entrar y salir en casa tan hermosa destinada a ayudar física, moral y espiritualmente a todo el que se podía alcanzar, en especial a los jóvenes y a los pobres.

El primer domingo de su estancia en Barcelona, Chapman asistió por la mañana al culto del Partimiento del Pan, que se celebró en uno de los salones de un colegio. Era muy emocionante poder oír y ver a aquellos queridos hermanos de un país regido por los sacerdotes, ministrando como verdaderos sacerdotes en un culto sencillo, pero espiritual. Un hermano, ciego, se puso en pie y oró con tal discernimiento que Chapman comentó después: “Los ojos del corazón de aquel hermano habían sido abiertos por el Espíritu de Dios”.

Los misioneros habían conseguido abrir hasta tres colegios en el distrito, y todos ellos daban hermosos frutos en la salvación de algunos niños. Una de las primeras cosas que hizo Chapman en Barcelona fue visitar estos centros de enseñanza, quedando altamente impresionado por todo lo que pudo apreciar allí. De hecho puede decirse que los cinco meses que pasó en Barcelona los vivió en íntimo contacto con los niños y niñas de los colegios, procurando también, por medio de

ellos, entrar en contacto con sus padres y visitándolos en sus casas. En una de sus visitas, conversando con la madre de una niña mientras ésta se encontraba en el colegio, la señora le mostro el Nuevo Testamento de su hija. Estaba muy usado y podían apreciarse las huellas de los dedos infantiles en cada una de sus páginas. Chapman lo tomó en sus manos para comprobar que el libro había sido leído y releído varias veces, y observó que había algunas hojas desprendidas del lomo, y otras aparecían con muchos versículos subrayados. “También tiene una Biblia que le regalaron hace seis semanas”—dijo la madre—. Chapman quiso hojearla como había hecho con el Nuevo Testamento, dándose cuenta de que, a pesar del poco tiempo que llevaba la Biblia en poder de la niña, ya había leído una buena parte de ella. El corazón de Chapman cantaba de gozo al salir de aquel hogar español, mientras su mente recordaba las palabras del Salvador: “Mayores cosas que éstas haréis”. Desde luego, eran maravillosas estas obras realizadas en el mismo corazón de lo que había sido una verdadera fortaleza en poder del enemigo, pero dando toda la gloria a Dios, murmuró humildemente: “Jehová, Tú... obraste en nosotros todas nuestras obras” (Isaías 26:12).

Lejos de la ciudad, en un pueblo llamado Vilasar, pareció presentarse la oportunidad de establecer un nuevo centro de enseñanza. Chapman apoyó esta nueva actividad, y un día, a poco de haberse abierto la escuela, emprendió el fatigoso viaje hacia Vilasar, donde dedicó la tarde a dar clase a un grupo de jóvenes. La primera parte de la clase estuvo dedicada a la enseñanza secular, pero cuando los libros de texto se cerraron y se pusieron a un lado, Chapman dio a los alumnos un testimonio sencillo del Evangelio, que fue escuchado por todos con la mayor atención. Eran veinticinco los muchachos allí presentes, y aun cuando algunos de ellos

no se daban cuenta de la hermosa oportunidad que el Señor les concedía, Chapman, con el íntimo conocimiento que había adquirido sobre el pasado histórico de España, no podía por menos de vislumbrar en aquella experiencia que estaba viviendo un anticipo de mayores bendiciones para el país.

Otro momento muy feliz para Chapman fue aquel cuando el Señor le deparó la oportunidad de bautizar en Barcelona a cinco creyentes españoles. Muchos de los congregados no pudieron reprimir las lágrimas mientras él suministraba la Palabra en tan memorable ocasión. Después escribiría a los señores Soltau: “Dios estaba con nosotros, y tengo la absoluta seguridad de que Dios habrá de bendecir ricamente este país”.

Todos los miércoles por la noche se celebraba en Barcelona una reunión que Chapman describió “como las que nosotros celebramos los jueves por la noche en los Nuevos Edificios”, lo que era en sus labios un gran elogio en cuanto al carácter de dichas reuniones, pues de todos era sabido cuánto apreciaba y en cuán alta estima tenía los estudios bíblicos de los jueves en Barnstaple.

También le llamó mucho la atención una reunión que se celebraba para los jóvenes que trabajaban en las fábricas. Cosas como éstas le hacían exclamar: “Y pensar que puede predicarse libremente la pura Palabra de Dios en un país donde la lectura de las Sagradas Escrituras ha estado prohibida desde hace más de 300 años, y donde los hijos de Dios han tenido que sufrir persecución y muerte por esta causa... ¡Gracias a Dios por su don inefable!”.

Durante la estancia de Chapman en Barcelona, el rey de España giró una visita a la ciudad. No es necesario decir que las calles se hallaban abarrotadas de público, circunstancia que aprovecharon el señor Lawrence y otros hermanos para alquilar un coche de ca-

ballos y cargarlo de literatura —porciones de la Escritura— para distribución entre la multitud. Aparcaron el coche, y cuando se disponían a comenzar su labor de distribución, se les acercó un policía y les ordenó seguir adelante. En esos momentos llegaba la comitiva real. Ellos quisieron esperar, apartándose donde pudieran, pero el policía insistió, apremiándoles para que siguieran adelante, de forma que no tuvieron más solución que obedecer, con lo que se encontraron formando parte de la comitiva, entre los coches oficiales, y no muy lejos de donde iba el rey. A partir de entonces la cosa se hizo sumamente fácil: era cuestión de ir distribuyendo las porciones desde el coche a lo largo de la carrera, y todos los circunstantes deseaban recibir algún ejemplar. Hasta los mismos soldados colocados en sus puestos se adelantaban para recibir la Palabra de Dios.

Durante el mes de junio hizo Chapman una corta visita a Madrid, y en octubre, sintiendo que el tiempo disponible se agotaba y pronto tendría que regresar a Inglaterra, dispuso lo necesario para repetir la visita. Su propósito era ver la obra del Señor en la capital y luego hacer un viaje por el país con el fin de recoger información directa sobre las posibilidades de abrir obra en otros puntos.

El señor Gould había empezado a celebrar reuniones en Madrid, pero falleció al poco tiempo. Chapman encontró a su viuda dirigiendo una escuela en la capital, donde podían apreciarse algunos síntomas alentadores. Un creyente inglés, apellidado Green, que hablaba español correctamente y estaba empleado en la ciudad, dedicaba todo su tiempo libre en la extensión del Evangelio, mientras que un español convertido se perfilaba como una gran promesa. A pesar de todo, era evidente la gran necesidad de obreros que había en tan vasto campo.

Lawrence acompañó a Chapman en este viaje de unos mil trescientos kilómetros, la mayor parte de los cuales fueron en tren, bien que en condiciones poco confortables. Salieron de Madrid a las cinco de la mañana de un día de noviembre. El tren avanzaba lentamente y paraba mucho tiempo en todas las estaciones, de forma que cuando llegaron a Ciudad Real, a unos doscientos kilómetros de Madrid, estaba anocheciendo. Pero esto, lejos de disgustar a Chapman, se ajustaba admirablemente a sus propósitos, pues le permitía entrar en contacto con viajeros procedentes de distintas partes de España, a la vez que daba lugar y tiempo para testificar por el Señor en las estaciones por las que pasaban. Tanto él como su amigo habían tomado consigo una buena provisión de porciones de las Escrituras e hicieron buen uso de las oportunidades que el Señor les iba deparando por el camino. Por regla general, todos aceptaban de buen grado los libritos que se les ofrecían y escuchaban con mucha atención lo que se les decía; pero en una estación las cosas se torcieron un poco, pues un inspector del ferrocarril objetó que la línea era propiedad privada y, por tanto, ellos no tenían derecho alguno a distribuir Evangelios en la estación. Enviaron a buscar al comandante de puesto de la Guardia Civil, y parecía que el incidente iba a terminar en presencia del alcalde. Entonces Chapman sacó algunas monedas del bolsillo y preguntó: “¿Tengo derecho a arrojar estas monedas a los pobres que piden limosna en las estaciones? Pues bien, aquí traigo verdadero pan de vida. ¿Por qué no he de tener el mismo derecho a dárselo a quien lo quiera recibir?”. Incapaces de contestar a tal argumento, por fin le dejaron proseguir su viaje.

En Ciudad Real, Chapman y su acompañante se alojaron nada menos que en una casa cuyo dueño era notorio por su fanatismo, partidario de la causa car-

lista. Alguien les previno: “¡Por lo que más quieran, no le hablen de religión!”.

A la mañana siguiente, Chapman se acercó al hombre y con mucho cariño le dijo: “Hay algo que todos, tanto ingleses como españoles, necesitamos por encima de cualquier otra cosa”. “¿Y qué es?”, le interrogó el otro. “La paz con Dios —replicó Chapman con toda sencillez—. Usted, amigo mío, ¿tiene esa paz? Yo la conseguí hace muchos años por medio del Señor Jesucristo”.

El dueño de la casa le miró asombrado. No se enfadó ni blasfemó; antes preguntó: “¿Tiene usted alguno de esos libritos que estuvo repartiendo ayer?”. Excusado es decir que su deseo fue atendido inmediatamente, y así los viajeros pudieron dirigirse a la estación con corazones gozosos y agradecidos.

Aquel mismo día se presentaron otras muchas oportunidades de entrar en contacto con nuevas personas a medida que el tren se desplazaba lentamente hacia el Oeste. Un joven exclamó, después de haber conversado un rato con nuestros viajeros: “¡Esto es exactamente lo que yo necesito! ¡Estos son los libros que he estado buscando durante años!”. Y así puede decirse que en todas partes encontraron interés y deseos de escuchar. Nadie rehusó recibir un ejemplar del Evangelio, ni rechazó su testimonio, ni nadie les preguntó siquiera si eran protestantes.

En la última etapa de su viaje entraron en Portugal. Casi en la misma frontera subió al tren un hombre vestido con las ropas sencillas de un obrero. Chapman le regaló un Nuevo Testamento en portugués y habló con él acerca de su alma. El hombre recibió el mensaje con tal sinceridad y buena disposición que Chapman escribió con referencia al mismo: “Estoy seguro de verle en la gloria cuando el Señor muestre las joyas que compró con su preciosa sangre”.

En Lisboa recibieron una cálida bienvenida por parte de los pocos creyentes que allí había. Una hermana inglesa, la señora Roughton, había mantenido abierta una escuela (pese a la oposición que contra ella habían levantado los curas) hasta que, al fin, una dolorosa enfermedad la obligó a cerrarla. Esta hermana causó un profundo impacto en Chapman cuando le expuso las posibilidades de testimonio que supondría la reapertura de la escuela. Chapman se sintió altamente privilegiado al poder tener comunión con el pueblo de Dios en un lugar rodeado de tan densas tinieblas. Cada domingo, durante su estancia en la ciudad, ministró la Palabra y se gozó tomando parte en las reuniones de predicación al aire libre y en el testimonio por las calles.

Corría el mes de diciembre cuando Chapman y Lawrence regresaron a Madrid, después de haber obtenido valiosa información sobre las necesidades espirituales, así como las oportunidades existentes en diferentes lugares de la Península. Es de notar que el primer número de “The Missionary Echo” (El Eco Misionero) contenía dos cartas sobre este importante y trascendental viaje: una de Chapman y otra de Lawrence. Esta revista, conocida en la actualidad con el nombre de “Echoes of Service” (Ecos del Servicio), hacía la introducción de las cartas con las siguientes palabras: “Roberto Chapman ha estado nuevamente en España, donde ha permanecido durante algunos meses... y las cartas que publicamos a continuación nos hablan del viaje que realizó de Madrid a Lisboa, en compañía del hermano Lawrence, antes de emprender su regreso a Inglaterra”.

Antes de salir de España, Chapman se despidió de sus amigos en Barcelona, regresando luego a Inglaterra por Francia, Suiza y Alemania, ministrando la Palabra en las diferentes congregaciones que encontró en

el camino. Desde Alemania escribió en español a los creyentes de Madrid:

“A mis hermanos en Madrid, bienamados en Cristo Jesús, nuestro Señor y Cabeza... el Señor vive... sí, y de acuerdo con su Palabra, porque Él vive, nosotros viviremos también, pues todos los hijos de Dios, todos los regenerados por el Espíritu Santo, son miembros de Cristo, el Primogénito de entre los muertos. Cristo ya ha vencido una vez a la muerte y a todos nuestros enemigos en la Cruz del Calvario; pero aún hay más, puesto que, sentado a la diestra de Dios, sigue alcanzando victorias, fortaleciéndonos por su Palabra y por su Santo Espíritu, de manera que nuestra flaqueza, sostenida por la fe en los brazos del Señor, es suficiente contra los ejércitos del príncipe de las tinieblas. Pronto Cristo vendrá en su gloria, y la resurrección de vida pondrá fin para siempre a todas las pruebas de nuestra fe, a todas nuestras tentaciones y temores; entonces tendrá lugar la cosecha que por tanto tiempo hemos estado esperando... Os recuerdo en mis oraciones, queridos hermanos en Cristo, y estoy seguro de que también vosotros me recordáis de igual manera.”

En efecto, siempre se acordó de España en sus oraciones, y es cierto que la Obra de Dios en suelo español debe mucho de su progreso a los trabajos e intercesión de Roberto Chapman.

CAPITULO XII

LA UNIVERSIDAD DEL AMOR

Los Nuevos Edificios, el estrecho callejón sin salida en el suburbio de “Derby”, se convirtió en un lugar poco menos que sagrado para miles de peregrinos. Una carta enviada desde el extranjero y dirigida simplemente a R. Chapman - Universidad del Amor - Inglaterra”, hubiese llegado a su destino sin sufrir el menos extravío.

Chapman se revolvía inmediatamente para negar cualquier intento de presentarle como el fundador de una nueva escuela del pensamiento religioso. En cierta ocasión alguien se refirió a él como el hombre que había recobrado ciertas verdades que la Iglesia había perdido de vista. Su respuesta fue: “Yo no sé nada de verdades recuperadas, ni sostengo nada que otros no hayan mantenido antes que yo”. Pero, aun cuando es verdad que él no fundó ninguna escuela de pensamiento, con confianza puede afirmarse que instituyó y dirigió una Escuela de Amor, y que sus enseñanzas estuvieron basadas más en los hechos que en las palabras, pues una y otra vez sus acciones enseñaron a los hombres lo que significa en realidad ser un verdadero hermano en el Señor.

Chapman nunca desistió de su deseo de tener a William Hake como colaborador. Era bueno tenerle en Bideford por la obra que allí hacía, pero anhelaba el día en que ambos pudieran laborar juntos en Barnstaple, pues hombres como Hake no se encontraban con

facilidad. Es verdad que éste no poseía tantos y tan variados dones como Chapman, pero, en cambio, tenía una manera muy peculiar de expresarse. Al poco tiempo de convertirse, su madre le dijo: “Guillermo, estás más loco que si se te hubiera partido el cráneo”. “Sí, mamá —fue la respuesta—, pero la raja por donde se me ha partido deja entrar la luz en todo mi ser”.

Durante muchos años Hake trabajó en Bideford y su influencia, así como la de toda su familia, aún puede apreciarse en la localidad. Al principio se celebraban reuniones en su casa todos los domingos. Uno de sus hijos, escribiendo acerca de estas reuniones, decía: “Recuerdo, cuando era muy joven, lo que para mi padre significaba *guardar la fiesta* del domingo por la mañana, con mi madre, dos o tres amigos y los criados de la casa —que eran también siervos del Señor—. Era evidente que al mismo tiempo que meditaban sobre la muerte del Hijo de Dios, sus corazones estaban llenos de solemnidad, adoración, paz y deseos de alabar al Señor”. Más tarde se alquiló en la Calle Norte un edificio que originalmente había sido una mansión señorial y que luego se había utilizado como taller, pero que ahora servía muy bien para convertirlo en lugar de reunión. Así pasaron los años y todo parecía indicar que Hake terminaría sus días en Bideford. En efecto, allá por el año 1860, Hake cayó enfermo. Contaba a la sazón sesenta y cinco años y su cerebro mostraba síntomas de haber estado sobrecargado. Un doctor pronosticó que no le quedaban más de tres meses de vida, pero las incesantes oraciones de sus hermanos hicieron que Hake se recuperase. Y fue al poco tiempo de que esto ocurriese cuando el Señor concedió a Chapman ver realizado el deseo de su corazón.

Aun cuando, por extraño que parezca, este deseo, acariciado durante más de treinta años, no pudo rea-

lizarse sino mediante la pérdida de una de sus mejores amistades y una de sus ayudas más idóneas. Bessie Paget fue llamada a la presencia del Señor en 1863, dejando su casa de los Nuevos Edificios a William Hake. Interpretando esto como una indicación de parte del Señor, Hake dejó en manos de su hijo Jorge el colegio que regentaba y se trasladó a Barnstaple, fijando su residencia en los Nuevos Edificios.

Los habitantes de Barnstaple, para quienes la figura de Chapman era ya familiar, pronto habían de acostumbrarse a ver a los dos ancianos cogidos del brazo y paseando por las calles del lugar. En uno de estos paseos iban por una de las principales calles, donde había una casa de huéspedes regida por un hombre muy aficionado a la bebida, lo que producía en él frecuentes borracheras. Era hombre de los que se dice que “tienen mal vino”, y como al mismo tiempo era fornido, constituía el terror del barrio. Aquel día el alcohol ingerido le había puesto especialmente agresivo, andando de un lado a otro de la calle, medio desnudo, buscando pelea con todo el que quisiera enfrentarse con él. Por supuesto, no encontraba nadie que quisiera aceptar su reto, sino que los viandantes, con mucha cordura, procuraban alejarse del lugar. Ignorantes de lo que ocurría, Chapman y Hake acertaron a pasar ante su puerta, hablando entre sí. El borracho les oyó hablar y caprichosamente interpretó aquello como un desprecio a sus amenazas, saliendo como una tromba, con los puños levantados, en persecución de los dos ancianos, dispuesto a darles una paliza. Tan pronto como los alcanzó, blandió al aire sus puños, pero he aquí que cuando iba a descargarlos sobre ellos, de repente sus brazos parecieron quedarse sin fuerza, como fulminados por un poder invisible que privara a aquel rufián de dañar a los siervos de Dios, quienes,

de esta manera, pudieron proseguir su camino tranquilos.

Solían efectuar una obra sistemática visitando todas las casas de la localidad, comenzando por un extremo del vecino pueblo de Newport y terminando por Pilton, en el extremo opuesto. En cada casa dejaban un Evangelio o algún tratado, acompañado, siempre que se presentaba oportunidad, de una breve palabra de testimonio. De esta forma extendieron su influencia mucho más allá de los límites de la Calle de Grosvenor. Y no era tanto lo que ellos podían decir lo que producía una profunda impresión en los no salvos, sino su vida santa e intachable, que hablaba mucho más alto que sus propias palabras. Su luz no podía ocultarse, y los hombres veían sus buenas obras y glorificaban a su Padre que está en el cielo.

No faltaba el buen humor en los Nuevos Edificios y ambos amigos sabían hacer buen aprecio de él, dando lugar en ciertas ocasiones a escenas como la que vamos a relatar. Algunos amigos amantes de la música se encontraban en casa de Hake ensayando nuevos himnos cuando uno de ellos empezó a sentir un extraño picor en la garganta que le obligó a toser. Luego la tos se generalizó hasta tal punto que se hizo completamente imposible seguir cantando. La preocupación subió de punto cuando el propio Hake, que normalmente destacaba como excelente cantor, vio inexplicablemente mermadas sus facultades, que quedaron reducidas a un ininteligible balbuceo. Los hermanos se miraban los unos a los otros con los ojos llorosos, preguntándose cuál podría ser la causa de tan extraña como repentina afección. Por fin, a uno de los presentes se le ocurrió ir a investigar a la cocina, donde sorprendió a un joven hermano en el acto de echar pimienta molida sobre la tapa al rojo de la estufa... No se sabe si Hake

recobró el habla a tiempo para proferir alguna frase bíblica adecuada al caso.

A unas cuantas millas de Barnstaple se encuentra una extensión de páramo conocida con el nombre de Coddan Hill. Esta parte de la región, hermosa y agreste a la vez, se levanta a unos 270 metros sobre la cercana costa. Quienes se esfuerzan y consiguen llegar a la cumbre reciben como recompensa a su hazaña el disfrute de un hermoso panorama. En una ocasión, cuando en unión de otros hermanos había alcanzado la anhelada cima, Hake propuso que se cantase una doxología. De esta forma, en medio de tanta grandeza, las voces se elevaron en perfecta armonía alabando al Dios de la Creación. Todo fue bien hasta llegar a la última nota, cuando —seguramente a causa del esfuerzo realizado en la escalada— falló de repente una de las voces... justamente en el momento en que una oveja que se encontraba paciando en la falda del monte emitió un balido que vino a suplir con toda precisión la nota que faltaba para completar la armonía. Con su natural buen humor, Hake comentó: “Dios envió la oveja para que nuestro gozo fuese completo”.

Toda vez que tanto Hake como Chapman eran grandes estudiantes de la Biblia, se hacía difícil que uno pudiera “sorprender” al otro con alguna referencia de las Escrituras cuyo significado le resultase difícil de entender o explicar. Sin embargo, en una ocasión Chapman dejó muy perplejo a su amigo con una frase de sólo tres palabras. Fue durante su estancia en Exeter, donde habían ido respondiendo a una invitación para dar un mensaje a las jóvenes de cierta escuela. Había caído una fuerte helada, a pesar de lo cual, y como de costumbre, hacían el camino a pie. La distancia era bastante considerable, mayormente en vista del peligroso estado de las calles, cubiertas de una espesa capa de hielo. Después de un rato de marcha, la conversación que

habían estado sosteniendo para animar el camino empezó a languidecer, hasta quedar ambos silenciosos. De pronto, Hake comentó que no dejaba de ser notable el hecho de haber estado andando tanto tiempo sin haber sufrido el menor resbalón. Por toda respuesta, Chapman contestó: “Acuérdate de Gedeón”.

Hake quedó un tanto confuso ante tal observación. En realidad no alcanzaba a percibir la intención de la misma. Sin embargo, se hizo el propósito de no preguntar nada y desentrañar por sí mismo el enigma de las palabras de Chapman mientras seguían andando. ¿Qué tendría que ver la experiencia de Gedeón con sus actuales circunstancias?

Empezó a seguir mentalmente todo el curso de la vida de Gedeón. Recordó cómo el ángel del Señor se le apareció primeramente para decirle que había sido escogido por Dios para librar a Israel. Recordó también la historia del vellón de lana, y el sueño del pan de cebada. Hizo desfilar ante su mente la manera en que el ejército quedó reducido a 300 hombres que lamieron las aguas, y cómo Israel alcanzó la victoria cuando sonaron las bocinas y rompieron los cántaros... Pero hasta este momento Hake seguía sin poder establecer un paralelismo entre ninguna de estas cosas y el hecho de haber caminado un largo trecho por las calles heladas sin haber sufrido un resbalón. Siguiendo la historia de Gedeón, evocó aquel día cuando los hombres de Israel le ofrecieron el liderato de la nación, que Gedeón rehusó, proclamando enfáticamente: “No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os enseñoreará: Jehová será vuestro Señor”. Hasta aquí Gedeón se había comportado recatamente...

Pero al llegar a las últimas etapas de la vida de Gedeón, Hake descubrió la intención de la observación que su amigo quiso hacerle, pues aun cuando es verdad que Gedeón rechazó la corona que el pueblo le ofrecía,

sin embargo, pidió que le entregaran los zarcillos de oro que habían tomado de los ismaelitas, con los cuales hizo un efod, tras el cual prevaricó todo Israel (Jueces 8:27), y fue por tropiezo a Gedeón y a su casa. Sí, justamente al final de su carrera, Gedeón resbaló y cayó. “El que piensa estar firme, mire no caiga” (1 Cor 10:12).

Hake poseía una feliz habilidad para enseñar. Algunas de sus frases están llenas de sustancia, como puede apreciarse en los pocos ejemplos que citamos a continuación:

“Si tus ojos no están de acuerdo con tus oídos, debes hacer caso a estos últimos, recordando que fueron hechos por un Dios invisible, pero que habla.”

“En el lugar santísimo no hay ningún sauce donde colgar nuestras arpas. No hemos de olvidar que aquél es el lugar de nuestra habitación.”

“Siempre llevo mi biblioteca en el bolsillo: 66 volúmenes.”

“Bebamos siempre la leche de la Palabra; pero que sea leche pura, sin mezclar en ella una sola gota de tinta de imprenta.”

“Si nuestras circunstancias nos encuentran en Dios, encontraremos a Dios en nuestras circunstancias.”

“Cuando consideres tus faltas y te sientas inclinado al desaliento, no hables contigo mismo —no te juntes con tan mala compañía—. Habla con el Señor.”

Los estudios bíblicos se celebraban en casa de Hake. En cierta ocasión estaba leyendo el cap. 15 de Juan, y al llegar al V. 7: “Si estuviéreis en mí y mis palabras estuvieren en vosotros, pedid todo lo que quisiéreis, y os será hecho”, hizo una pausa; luego, volviéndose a uno de los presentes, le preguntó: “Hermano ———, ¿a usted le gustaría alcanzar siempre todo cuanto se propusiera?”. Se produjo un embarazoso silencio, durante el

cual el hermano interpelado no intentó ni siquiera contestar, limitándose a moverse un tanto inquieto en su asiento, redargüido tal vez en su conciencia por algo que él sólo sabía.

“Bien —exclamó Hake con franqueza—, pues a mí, sí. Pero la única manera de conseguirlo es si estamos en Cristo y sus palabras están en nosotros.”

En los Nuevos Edificios se hospedaron toda clase de personas. Una gran dama americana y su esposo se encontraban pasando sus vacaciones en Barnstaple, en uno de cuyos mejores hoteles habían tomado una habitación. La señora oyó hablar de Roberto Chapman como uno de los personajes más interesantes de la región, y decidió hacerle una visita. Durante la conversación, la señora hizo referencia a lo ruidosa que resultaba su habitación en el hotel, por cuya causa no podía dormir por las noches. “¡Pues véngase usted aquí!”, sugirió Chapman. El caso es que la invitación fue aceptada, y la dama y su esposo tomaron todo su equipaje y se trasladaron a aquel apacible rincón.

Otro visitante fue el Rev. H. B. Macartney, quien escribió acerca de su visita en su libro titulado *Inglaterra, hogar y belleza*. Había oído hablar mucho de Chapman y deseaba verle y oírle por sí mismo. “Pude darme cuenta —escribe— de que por encima de toda otra cosa era un hombre verdaderamente santo; se levantaba temprano, oraba mucho y andaba siempre con Dios. Me dijeron que siempre pasaba el sábado aislado del mundo exterior; aquel era “su” día y gustaba pasarlo en comunión con el Señor; aquel día no hacía ningún trabajo, aparte del que realizaba en su taller con el pequeño torno; y si algún visitante se veía obligado por necesidad a interrumpir su soledad podía contemplar su rostro como el rostro de un ángel.”

Macartney quedó profundamente impresionado a raíz de su primer encuentro con Chapman y Hake. “Por

fin entró Chapman —escribe en su libro—, un hombre de setenta años, de constitución robusta, con su cabeza aureolada de cabellos grises, barba y bigote, la más perfecta imagen de Moisés; le seguía Hake, algo más alto, pero más encorvado, viejo y delgado, notándose en su rostro la falta de salud. Me recordaba a Aarón, el santo de Dios. Después de escuchar las más cálidas expresiones de bienvenida por parte de ambos hermanos, me dispuse a prestar toda mi atención para ver cómo se conducía en su conversación un hombre que tenía tal reputación de santidad. Deseaba saber en qué se diferenciaba su comportamiento del de otro hombre. Mientras estábamos conversando, un bebé que estaba en brazos de su joven madre rompió a llorar con todas sus fuerzas. Yo más bien me molesté por aquel llanto intempestivo que interrumpía nuestra conversación. Chapman y Hake, en cambio, se dirigieron a la azorada madre con palabras de la más alta consideración y ternura, consiguiendo que muy pronto el niño se durmiese de nuevo. Esta fue la primera lección que allí aprendí en el arte del amor.”

En los días que siguieron, Macartney aprendió otras muchas lecciones de las que allí, en la Universidad del Amor, se enseñaban con tanto aptitud. Vio cómo el amor y la paciencia constituían la verdadera atmósfera del lugar, y pudo comprobar hasta qué punto la palabra “hermano” expresaba la actitud de Chapman en sus relaciones con los demás creyentes. Observó la extremada ternura con que Chapman cuidaba de Hake, y que el lenguaje de Canaán formaba como con hilos de plata el cañamazo donde iban tejiendo su conversación.

Macartney describe cómo oyó predicar a Chapman por primera vez. “Después de tomarnos una taza de té, nos abrigamos de nuevo y salimos para asistir a una reunión que se celebraba en una casa de campo.

Allí oí por vez primera a Chapman en una exposición de las Sagradas Escrituras. Un pensamiento profundo daba lugar a otro más profundo aún, a medida que iba adentrándose en el tema. Casi lo único que puedo recordar es la honda impresión que produjo en mi mente, toda vez que no llegué a tomar notas de su mensaje; pero la sensación que experimenté cuando él cerró su Biblia fue que, comparado con un gigante como aquel, yo no era nada más que un niño en el conocimiento de Dios. Sin embargo, en el camino de regreso, me avergonzaba notar que era él quien se colocaba en la postura del niño, preguntándome todo cuanto yo supiera sobre Dios, y esto creo que hacía siempre, como si sus visitantes supieran más y amasen más que él”.

Del Macartney hemos entresacado las siguientes notas que presentan aspectos de la vida en los Nuevos Edificios desde el punto de vista de un visitante:

“Martes, 10 de diciembre. Anoche, todos nos retiramos a descansar a eso de las nueve, pues en los Nuevos Edificios todo suele hacerse temprano —el desayuno a las siete, el almuerzo a las doce—. El señor Chapman siempre se retiraba a las nueve y se levantaba a las cuatro. Desde las cuatro de la mañana hasta las doce su ocupación principal es la devoción. Muy pronto después de decidirse a servir al Señor sintió sobre su corazón el peso de la intercesión, de tomar la intercesión como una vocación, por lo tanto sus primeras horas, sus horas mejores, las dedica a la oración. La devoción, sin embargo, no le impide el ejercicio de todas sus energías, pues predica a unas 800 almas cada domingo; ejerce su labor de pastado; atiende a las más insignificantes necesidades corporales y espirituales de un número indeterminado de visitantes, de los cuales unos se quedan una hora, otros, un mes; es el eje y centro de una gran obra bíblica y evangelística en In-

glaterra y en España; mantiene correspondencia con hombres tales como Jorge Müller y con evangelistas y obreros en varias partes del mundo. Tampoco tiene que estarse encerrado durante esas primeras ocho horas del día. Por ejemplo, hasta muy recientemente solía recoger los zapatos o botas de todas las puertas de sus visitantes y limpiarlos con sus propias manos. Le pedí que me llamase a las cinco de la mañana, y así lo hizo. Yo me había despertado antes de la hora y le oí entrar, metiendo primero su venerable cabeza por la puerta entreabierta, a la hora en punto. Me encendió una vela y, como saludo matutino, me dijo: “Dios, perfecto su camino” (Salmo 18:30). Poco después vino para acompañarme a una salita de estar donde había colocado para mí una silla y una alfombrilla caliente junto a una mesa provista de una lámpara para leer, delante de un hermoso fuego en la chimenea.”

“Miércoles, 11 de diciembre. Otro texto ha servido para despertarme aún más temprano esta mañana, y también la lámpara y el fuego estaban encendidos. Terminadas las oraciones y el desayuno, visité el taller del señor Chapman y recibí un plato de madera para el pan, hecho en su torno. Me despedí del hermano Hake, el buen anciano, y de otros visitantes, y mientras un grupo numeroso acompañaba a la señorita Hanbury al tren, nosotros fuimos caminando por una carretera solitaria hasta la estación. Es la hora más provechosa que jamás he disfrutado. Le hice al señor Chapman muchas preguntas sobre la vida cristiana, y recibí las más amplias y completas respuestas. Le dije que un querido amigo mío, que buscaba la perfección en todo, pretendía haber vuelto al estado de Adán: sin pecado, sólo con la posibilidad de pecar si no estaba alerta. El señor Chapman me respondió que él no se cambiaría con Adán antes de la caída por mil mundos. Hablando de la oración, dijo: ‘Cuando me arrodillo delante de

Dios, El se inclina para escucharme'. En lo concerniente al servicio se expresó en estos términos: 'Lo mismo que un padre y un niño hacen cuanto pueden por agradarse mutuamente, así yo hago todo lo que puedo por agradar a Dios, y El lo hace para agradarme a mí'. En cuanto a dominar el pecado, su expresión fue: 'Dedíquese a atacar la suciedad del espíritu más que la de la carne: el orgullo, el egoísmo, el amor propio, éstos son los cabecillas a los que hay que dedicarse. No luche con grandes ni pequeños, sino con el Rey de Israel. Mientras esté ocupado en ganar victorias sobre los pequeños pecados, los grandes se reunirán contra usted y le derrotarán. Cuando se vence a los grandes, los pequeños caen con ellos'. Así hablando llegamos a la estación. Nevaba y el frío era intenso, pero nuestros corazones estaban llenos de gozo."

La feliz colaboración entre Chapman y Hake continuó hasta el año 1890, cuando el último durmió en el señor a la avanzada edad de noventa y cinco años y cuando Chapman contaba ochenta y siete. Su relato de este acontecimiento nos lo hace en los términos que a continuación copiamos:

"El martes, 4 de noviembre, por la mañana, mi amado colaborador, el hermano Hake, estuvo con nosotros en el desayuno, a las siete. Por la tarde cumplió un servicio de amor al darnos compañía a la estación a otros hermanos y a mí para despedir a una visita que se marchaba. Volvimos juntos, tuvimos en mi habitación nuestra reunión de oración habitual de los martes, en la que el amado hermano Hake tomó plena participación. Tomamos el té a las seis, con una buena compañía de jóvenes discípulos de Cristo, a quienes el hermano Hake habló con gozo, basándose en las palabras de Jesús: "Mi paz os dejo, mi paz os doy", cantándose luego un cántico que hace referencia a ir con los redimidos para disfrutar el supremo gozo que

nunca fenece, y tanto los que estaban cantando como algunos que lo oyeron desde fuera pudieron notar cómo las notas de bajo profundo del querido hermano Hake daban al himno una armonía que parecía celestial. Tras la oración, se leyó el Salmó I, y aún tuvo el hermano Hake ocasión de hacer resaltar el contraste entre *andar*, *estar* (en pie), y *estar sentado*, que aparecen en el primer versículo. Enoc *caminó* con Dios; Elías *estuvo en pie delante* de Dios; David *estuvo sentado* delante de Dios. Después de ilustrar así a la asamblea por cerca de una hora, le falló el habla, pero, apoyándose, pudo llegar a su dormitorio. Un querido hermano joven, Idenden, le estuvo velando con tierno amor, y yo me uní a él a las cuatro de la mañana. El hermano Hake me tomó la mano y no la soltó hasta que le dio su espíritu al señor, a las 7,10."

Después de la partida de Hake, Chapman recogió algunas de sus cartas e hizo extractos de sus notas sobre la Escritura, publicando el volumen resultante bajo el título de "Setenta años de peregrinación". Este acto indica el valor que le daba al ministerio de Hake, pues Chapman no había publicado casi nada desde su juventud.

CAPITULO XIII

PAZ INEFABLE

A sus ochenta y siete años, Chapman continuaba todavía dando sus paseos matutinos. Así como los habitantes de los Nuevos Edificios habían visto en años anteriores aquel animoso joven que a largas zancadas se adentraba por la campiña antes del alba, también los actuales ocupantes del barrio que madrugasen lo suficiente podían ver al anciano ponerse en camino, con su amplia capa y su linterna, para ver en despojado el amanecer. El paso de los años le había ido recargando en las tareas de la oración y la comunicación epistolar con los hijos de Dios. A los noventa y cuatro años de edad escribía a Enriqueta Soltau: "No puedo por menos de sentirme gozoso por tu resolución de ir a ver a los compañeros en la obra del Señor en China. Todos ellos, con el querido hermano Hudson Taylor, han estado siempre en mi corazón ante el Trono de la Gracia. Ve allá, y que el Señor vaya contigo". Sabido es que los puntos de vista de Chapman y los de Hudson Taylor y Enriqueta Soltau diferían considerablemente, pero esta carta es otro ejemplo del amor y paciencia desplegados por Chapman en sus relaciones con todos los creyentes. Para los muchos que vivieron y trabajaron con él, era el genuino representante del espíritu que inspiró el movimiento de los Hermanos, pues las intenciones de tal movimiento allá por el año 1830 fueron cumplidas prácticamente en su vida.

Algunos creyentes que, a causa de las disensiones y luchas carnales que estropearon el testimonio en varias asambleas, se habían apartado, fueron atraídos de nuevo a los principios del Nuevo Testamento por el acendrado amor de las palabras y el ejemplo de Chapman. La historia ha demostrado que el “hermanismo” es uno de los peores “ismos” que pueden darse, porque toma las verdades más sublimes para convertirlas en bandera de partido. Pero los auténticos principios de los Hermanos puestos en práctica en la vida de Chapman han merecido la admiración de todo el pueblo espiritual y de muchos inconversos.

Chapman odiaba la falsedad en la doctrina, y no admitía compromiso alguno en lo concerniente a las grandes verdades fundamentales, pero jamás interpretaba en sentido herético las palabras de los demás mientras no hubiese fundamento indubitable para ello. Muy especialmente en lo que respecta a los jóvenes, no se sabe que nunca les dijera nada que pudiera desanimarles o entorpecer el desarrollo de sus dones. Por lo que respecta a cuestiones de menor importancia, sostenía que el romper la comunión por tales motivos constituía un pecado. Sus puntos de vista relativos a la profecía eran muy distintos de los sostenidos por la mayor parte de sus contemporáneos, como bien lo demuestra su casi desconocido libro titulado “Suggestive Question”, y no estaba totalmente de acuerdo en materia de interpretación con su gran amigo y colaborador Hake, pero jamás hizo hincapié en tales discrepancias para entrar en amargas discusiones.

A veces se pregunta hasta qué punto es posible mantener la comunión y el ministerio según el Nuevo Testamento, y aplicar en nuestros días los principios novotestamentarios. El hecho de que algunos creyentes—incluso los pastores, maestros y evangelistas—se encuentren divididos en tantos grupos, no hace fácil la

respuesta. Pero el ministerio de Chapman nos enseña el camino, indicándonos hasta donde puede llegarse cuando el sincero amor va de la mano de la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes.

En el ocaso del siglo XIX Chapman llegó a ser, en la mente de muchos cristianos, una figura casi legendaria, un gran patriarca de la Iglesia. Había sido amigo íntimo de Darby, Cronin, Groves y una hueste de líderes que habían pasado ya hacía tiempo a estar con el Señor. Había empezado su ministerio en Barnstable dos años antes que naciese el gran Spurgeon, y éste murió ocho años antes de terminarse el siglo. Su conocimiento de los hombres y de los asuntos relacionados con la Iglesia de Cristo no tenía parangón posible, y su experiencia era abundante y profunda, fuera de todo lo normal. Se hablaba con respetuosa admiración de su santidad, y se contaban las anécdotas más impresionantes acerca de su incommovible fe, de las muchas veces que lo había arriesgado todo por Cristo. Por ejemplo, aquel día que estaba esperando en el andén la llegada de un tren expreso que no tenía parada en aquella estación, en la seguridad de que pararía para llevarle a su destino, siendo objeto de las burlas del jefe de estación y del factor, que le tomaron por loco, los cuales se quedaron estupefactos al ver que el expreso efectivamente paró. Anécdotas completamente auténticas, como la que precede, hacían que los hombres dieran gloria a Dios, y llevaron a muchos a entregarse al servicio del Señor dependiendo exclusivamente de la fe.

Cuando Jorge Müller durmió en el Señor, recogió la noticia una señora cristiana que estaba entonces parando en los Nuevos Edificios. Esta hermana, conocedora del gran amor que Chapman sentía por Müller, quiso ocultarle la noticia, pero se encontró con la sorpresa de que ésta parecía haberle sido revelada a Chap-

man, pues éste preguntó directamente: “¿Ha pasado el hermano Müller a la presencia del Señor?”. Al recibir la respuesta afirmativa, el anciano inclinó su blanca cabeza, reflexionando unos minutos, al cabo de los cuales dijo mansamente: “No le corresponde a ningún hombre juzgar las disposiciones de su Maestro, pero el Señor me salvó cinco años antes que a Jorge Müller, y creo que yo debiera haber partido antes que él”. Pocos días más tarde escribía a otro amigo suyo: “Mi siempre creciente amistad, de más de sesenta y seis años, con nuestro amado hermano que ya está con el Señor, Jorge Müller, pronto llegará a la perfección. ¡Qué hermoso es pensarlo! Llevaremos la imagen del Adán celestial como hemos llevado la del primer Adán. Yo me he entristecido por perderle, pero ahora me regocijo con él, pues ya está comprobado que es mucho mejor estar con el Señor, en las moradas del Padre, que permanecer aquí abajo”.

Chapman continuó ejerciendo el ministerio de la predicación hasta cumplidos los noventa y ocho años, aunque otros hermanos se turnaban en el servicio de evangelización. Un domingo, pocas semanas después de cumplir los noventa y ocho años, se había llenado al máximo la capilla de la calle de Grosvenor para escucharle. Se esforzó hablando durante hora y cuarto, mostrando luego evidentes síntomas de cansancio. Quienes le vieron en el púlpito quedaron asombrados del vigor con que proclamaba las buenas nuevas de salvación, con toda entereza mental y gran poder espiritual en todas sus palabras. “La culpabilidad del fariseo —exclamaba— así como la culpabilidad del borracho, hay que medirlas por la grandeza del sacrificio de Cristo en la Cruz. Si consideráis el tercer capítulo de la Epístola a los Romanos, encontraréis que en el versículo 19 el Espíritu Santo hace que toda boca se tape y todo el mundo sea culpable delante de Dios. Al leer esto me

acordaba de lo que escribe Lucas sobre los dos hombres que subieron al Templo a orar. Uno de ellos le daba las gracias porque no era como los demás hombres, jactándose de su justicia. El otro, en cambio, hería su pecho, diciendo: ‘Dios ten misericordia de mí, que soy un pecador’. Este pobre hombre aceptaba la verdad de los hechos: como en los ojos de Dios era culpable, en los de su propia conciencia también lo era, un pecador perdido. Pero salió de allí justificado. ¿Cómo? Porque el Señor fue su refugio. Porque el Señor de la gloria, crucificado, fue para él la Roca de Salvación. Permitid que os repita lo que he dicho mil veces desde que me convertí: mientras en esta tierra, desgraciadamente, hay muchos borrachos que van al infierno por la acera sucia del camino ancho, también hay muchos que asisten a lo que ellos llaman ‘la iglesia’, y a reuniones religiosas, pero no saben lo que esta Escritura nos enseña, que somos pecadores delante de Dios. Ignoran cuán importante es esta verdad. Ved lo que dice Romanos 3:23, ‘Pues todos pecaron y están privados de la gloria de Dios’... Mas, ¿qué es lo que sigue? ‘Siendo justificados gratuitamente por su gracia’ ¿Cómo? ‘Por la redención que es Cristo Jesús, a quien Dios ha puesto en propiciación por la fe en su sangre’. ¿Qué quiere decir *su sangre*? Debemos leer cuidadosamente lo que de El se dice, que su sangre no fue derramada hasta que El exclamó *Consumado es*. Cuando el soldado que rompió las piernas a los otros dos crucificados llegó a El, le vio que ya estaba muerto, pues había de cumplirse la Escritura de que no se rompería ninguno de sus huesos. Entonces le dio una lanzada, y del cuerpo muerto del Salvador brotó la sangre, representativa del sacrificio único y perfecto por el pecado. Por tanto, cuando decimos que la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado, hemos de tener en cuenta el *Consumado es*, es decir, la expiación,

el sacrificio completo. Con todo afecto, con todo amor, quiero advertir a aquellos que no han recibido a Cristo en su corazón, que no permitan que su conciencia se duerma al engañoso arrullo de Satanás. Muchos son los que se encuentran en tan peligroso estado, especialmente en este país que se da el nombre de religioso, y en otros países vecinos, particularmente en Irlanda del Norte. También se va al infierno por la acera limpia del camino ancho. Permitidme que os diga con respecto al pobre pecador, que recibe de Cristo más calurosa bienvenida que la que él mismo le da al Salvador”.

Al cumplir los noventa y nueve años recibió felicitaciones procedentes de todas las partes del mundo, y la Prensa se ocupó también del acontecimiento, pues según escribió un periodista: “El señor Chapman ha estado ocupado normalmente en la obra religiosa en la misma ciudad durante más de setenta años: un récord al que ningún predicador del reino puede aproximarse”. Y el mismo periodista continúa: “El señor Chapman es un erudito, y como estudiante de la Biblia su fama está muy extendida. Excepto en la memoria, que no le es tan fiel como solía, sus facultades mentales permanecen en plena efectividad. Puede conversar con fluidez en media docena de idiomas, y todavía hace sus lecturas sin auxilio de lentes. En el mes de noviembre último sufrió una seria indisposición, pero entró en su centésimo año con una salud excelente. El señor Chapman acostumbra retirarse a descansar entre las 8 y las 9 de la noche, pero se levanta a las 3,30 de la madrugada, tomando a esa hora un baño de esponja con agua fría, hace un desayuno ligero, y se ocupa en la lectura, la meditación y la oración hasta las 6,30, cuando se permite un paseo para sentarse a la mesa con sus visitas, en los Nuevos Edificios, a las siete para el desayuno. Sus ocupaciones diarias incluyen el despacho de mucho correspondencia y encuentra ejercicio

y recreo en su torno para madera. Antes de este cumpleaños torneó varios platos para pan, que regaló a sus amigos. El esfuerzo de predicar hace unos meses agotó un tanto al venerable líder y desde entonces no ha vuelto a ocupar el púlpito, pero ha seguido dirigiendo los estudios bíblicos semanales, que son considerados como un precioso privilegio por aquellos que asisten a las clases y que atraen a creyentes de toda Inglaterra y de otros países. Un caballero que estuvo pasando recientemente en la ‘casa de descanso’ de los Nuevos Edificios escribe que el señor Chapman es dado a la hospitalidad en el sentido apostólico, y tiene en su casa a cristianos de diversas denominaciones, especialmente misioneros y otras personas dedicadas a la obra de Cristo. Nadie puede decir más de corazón que él: *La gracia sea con todos los que aman al Señor Jesucristo en sinceridad y verdad*, y se afirma que vive como viviera su ya difunto amigo Jorge Müller, sin base financiera alguna, sino sencillamente por fe en el Señor. Y el Señor, su Obra y su Palabra son el tema central de conversación a su mesa, lo mismo que en la capilla. Nadie puede calcular la influencia ejercida por la santidad desplegada en una vida ejemplar, plena de fe, como la del señor Chapman. Y no se cuenta entre los menores motivos de legítimo orgullo de Barnstaple la distinción de haber sido identificada con la incomparable vida y obra de este sabio, santo, autor y predicador.”

Entre los mensajes que llegaron a sus manos en su 99 aniversario se encontraba uno de un primo suyo, el capitán W. D. Chapman, también avanzado en años y fiel creyente. Su contestación fue en los términos siguientes:

“Mi querido primo: Tu carta llena de amor para felicitarme me encuentra en condiciones de darle mu-

chas gracias a Dios nuestro Padre celestial por librarme de toda enfermedad corporal y porque su paz reina en mi corazón.

Tanto tú como yo tenemos la responsabilidad de ser testigos vivientes de nuestro invisible Señor Jesucristo.

Tuyo afectuosamente en Cristo Jesús,

R. C. Chapman.”

Al morir la reina Victoria en 1901, Chapman pudo afirmar que había orado consistentemente por ella desde el día que subió al trono. Los judíos eran también objeto de sus constantes oraciones, juntamente con gran número de personas ocupadas en la obra misionera y fuera de ella, que mantenían con él correspondencia. Su obra de intercesión continuó hasta el fin.

Barnstaple, como ciudad, había sufrido importantes transformaciones desde que Chapman recorriese su calle principal en busca de hospedaje, allá por el año 1832. Se había desarrollado considerablemente, había crecido en importancia y tenía mucha menos ignorancia en cuanto al Evangelio, pues, sin sombra de duda, los setenta años de ministerio habían mejorado la situación espiritual de la ciudad. También en Irlanda y en España había buenos frutos de su labor y de sus oraciones, y tanto los obreros como el pueblo de ambos países pensaban con gratitud en este gran hombre que se había presentado como su hermano, mientras que muchas asambleas e incontables individuos, repartidos por todo el mundo, que jamás le habían visto, daban gracias a Dios porque su consejos, a un tiempo llenos de sabiduría cristiana y de amor, les habían orientado en tiempos de prueba.

Por fin, en 1902 llegó el desenlace. A principios de junio cayó enfermo, pero después de unos días de peligro mejoró su estado hasta el punto que el día 12 de

junio parecía hallarse en franca convalecencia. Sin embargo, ese mismo día cambió el curso de la enfermedad, si así puede llamarse, y antes de las nueve de la noche ya estaba con su Señor.

Durante los breves días de su enfermedad disfrutó de una paz inefable. Al preguntarle una mañana cómo se encontraba, respondió: “Dios me está tratando de una forma tan amorosa, tan tierna”. Y otra vez dijo: “Ahora puedo descansar tranquilamente por la fe”. Las palabras que con más frecuencia tenía en los labios eran: “Aún no sabemos lo que hemos de ser, pero *sí* sabemos que cuando Él venga seremos como Él, porque le veremos como Él es *ahora*”. Sus últimas palabras fueron: “La paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento”...

Sí, la paz, la paz de Dios había caracterizado la totalidad de su experiencia cristiana; una paz inquebrantable, inmutable, sin altibajos, sin quejas. Desde el día cuando encontró la paz en Dios por medio de Jesucristo, vivió disfrutando de tan precioso don.

Grandes multitudes acudieron al funeral, que se celebró en Barnstaple. Estaban representados los grupos cristianos de todo el país y de las diferentes denominaciones: bautistas, metodistas, anglicanos, etc., juntamente con los Hermanos, unidos al borde del sepulcro de aquel que les había enseñado a unos y a otros indistintamente, por su ejemplo y su palabra, que todos los que han nacido de nuevo son hermanos en Cristo Jesús. Aunque jamás se había desviado en nada de sus creencias y prácticas respecto de la adoración y el gobierno de la iglesia, todos sabían que habían sido objeto de su amor, y que había llorado con sinceridad la falta de unidad de juicio entre el pueblo de Dios. Todos sentían en su corazón que habían perdido un verdadero hermano.

Entre los que tomaron la palabra en el funeral se encontraba el doctor Enrique Soltau, pues la famosa familia Soltau había pasado largos años bajo su ministerio. Es de notar que la tumba en que Chapman fue enterrado es la misma donde había sido enterrada, cuarenta años antes, su compañera en la obra, la señorita Paget. La pulida piedra blanca decía simplemente:

DIOS ES AMOR

Palabra fiel y digna de ser recibida de todos,
que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a
los pecadores

A LA MEMORIA DE ELIZABETH PAGET
que partió para estar con Cristo el 16 de marzo
de 1863, a la edad de ochenta años

ROBERT C. CHAPMAN

Nació el 4 de enero de 1803
Partió el 12 de junio de 1902

Si fueron centenares a despedirle al cementerio aquel día, ¡qué multitud de hijos espirituales debe haberse congregado para recibirle en el más allá! Huérfanos irlandeses, campesinos españoles, pecadores redimidos de los suburbios como “Derby”, y de todos los estratos de la sociedad. Un poeta intentó describir así la bienvenida:

¡Oh, qué gran bienvenida te darán tus amigos
al entrar por las puertas de la Sion celestial!
Las calles de oro puro repetirán su canto:
“Mil veces bienvenido, anciano peregrino,
mil veces bienvenido al celestial hogar.
Casi un siglo estuvieron abiertos estos brazos
para todos los santos que amaban a Jesús.
A quienes tú abrazaste, te abrazan aquí ahora,
que vienes al reposo de este tu hogar de luz.
Y la paz que mantuvo tu corazón sereno
y que brilló en tu rostro aun en medio del mal,
la paz de Dios, hermano, será siempre contigo,
con un himno en los labios de alabanza y solaz”

El cristianismo de hoy, que mira hacia atrás y contempla la vida de Chapman desde una distancia de medio siglo, bien puede pensar si Dios no nos ha dado el ejemplo de tal vida para que nos sirva de testimonio en cuanto a la naturaleza del cristianismo del Nuevo Testamento. Al menos, un hecho está completamente claro:

“Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, empero la mayor de ellas es el amor.”

SELECCIÓN DE
DICHOS ESCOGIDOS
DE
ROBERTO C. CHAPMAN

SOBRE EL AMOR

“Dios es amor” (1 Juan 4:16). Sus hijos le agradan en razón directa de su parecido con El, según “anden en el amor” (Efe 5:2).

El verdadero amor celestial tiene su vida y su raíz en la cruz de Cristo. El amor tiene el ojo sincero y es su propia recompensa; sufre la ingratitud y sobrevive a la indiferencia y al desprecio; es muy sensible a las heridas, pero está siempre dispuesto a perdonar; y cubre multitud de pecados. El amor que nos ocupa es manso y humilde, es edificante, y se comporta con sabiduría; sabe soportar a los vanos y orgullosos, sin participar en su vanidad. Este santo amor es la obra imperecedera del Espíritu Santo: vale tanto en los días malos como en los buenos, y está siempre dispuesto a gozar con los que gozan, añadiendo alegría a sus horas de felicidad.

Si deseamos amor a los santos de tal forma que agrademos a Dios, tengamos en cuenta que sus nombres están escritos en los cielos y en el corazón de Cristo. De otra forma, amaremos a algunos porque nos agradarán, y daremos de lado a otros a causa de sus defectos.

Sólo conocemos el corazón de los demás por las pruebas de sus dichos y sus hechos. Si un hermano nos hiere, escuchémosle primero, y escuchémosle hasta el fin, antes de determinar que ha sido él quien ha faltado, pues en muchos casos podemos encontrar que tenemos nosotros tanta culpa como nuestro hermano.

El “camino más excelente” es el amor, que todo lo

sufre, todo lo espera, no imputa pecado. No obstante, si el amor ve una falta, la reprenderá debido a su fidelidad. Y digo que la ve porque el amor discierne y es fiel. Por eso tengo que tratar con esta fidelidad a todos mis hermanos, y rogarles que ellos me reprendan a mí en la misma forma, pues esto es, en realidad, ungir mi cabeza con un excelente bálsamo" (Salmo 141:5).

Si nos deleitamos en la gloria de Dios, nos deleitaremos también en dar honor a aquellos a quienes Dios se lo da, con lo que nosotros mismos saldremos beneficiados.

SOBRE LA COMUNION CRISTIANA

Tenemos necesidad los unos de los otros, dependemos los unos de los otros, no porque brote de nosotros la bendición, sino porque somos los canales por donde fluye.

Cuando pongamos la intercesión mutua en lugar de la mutua acusación, entonces venceremos las dificultades y las diferencias entre los hermanos (Job 42: 4-10).

Las debilidades de nuestros hermanos son buenas oportunidades para el ejercicio de nuestra paciencia y longanimidad. Tengamos gracia para cada una de tales ocasiones.

El corazón de todo verdadero creyente ansía una comunión duradera, una comunión en el Espíritu con los demás hermanos, resultante de la comunión de uno y otros con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

La humildad es el secreto de la comunión, como el orgullo es el secreto de la división.

Si Cristo no es el lazo de unión en la amistad y la comunión, y si su preciosa sangre no es la vida del amor, ¿qué rápidamente suplantarán la indiferencia al

afecto y con qué facilidad se tornarán los más íntimos amigos en obcecados adversarios, en cuanto se presenten los choques de los intereses y el orgullo, de la congénita volubilidad humana!

En Juan 17 y en Efesios 1 vemos lo que *es* la Iglesia a los ojos de Dios, en Cristo: lo que debiera ser en sus relaciones; lo que sería si nosotros no entristeciésemos al Espíritu Santo que nos es dado para que nos guíe a toda verdad, y para glorificar a Cristo en nosotros. Pero la Iglesia no ha sido fiel a su llamada celestial, sino que ha olvidado su dignidad, ha perdido su poder, ha comenzado a sentirse vieja sin darse cuenta (Oseas 7:9).

La comunión de los cristianos debiera ser como la del Padre y el Hijo. Toda diferencia de criterio o de juicio que surja, pues, entre dos miembros de Cristo acerca de la verdad de Dios debe ser causa de humillación, no de discusión y separación. Con la humillación, Dios les daría pronto a sus hijos una misma mente, si ellos volviesen de consuno su rostro hacia el trono de la gracia buscando la unidad, de acuerdo con 1 Cor 1 y Efesios 4 y 5.

Es agradable hablar de Jesús con nuestros hermanos, los hijos de Dios; pero ¡cuánto más agradable es hablar con el propio Señor, Cristo Jesús!

Si existe entre nosotros aunque no sea más que la sombra de una desavenencia con alguno de nuestros hermanos o hermanas, no nos demos descanso hasta conseguir la reconciliación. Busquemos en nuestro comportamiento qué es lo que pueda haber ocasionado la ruptura, y procuremos tener con nuestro hermano o hermana una comunión como la del Padre y su amado Hijo. Además, hemos de vigilar en nosotros todo aquello que pueda herir a nuestros hermanos, a fin de que alcancemos sabiduría para evitar rupturas de comunión. Observemos lo que dice en 1.^a Cor 13. Amolde-

mos nuestra forma de ser por medio del amor que no es descortés, que nunca deja de ser. Si carecemos de la prudencia suficiente para evitar las rupturas, tampoco tendremos la destreza necesaria para curarlas.

El secreto de la comunión ininterrumpida es que Cristo sea la vida de la comunión. El mantiene, regula y santifica el mutuo y tierno amor, la confianza, que se moldearán más y más al estilo celestial a medida que nosotros seamos más semejantes a nuestro Señor, a medida que estemos más en El. Cuando El venga en su gloria, ¡qué gozo será recordar anteriores amistades y ver a Jesús mismo, fuente de la estabilidad de todas ellas!

Supongamos que todos los santos de una ciudad se reuniesen en un punto, sin señal externa alguna de división. Aun así, a menos que la mira común fuese el ser todos de una mente con Dios y con Cristo, allí mismo estaríamos entristeciendo al Espíritu por las divisiones invisibles de corazón y de juicio.

La comunión entre los diversos miembros del Cuerpo de Cristo existe por el Espíritu Santo, el cual, morando en ellos, les da comunión con el Padre y con el Hijo. La unidad de mente entre el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo es la fuente y el modelo de la nueva mente que debe encontrarse en cada uno de los miembros del Cuerpo de Cristo y constituir su característica.

A menos que alcancemos una comprensión espiritual de esta unidad divina, no tenemos derecho a quejarnos de las divisiones entre el pueblo de Dios. Mirándonos en este espejo descubrimos la naturaleza y la culpabilidad de los cismas y divisiones.

COMO TRATAR LAS FALTAS ENTRE HERMANOS

Si queremos reprender con sabiduría la carnalidad de nuestros hermanos, según el ejemplo del Señor, hemos de recordar y enaltecer la gracia que en ellos hay.

Los que están muy familiarizados con la cruz de Cristo y con su propio corazón, no se apresurarán a ejercer la represión sobre los demás. Si reprenden, lo harán de manera solemne, sabiendo cuántos males pueden resultar de tratar con ligereza las faltas ajenas.

Empecemos examinándonos a nosotros mismos si queremos ser eficientes al reprender a nuestros hermanos.

El juzgarse severamente a sí mismo le hace al hombre prudente para juzgar a los demás, y el mismo amor que tal persona pone en su reprensión le da a ésta un filo muy agudo.

Al reprender el pecado en los demás debemos recordar la forma en que el Espíritu Santo de Dios opera con nosotros. Viene como el Espíritu del Amor, y sean cuales fueren sus reprensiones, gana nuestro corazón por la misericordia y el perdón, por medio de Cristo.

Perdonar sin reprender, aun por medio del gesto o la mirada, es un fino y delicado ejercicio de la gracia —una imitación de Cristo—.

Si el otro me ha herido, debo pensar que es mejor ser el que sufre que el que hiera.

La carne está deseosa de castigar para evitar la repetición del mal; pero la gracia nos enseña a defendernos sin armas. Quien perdona las ofensas “hasta setenta veces siete” es el que mejor sabe protegerse.

Si alguien me ofende, debo buscarle con las entrañas de Cristo, y pedirle a Dios que le induzca al arrepentimiento.

Nosotros somos partícipes de la culpa de cualquier miembro del Cuerpo de Cristo que haya cometido una ofensa hasta que hayamos confesado su pecado como si fuese nuestro (Daniel cap. 9), nos hayamos entristecido por tal pecado, hayamos pedido perdón, y hayamos buscado en espíritu de amor la restauración del descarriado.

Si tu lengua te ha traicionado de forma que hayas hablado frases despectivas o dudosas sobre algún hermano ausente, puedes decirte al momento que has herido a Cristo.

Si dentro del ámbito del amor yo le hablo a mi hermano sobre su falta, es porque odio el pecado. Si hablo del asunto con lengua mordaz, es porque estoy satisfaciendo mi placer de murmurar.

Si estando bajo la Ley, cuando el lazo de unión era sólo carnal, el israelita no había de consentir el pecado en su hermano (Lev. 19:17), ¿cuánto menos habrá de consentirse bajo el Evangelio, que une a los hermanos espiritual y eternamente?

La parábola de la mota en el ojo ajeno ilustra la habilidad y ternura que requiere todo aquel que ha de reprender a sus hermanos. ¿Quién le confiaría un órgano tan delicado como el ojo a una mano dura y torpe?

Al señor le place manifestar su ternura hacia aquellos que han sido humillados, incluso cuando se han buscado la humillación por su propia torpeza o falta de sabiduría. “Id, decid a sus discípulos *y a Pedro...*” (Mar 16:7).

SOBRE EL CONTROL DE LA LENGUA

No escaparemos de las lenguas ajenas a menos que escapemos antes del amor propio y de la propia adulación.

No hay espada más aguda que la lengua.

Sólo si le ponemos bridas al corazón podremos ponérselas a los labios.

El hombre mordaz es el que habla maliciosamente contra los demás; el hablador hace lo mismo, pero sin malicia, por falta de la represión que impone el amor.

SOBRE LA DISCIPLINA DE LA IGLESIA

La disciplina ejercida por la Iglesia de Dios debiera ser trasunto del carácter de nuestro Padre Celestial.

Una mente sobria, un corazón tierno y un espíritu vigilante deben caracterizar a aquellos que separan de la grey a los que la perjudican.

Todas las correcciones y todos los juicios de Dios están destinados a producir el arrepentimiento. De igual forma, toda censura pronunciada por una asamblea de santos, aunque sea evidentemente justa, debe ser también como una medicina que restaure, para que el espíritu sea salvo en el día de Cristo (1 Cor 5:5).

Pablo no les dice a los Corintios al reprenderles su pecado: “Temo que cuando llegare *os* humille Dios... y *hayáis* de llorar por muchos”, sino que habiendo sido los corintios los que habían caído en los terribles pecados por los que les reprende, dice: “Porque temo que cuando llegare (yo)... *me* humille Dios entre vosotros y *haya* de llorar por muchos” (2 Cor 12:20-21).

Cuando mi hermano se deshonra a sí mismo es como si yo metiera mi propia mano en el fuego. En este sentir hemos de ser como Cristo, que está afectado por nuestras debilidades, y es capaz para socorrer al que ha sido alcanzado por la tentación.

¡Ay, en cuántos casos donde se da una reprensión aguda y amarga, la sabiduría celestial trataría el asunto con un consejo lleno de amor y una ajustada admonición!

Colosenses 4:10 es un testimonio de que Marcos fue restaurado y establecido después de haber abandonado a Pablo y Bernabé. No le encontramos con Bernabé, sino con Pablo, que tan gravemente había juzgado su falta. “Corrige al sabio, y te amará” (Pro. 9:8).

Imitemos a nuestro Señor en su piedad hacia aquellos que han errado en su camino, para mejor oponernos a sus pecados y ayudarles a efectuar la confesión que consigue el perdón de Dios. La severidad carnal endurece el corazón que pudiera ser ganado con ternura y compasión celestiales.

Hay mucho gozo y mucho consuelo en la comunión de la asamblea de los santos. Ello no constituye, sin embargo, un lecho de rosas, pues es en el uso de esa comunión donde aparecen principalmente las debilidades y faltas de los creyentes. En el mejor estado de la Iglesia, siempre hubo que subyugar la carne y resistir a Satanás. “Sufriéndoos los unos a los otros, y perdonándoos los unos a los otros” (Col 3:13).

SOBRE CRISTO Y LA IGLESIA

¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos!
¡Cuán multiplicadas son sus cuentas! (Salmo 139:17).
Este es el lenguaje de Cristo, la Cabeza, en relación con los miembros hechos uno con El mismo. La Epístola a los Efesios es donde se bate este lingote de oro.

Nunca tomes un sendero tortuoso para llegar a la aceptación de Dios: ve directamente a Cristo. Pero cuando quieras mirar a los hijos de Dios, mira bien a Cristo antes, y luego mira a los santos *en El*.

Cristo se denomina a sí mismo el Esposo de la Iglesia por ser el lazo matrimonial el más fuerte y tierno de los lazos humanos; y al mismo tiempo, para mostrar la pureza de su amor, llama a la Iglesia su Hermana.

Su ternura se deleita en ejercitarse en las debilidades de la esposa, y ella se inclina sobre El, no solamente en busca de apoyo, protección y guía, sino principalmente en busca de comunión (1). El apoyarse se funde en adoración, que es para El como vino con especias. El ve su propia imagen en la Iglesia, siendo éste uno de sus principales gozos.

Fue el Esposo quien llevó los pecados de la Esposa sobre su propio cuerpo en el madero. ¿Qué otra carga no llevará? Incluso las tribulaciones que nos acarrea nuestra propia locura son ocasión propicia para su amor, con tal que echemos nuestra carga sobre El. Mas si no nos juzgamos a nosotros mismos, El sabe cómo castigarnos para conducirnos al juicio propio, para que pueda consolarnos con su gracia y amor inefables.

Los que están de luto, los solitarios, los que carecen de amigos, los tentados, desechados, despreciados y traicionados, todos encuentran a Cristo con los brazos abiertos, esperándoles, sea cual fuere su caso, como si cada uno de ellos fuese el único de quien Cristo tuviera que ocuparse. Ejerciendo esta especial supervisión sobre cada uno de los miembros de su Cuerpo, ¡cuán glorioso, cuán amable y precioso nos parece Cristo!

Si Cristo no está satisfecho con su gloria actual a la derecha del Padre sin tener consigo a su Iglesia, los miembros de su Cuerpo, ¿cómo podemos nosotros conformarnos sin El en este valle de sombra de muerte, en este presente siglo malo?

El candelero puesto en el templo era un tipo de la Iglesia. El sumo sacerdote era quien había de suministrar el aceite, limpiar las mechas, cuidar y custodiar la

(1) N. del R.—Sin duda se refiere aquí al “Cantar de los Cantares”, de Salomón, en el que se encuentran expresiones de acendrado amor que algunos aplican directamente a la relación íntima que existe entre Cristo y su Iglesia.

lámpara. La luz había de estar siempre brillando con una llama viva.

La ruina de un reino es cosa de escasa importancia a los ojos de Dios en comparación con la división entre un puñado de pecadores redimidos por la preciosa sangre de Cristo.

Cuando la salud del cuerpo es perfecta, existe una callada, imperceptible cooperación entre todos sus miembros. Así ocurrió con la Iglesia en Pentecostés, y así debiera ocurrir entre nosotros.

Si se trata de reformar la Iglesia de Dios, siempre debemos empezar por reformarnos a nosotros mismos. Los cismas y las divisiones continuarán incrementándose mientras empecemos las reformas por los demás. La sabiduría habita sólo en los humildes.

Toda clase de concesión al propio placer es reprendida en el cap. 2 de Filipenses; pero la Iglesia de Dios en estos días se asemeja más a los corintios, carnales, cismáticos, hinchados, que a los humildes santos de Filipos, cuya comunión en el Espíritu alegró el corazón de Pablo.

La nueva creación es el deleite de Dios. De esa creación, Cristo es la Cabeza; como uno con la Iglesia, El está ante el Padre.

La Iglesia, el Cuerpo de Cristo, no podrá levantarse de su actual postración mientras no exista en sus miembros una conciencia de cumplir cada cual la parte que le corresponde como miembro del Cuerpo.

Mientras que estoy de luto por los cismas y divisiones existentes en la Iglesia, justifico a Dios y le bendigo por la sabiduría y equidad de su disciplina: El hace que cosechemos de acuerdo con lo que sembramos.

Los títulos dados a la Iglesia en la Escritura sugieren *unidad* celestial. Tales son el Cuerpo, la Vid, el Templo de Dios, una Nación, Pueblo Escogido, Real Sacerdocio. Estos títulos colocan a la Iglesia de Dios

por testigo suyo en el mundo; pero los nombres que han sido inventados por los hombres son nombres sec-tarios, y sólo manifiestan nuestra vergüenza.

La Iglesia de Dios es un campo que necesita ser labrado dos veces.

Cristo siempre goza de perfecta comunión con el Padre. También anhela la comunión con nosotros, sus miembros (Apo. 3:20), y cuando nuestro egoísmo se la niega, se vuelve al Padre y encuentra gozo y descanso en la comunión con El. Los que se lamentan y están de luto en la Iglesia de Dios por el estado en que se encuentra, deben igualmente acercarse al Padre y al Hijo para tener comunión por el Espíritu Santo, cuando no puedan encontrar la comunión que anhelan entre sus hermanos.

El Arca de Dios en el Jordán iba delante del pueblo, estaba en medio del pueblo, le seguía. Igualmente, Cristo es el guía, la protección en retaguardia, y la gloria en medio de la Iglesia: su vida y su lazo de comunión.

Como Cristo es el resplandor de la gloria del Padre, así la Iglesia es el resplandor de la gloria de Cristo. El, Sol de Justicia, derrama a través de la Iglesia los rayos de su luz.

Así como sin Cristo las perfecciones del Padre no eran manifestadas, de la misma forma la gloria de Cristo no se manifestó hasta que su Cuerpo, la Iglesia, se hizo presente. Pero la Iglesia no resplandece por excelencia propia, sino que está constituida por aquellos, que siendo por naturaleza viles y terrenos, son regenerados por el Espíritu de Dios. La vida, la belleza y la gloria de la Iglesia provienen todas de Cristo, su Señor. Por el contrario, Cristo es —por naturaleza— el resplandor de la gloria del Padre.

SOBRE EL LLAMAMIENTO DE LA IGLESIA

Cristo no solamente da vida a la Iglesia, sino que vive juntamente con ella. Si los hijos de Dios tomasen conciencia de esta verdad, y la vivieran día a día, hasta sus vestidos olerían a incienso y mirra, y a todos los perfumes del mercader, y su conversión delataría su llamamiento celestial en Cristo Jesús.

Para elevarnos por encima del primer Adán tenemos que vivir en el último Adán. Así podremos usar en espíritu el lenguaje del Salmo 8 y tener todas las cosas debajo de nuestros pies.

Nuestra vida es Cristo, luego es *vida eterna*, pues Cristo es el mismo hoy, ayer y por todos los siglos.

Dios no se propuso solamente salvarnos del infierno, por más que sea grandiosa la salvación, sino también hacernos sus hijos e hijas, a fin de que nosotros, con El mismo y con Cristo Jesús, el primogénito de los muertos, podamos morar por siempre en la casa del Padre.

El verdadero amor emana de Cristo mismo, por eso es osado en la defensa de la verdad de Cristo y no conoce a ningún hombre según la carne cuando se trata de mantener o defender Su honor.

Cada cristiano ha de ser a la vez tres personajes principales: hijo de Dios, soldado y esposa de Cristo. De acuerdo con cada uno de ellos, tiene que celebrar fiesta, pelear en batalla y cantar. Cristo ha ganado la batalla y nosotros recogemos el botín, y aunque hayamos de luchar para ello, la victoria es ya nuestra, así como su fruto.

Es suficiente que el Hijo de Dios nos sea revelado por el Espíritu Santo. Fue suficiente para Esteban en medio de sus perseguidores y basta para nosotros en medio de todas nuestras dificultades, todos nuestros adversarios y nuestras pruebas, sean de mayor o de menor consideración.

El pueblo de Dios somos sus testigos, los cuales constituimos la luz en un mundo de tinieblas; por tanto, debemos estar llenos del Espíritu para que sirvamos como “cartas escritas” por Cristo mismo, leídas y conocidas por todos los hombres.

La Iglesia tiene su vida espiritual, celestial y eterna en Cristo, su Señor resucitado, el último Adán. Su costado traspasado es la fuente de vida para nosotros, los que formamos su Esposa.

Estamos bajo la ley del amor de Dios y bajo su gracia en nuestra nueva relación con Él, como niños; nosotros nos hallamos bajo obligación a Cristo en cuanto que Él es el primogénito entre muchos *hermanos*, y como sus *miembros* en cuanto que El es nuestra *Cabeza*. Con frecuencia pronunciamos las palabras: *miembros de Cristo*, pero siempre debemos hacerlo con reverencia y amor.

Colosenses 2:14. El perdón de Dios es como el Dios que lo concede: eterno, completo, inconmensurable... No deja posibilidad de condenación. La condenación que pesaba sobre mí está ahora, como si dijéramos, clavada en el juzgado para la protección del culpable... Me debo por entero a Quien me ha salvado. Que Cristo viva en mi corazón para que guíe cada una de mis miradas, todos mis pensamientos.

¡Qué extraño nos parecería ver a un príncipe vestido de andrajos, sentado en una taberna, en compañía de personas vulgares! Pues mucho mayor es la inconsistencia del Hijo del Dios viviente, que es Rey y Sacerdote, degradándose a sí mismo en camaradería con los que aún no se han regenerado.

En otro tiempo estábamos en el primer Adán, el hombre terreno; pero esto es sólo en el tiempo, no en el propósito de Dios. Para Dios, estábamos en el segundo Adán, que es Cristo, Señor del Cielo, antes que cayésemos en el primero.

Toda manada de ganado lleva la marca de su dueño. De igual forma, las ovejas de Cristo llevan su marca: la pobreza de espíritu. Cada uno es un pobre y necesitado pecador, que se juzga a sí mismo y a sí mismo se condena, de acuerdo con la justicia de Dios.

¡Qué triste es ver a un hijo de Dios que habla de su llamada celestial y no anda de acuerdo con ella! En el momento en que soy nacido de Dios, estoy en una nueva relación con el mundo: soy un hombre crucificado al mundo, y esto debe aparecer de forma evidente para todos los que me rodean o se relacionan conmigo.

Dios nos hace responsables de lo que tenemos, y nunca de lo que no tenemos. Si sólo tengo diez minutos para leer la Palabra de Dios, ¿empleo esos diez minutos de acuerdo con mi responsabilidad?

Muchos creyentes, aunque viven en los tiempos del Nuevo Testamento, andan en el espíritu del Antiguo Testamento.

SOBRE LA ORACION

En 1 Tim 2:1-2 se les asigna un lugar muy prominente a las oraciones de los santos. Si muchos cristianos supieran cómo se escuchan en el cielo las oraciones por los reyes y gobernantes, no se meterían tanto en los asuntos políticos de este mundo.

Cada deseo que el Espíritu Santo inspira en nuestra alma es una voz que alcanza el atento oído de Dios.

Bueno es que cada hijo de Dios pida por sí mismo, pero mucho más excelente es que lo haga por los demás. Dios honra el espíritu de intercesión.

Estamos demasiado prontos a fijarle a Dios la hora y el modo en que ha de contestar a nuestras plegarias; y cuando aun así las contesta, nos sorprendemos hasta

desmayarnos. Si deseamos mucha comunión con el Padre y con el Hijo, no hemos de sorprendernos si el Espíritu Santo sopla sobre nosotros como un fuerte viento que nos revele la corrupción y el mal que en nosotros hay. Cuando tal viento fuerte venga, no nos quejemos diciendo que no lo podemos soportar, sino demos gracias a Dios por su sabia respuesta a nuestras oraciones.

Si carecemos del espíritu de súplica y acción de gracias, empecemos por el espíritu de confesión.

Cuando oremos, asegurémonos de que Dios nos escucha. Si le pedimos a otro hombre un favor, su ayuda o su amabilidad, nos alegra ver en sus ojos una mirada atenta y cariñosa. Miremos por la fe a nuestro invisible Salvador y Sacerdote, y tengamos en el corazón la seguridad de que nuestra petición será escuchada. La respuesta vendrá en el tiempo oportuno. Si no podemos cumplir con la justa demanda de Dios de que estemos cantando triunfantes con Cristo en el cielo, Él escuchará a sus hijos faltos de fe, que gimen aquí abajo. Él *inclina* su oído para poder escuchar nuestros gemidos.

Cuando la Palabra de Dios penetra en la conciencia es cuando los hombres abren de verdad su corazón al Señor.

Nuestra necesidad de orar es tan frecuente como los momentos de cada día, y esta necesidad se siente más cuanto más crece la espiritualidad de nuestra mente.

Para tener poder con Dios en la oración has de tener un corazón sencillo, sin doblez. Si quieres acercarte osadamente al trono de la gracia, has de hacerlo en completa y sumisa obediencia.

Daniel hizo de la oración y la meditación de la Palabra de Dios el objeto primordial de su vida; sin embargo, si consideramos las circunstancias en que

se hallaba, encontraremos que pocos creyentes habrán tenido jamás mayores obstáculos en su camino para buscar a Dios.

Como Padre sabio, Dios da preciados beneficios a aquellos de sus hijos que le suplican.

Cuando pedimos comunión con Dios, ¿estamos dispuestos a dejar a un lado todo lo que estorbe esa comunión? Veamos bien si nuestro obrar está de acuerdo con nuestras palabras cuando nos presentemos ante el trono de misericordia.

Nos sirve de excelente ayuda el observar que nuestras oraciones y nuestros trabajos han de ser como el grano de trigo que cae en tierra. Primero hemos de buscar el ser muertos y sepultados; luego podremos seguir con paciencia y a su debido tiempo recogeremos una abundante cosecha.

Debemos presentarle a Dios nuestros problemas como si fueran suyos, pues lo son.

¡Cuán grande es el favor y el poder que tenemos con Dios! Porque somos reyes y sacerdotes para Él, somos por adopción y por gracia hijos suyos. Cuidemos bien de no contristar al Espíritu que nos ha sellado para el día de la redención, y Dios no nos negará nada (Juan 15:7).

El mejor testimonio de Esteban fue el último que dio. No cuando estaba orando, discutiendo con los de la sinagoga y haciendo milagros, sino cuando oró por sus perseguidores, pues fue entonces cuando se asemejó más a nuestro Señor Jesucristo en su paciencia, perdón y amor.

Cuando sientas sobre ti alguna presión especial, sé como la reina Esther, cuya primera petición fue la compañía del rey. En cada una de las pruebas, “buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia”, y las demás cosas os serán dadas como añadidura. Al buscar

en primer lugar que desaparezca la prueba, no haces sino demostrar que aún la necesitas.

No sólo es oración la plegaria que brota de nuestros labios. Los deseos del corazón creyente también los cuenta Dios como oraciones: son el humo del incienso que asciende, silencioso delante de Él.

Si la maleza crece en el camino, es difícil encontrarlo; pero si se anda mucho por él, se mantiene limpio y claro. Nuestro camino a la fuente de la vida, que es la sangre de Cristo Jesús, debe estar bien trillado por nuestras frecuentes confesiones.

La falta de fe le da poca estimación a la oración, sea nuestra o ajena.

Nunca nos acercaremos a Dios con oración de fe sin que la respuesta sea más de lo que tuvimos gracia para esperar. La expectación de lo que Dios va a hacer es un precioso fruto de la oración.

La conciencia de culpabilidad obstaculiza la oración, mas la conciencia limpia la deja fluir con facilidad.

Con frecuencia podemos tener el espíritu de oración sin que vaya acompañado del consuelo de la oración.

ACERCA DE LA FE

Si obramos solamente porque nuestro camino se encuentra libre de dificultades, no lo hacemos por fe. La fe opera confiada en la Palabra de Dios, sean cuales fueren las dificultades, y el andar por fe le da a Dios mayor gloria, pero implica la crucifixión de la carne.

Para ser fuerte en la fe se necesitan dos cosas: estimarnos a nosotros mismos en muy poco y estimar a Cristo en muchísimo.

La principal excelencia de la fe es que nos pone en comunión con Dios. Abel —el primero que se men-

ciona en la lista de Hebreos 11— se cuenta entre los ejemplos de fe, no porque hiciera ninguna cosa sobresaliente según los hombres, sino porque adoró a Dios de forma aceptable. No obstante, si confiamos en Dios, no hay límites para el poder de la fe, sea cual fuere la tarea que tengamos por delante.

Al débil en la fe le protege Dios de muchas tormentas que sirven para probar al fuerte en la fe (Gén. 22).

El hombre que construye una casa o un barco, procura con cuidado no sobrecargar ninguna viga; de la misma forma el gran Arquitecto no sobrecarga nuestra fe, sino que nos ofrece descanso, conociendo nuestra estructura, no permitiendo que se nos acumule tristeza sobre tristeza, según Filipenses 2:27.

Al olvidarnos de Dios, así como de su Palabra y sus promesas, nos vendamos los ojos para las más simples verdades. Isaac permitió que su propia parcialidad le cegara, y en esta ceguera estuvo dispuesto a dejar a un lado, como cosa sin valor, los propósitos de Dios concernientes a Jacob.

Cuando nos sintamos especialmente fuertes en la fe, vigilemos más cuidadosamente contra la falta de ella (ver 1 Samuel 26:5 comparándolo con 27:1). Así como la carne toma ocasión con el pecado, lo toma también con la gracia. Y nadie que estudie a fondo ese provechoso libro que es el propio corazón puede ignorarlo.

Poco después de haber demostrado Abraham su gran confianza en Dios, negó a su esposa por falta de fe. Moisés, el más apacible de los hombres, profirió con sus labios palabras necias. David, humilde y perdonador, se dejó llevar por la ira y el orgullo en el caso de Nabal.

La fe que siempre obra de acuerdo con la mente de Cristo no se rebaja a ningún subterfugio deshonesto

para librarse de las pruebas, sino que deja las consecuencias enteramente en las manos de Dios.

Un pequeño aumento en la fe opera grandes cambios en nuestro juicio y saca a la luz las escondidas riquezas de gracia y sabiduría divinas: pone en movimiento el poder de Dios para obrar maravillas en nuestro favor, separando las aguas del mar cuando rugen las olas.

Hebreos 11:24. El primer gran paso de la fe que dio Moisés fue rechazar el nombre de “hijo de la hija de Faraón”. A pesar de ello, erró en cuarenta años en cuanto a la liberación de Israel, debido a sus prisas. Su propósito era bueno, pero no estaba bien sincronizado. No se amoldaba a la voluntad de Dios, sino que deseaba hacer algo grande inmediatamente. Después de salir de la casa de Faraón, debiera haberle pedido a Dios su guía para el próximo paso, pues para cada paso de nuestra vida nos hace falta. “Yo (dice el Señor) guiaba en pies al mismo Efraim, tomándolo de sus brazos” (Oseas 11:3).

La fe se fija en el mandamiento para obedecerle y se apoya en la promesa. La fe sigue adelante sin considerar los peligros. Moisés había de seguir adelante, aunque su próximo paso fuese para meter al pueblo en el mar. No importa lo que las apariencias nos indiquen; el avanzar por la estrecha senda de la obediencia es lo que prueba la veracidad de las promesas; y la fidelidad, la sabiduría y el poder de Dios, que nos da las promesas.

No nos dejemos engañar por las apariencias, sino apoyémonos firmemente en las promesas. Cuando Jacob contempló la túnica de José que le trajeron sus hermanos, debiera haber dicho: “*Ve*o la túnica cubierta de sangre; *oigo* la narración de la muerte de José; pero, Señor, *creo* en tu palabra, en tus promesas acerca

de la grandeza y la gloria de mi hijo; lo que has prometido, estoy seguro de que lo cumplirás”.

Es una gran prueba del poder y la constancia de la fe cuando, con nuestra diligencia para agradar a Dios, nos elevamos por encima de nuestra obediencia a Dios.

La gracia, mirando fijamente a Cristo, hace llevarnos los sacrificios.

La falta de fe engendra toda suerte de males; la fe los evita y los cura.

Quisiera que todos los santos, en lugar de preguntarse *¿cuánto sé?*, se preguntasen *¿cuánto creo?*

Confiando en Dios, le agradamos; confiando en su gracia, su amor y su sabiduría, sin limitaciones. Pero maduramos muy lentamente para considerar nuestra sabiduría como ignorancia y la sabiduría de Dios como sabiduría verdadera, sabiduría infinita. Al llegar a este punto podemos entregarnos a Dios sin reservas.

La fe lucha y trabaja y se sostiene aun a despecho de todas las apariencias y en medio de todas las dificultades.

Mejor es que miremos por fe a Cristo Jesús a la diestra de Dios, que a la montaña de dificultades que se levanta ante nosotros.

Una de las mejores contestaciones a la oración es que seamos capaces de continuar orando (ver Mat 15:21-28).

La fe le ruega a Dios continuamente por su propio crecimiento.

Todas las cosas que están dentro del ámbito de las promesas de Dios, están también dentro del alcance de nuestra fe.

Si la fe pone los pecados del corazón en Cristo, no hay temor de que salgan granos de pecado en la piel.

La fe espera en Dios, pero también espera a Dios. Jacob (en Gén 32:9-12) esperó en Dios en lo relativo a su hermano Esaú, pero no esperó a Dios. Si hubiese

esperado, no hubiera tenido que inclinarse siete veces ante su hermano (33:3), sino que Esaú hubiera tenido que inclinarse ante él (27:29).

Dios se deleita en hacer por la fe aquello que la carne considera imposible. ¡Oh, cuán preciosa joya es esa fe resuelta que camina con Dios en todas las circunstancias, luchando contra los poderes de las tinieblas, sin inclinarse ante el Amán de las malas costumbres y los malos principios!

Nada podemos perder si ponemos nuestra confianza en Dios, pues a Él le honra la fe, especialmente la que sabe discernir su amor y su verdad aunque se encuentren ocultos por una densa nube. ¡Felices aquellos que son así probados! Así dice el Señor; “Tened por sumo gozo cuando cayereis en diversas tentaciones” (Sant. 1:2). Mantegámonos limpios de falta de fe y de mala conciencia, y estaremos protegidos en la roca del pabellón del Señor, protegidos bajo sus alas de amor eterno, hasta que todas las calamidades hayan pasado.

La fe puede superar la prueba de la muerte y el sepulcro, y puede cantar alabanzas a Dios en todas las circunstancias.

El firme propósito de confiar en Dios, cuando al que no tiene fe le parece que Dios está faltando a sus promesas, es prueba de una madurez en la fe como la que vemos reflejada en Job 13:15: “Aunque me matare, en él esperaré”.

Dios a menudo anima al débil en la fe dándole pronta respuesta a su oración; pero el fuerte en la fe será probado por la demora de Dios en contestarle.

La oración egoísta puede tener respuesta, como la que recibieron los israelitas: “Les dio lo que pidieron; mas envió flaqueza en sus almas” (Salmo 106:15).

La fe es como el cable de buena calidad, que aunque se sobrecargue y se someta a tensión, no se rompe en la tormenta.

La prueba humilla el alma y la capacita para llevar la bendición madura y para transportar la copa llena con mano firme. La fe no se desanima, sino que se mantiene pacientemente, esperando la bendición prometida al tiempo que sea oportuno en los planes de Dios.

¿De qué se nutre la fe? “Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida” (Juan 6:55).

La fe tiene el cometido de tomarle la palabra a Dios.

La fe no puede nunca perder el premio de la perseverancia, pues Dios se deleita en la fe perseverante.

En las pruebas de fe, cuidemos bien de que nuestro espíritu confíe en Dios sin restricciones. Él se deleita en que el alma repose en su seno, y honrará tal reposo. Jehová sigue siendo Rey y Señor sobre las muchas aguas y la fe está en el trono con Él.

SOBRE LOS PECADOS DE LOS CREYENTES

El corazón del hombre es como la mar en tempestad, cuyas aguas arrojan cieno y lodo (Isa. 57:20); pero en los pecados de los creyentes la culpabilidad alcanza su mayor talla.

Jonás no consiguió pecar lo suficiente para escaparse del amor de Dios; por tanto, pecando hasta conseguir salir de la comunión de Dios, fue más culpable.

Me considero más culpable que el criminal ajusticiado por el verdugo, porque la sangre redentora de Cristo me hace más consciente de mi pecado. Lo mismo que me ofrece el perdón me revela mi maldad.

La inmensa mayoría de los pecados de los hijos de Dios se cometen por ignorancia. Necesitamos exclamar con el Salmista: “Líbrame de los (pecados) que me son ocultos” (Salmo 19:12). Señor, ¡líbrame de las faltas escondidas a mis propios ojos, a mi propia con-

ciencia! Sin la sangre redentora de Cristo, estos pecados harían descargar sobre nosotros la justa ira de Dios. No tomemos a la ligera los pecados de ignorancia!

Los pecados cometidos durante nuestro estado anterior a la regeneración debieran estar siempre delante de nosotros; pero por contumacia, desde que probamos la gracia de Dios, pecamos como no puede hacerlo el hombre sin regenerar, pecamos contra el corazón mismo de Cristo, contra el amor de Dios y contra su Espíritu, que nos sella para el día de la redención. El hombre natural es rebelde contra su Hacedor; pero nosotros, los salvos, pecamos contra nuestro Padre. Olvidando la Cruz, nos vamos por nuestro propio camino. El remedio es la confesión pronta y sincera. Gracias a Dios porque nos ha provisto un Abogado para con el Padre (1 Juan 2:1).

Siempre hemos de estar en guerra contra los secretos ataques del pecado. Si dejamos que el pecado tome pie, irá avanzando más y más, ganándonos terreno, hasta que todo nuestro cabello caiga en el halda de Dalila (1).

El dudar del amor de Cristo, el limitar su gracia, es tan penoso para Él como indigno de nosotros. La última ofensa de los hermanos de José no fue la más pequeña (Gén. 50:15-21).

No hay falta en nuestro carácter que la gracia de Dios no pueda curar. Nos corresponde a nosotros, pues, no dar cuartel a los canaanitas (Jueces 2).

Dios trata con nosotros después de convertidos de forma distinta que antes de convertirnos. Como Padre sabio, tiene una vara de castigo para sus hijos, y nos castiga porque nos ama y porque nosotros conocemos

(1) N. del R.—Se refiere a la historia de Sansón, Jueces 16:19.

su amor, mientras que si no conociésemos su amor no nos castigaría.

Hay tentaciones especiales que traen consigo corrupciones especiales también, cuando no hacemos caso de los avisos que el Señor nos da.

Jesucristo se esforzó mucho y con mucho amor para que Pedro le conociese bien, y hubo de humillarle con aquella triple negación de su Señor, pero sin exponerle a la vista de sus enemigos. Aunque vencido por una repentina tentación, Pedro fue prontamente perdonado y restaurado (Lucas 22:55-62). Mientras que David, que había pecado deliberadamente y llevaba bastante tiempo en estado de desánimo, fue expuesto al pueblo y hecho odioso a sus propios ojos (2 Sam 12:16). Cuando Cristo restaura al caído, a veces hace a ese discípulo más fuerte que antes de la caída. "Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Luc 22:32). Así les acontecerá a aquellos que, como David y Pedro, tengan la voluntad de seguir a su Señor de todo corazón.

El pueblo de Dios, por regla general, es lento y reacio para buscar y sacar a la luz los pecados de ignorancia; pero si perseveramos en la búsqueda, pidiendo a Dios que nos los revele, nos dará un conocimiento de nosotros mismos que será muy humillante, al indicarnos nuestras faltas secretas; pero con esa humillación vendrá también una bendita consolación y comunión que, de otra forma, no podríamos disfrutar.

LA OBRA SILENCIOSA Y PROFUNDA

Lo más precioso a los ojos de Dios es con frecuencia lo que menos notan los hombres.

A menudo la obra del Espíritu Santo es tanto más poderosa cuanto menos la percibe el ojo corriente. Los

milagros de Judas y las profecías del rey Saúl no eran pruebas tan fuertes del poder del Espíritu Santo como las lágrimas de Pedro después de haber negado a su Señor.

Si queremos ser fuertes tenemos que proponernos como objeto de nuestra vida el agradar a Dios. Si le agradamos a Él, ¿qué enemigo podrá dañarnos?

Para que nuestros conocimientos puedan servir de provecho a los demás, primero han de servir de canal por donde fluya la comunión de nuestra propia alma con Dios en el secreto de nuestra cámara.

¡Cuán necesario es que tengamos extremo cuidado en nuestro andar, que busquemos consejo no solamente en Dios, sino también en aquellos hijos de Dios que son fieles y prudentes! Satán nos vigila, se fija en nuestras dudas, y nos enreda poco a poco. Empieza por aquellas cosas en cuya legitimidad cabe la duda y termina por las abiertamente pecaminosas. Empezando por pequeñas faltas se llega a grandes pecados.

La confesión que frecuentemente les hacemos a otros, sin que nos la pidan, pocas veces es sincera y profunda delante de Dios.

Los que, por andar muy cerca de Dios, están más libres de culpas, tienen la vista más aguda para los lazos de Satanás. El que está metido en la red casi nunca la percibe.

David, Elías y otros consiguieron victorias sobre sí mismos en la soledad y tuvieron poder con Dios. Luego, cuando salieron de la soledad, ¡con cuánta serenidad atacaron las mayores empresas y con qué facilidad las llevaron a buen término!

¡Qué gran victoria debió ganar Jonatán sobre sí mismo para poder gozarse en contemplar a David ser ensalzado por encima de él. Jonatán discernió la mente de Dios en David, y de tal forma había aprendido a deleitarse en Dios, que no consideró a David

como un rival que había de brillar más que él, sino como a otro hombre de fe dispuesto a servir a Dios y a Israel. No ocurrió otro tanto en el caso de Joab, quien, arrastrado al crimen por los celos, mató a su pariente Amasa (2 Sam 23:17; 2 Sam 20:9-10).

No tener nada y no ser nada, esta es la verdadera riqueza, la quietud y el reposo.

SOBRE LOS SIERVOS DEL SEÑOR

Sean cuales fueren los carnales títulos honoríficos que los hombres asignen a los que profesan ser ministros del Evangelio, la conciencia de los pecadores inconversos no los catalogará como hombres de Dios a menos que de veras lo sean.

Los que tienen que cumplir cualquier cometido en la iglesia, sea de evangelista, pastor, etc., no necesitan sólo instrucción y facilidad de palabra. También, y por encima del saber y la oratoria, hacen falta la gracia y una vida impecable. Aunque sean sencillos como palomas en cuanto a su táctica en el mundo, han de ser sagaces como serpientes en lo que respecta a su prudencia y a su sabiduría espiritual, para quitar la “ocasión” a aquellos que la buscan (2 Cor 11:12).

Poco le importaba a Pablo ser juzgado por los santos de Corinto. A despecho del veredicto que sobre él pudieran emitir estos creyentes, el apóstol Pablo se había propuesto hacerles bien, y sigue adelante con su propósito, glorificando a Dios. Trabaja intensamente para devolver la salud a su corazón y a su mente. “Mas todo, muy amados, por vuestra edificación. Porque temo que cuando llegare, no os halle tales como quiero” (2 Cor 12:19-20).

El siervo del Señor Jesucristo debe insistir a tiempo y a destiempo, teniendo en cuenta que es el mensajero

del Señor a todo aquel con quien se relacione, aprendiendo siempre del Señor, pues si ha de estar continuamente ministrando —que es como suministrando— a los demás, natural es que también continuamente tenga que estar recibiendo suministros. La meditación de la Palabra y la oración deberán ocuparle la mayor parte de sus horas. En su ministerio público y en su conversación privada, siempre debe tratar de alcanzar el corazón y la conciencia, buscando por todos los medios glorificar a Cristo y humillar al ser creado. En suma, siempre debe tener al Señor delante de sí y caminar en sus pasos, representando a Cristo para todo el que se fije en él.

Si Pablo pudo gozarse mucho a causa de sus hijos espirituales de Filipos, obtuvo mucho beneficio, aunque poco gozo, a causa de los de Corinto, pues sus muchos errores le dieron gran ocasión para mostrar el corazón de Cristo.

Los que caminan con Dios oyen su voz, y El les da trabajo.

El buen artesano aumenta su destreza aprovechando las lecciones de sus errores.

Jesucristo siempre encuentra trabajo en qué ocupar a los corazones y las manos que se prestan a servirle. Deseemos solamente aquellos servicios para los cuales Él nos ha capacitado.

Si cada hijo de Dios, cada miembro de Cristo, tuviera conciencia de su responsabilidad, pronto veríamos mejores cosas en la Iglesia de Dios.

Los siervos de Cristo han de poner su trabajo y penalidades al lado de su recompensa, y entonces considerar el estado de su corazón, procurando agradar a Dios día por día. Así estarán siempre gozosos a pesar de las tristezas.

El gozo y el triunfo de la fe se encuentran solamente

en el camino de nuestra total consagración a Dios y del servicio diligente a Cristo.

Todo el que trabaja para Cristo recibirá gran salario por poca fatiga.

Nuestra sabiduría consiste en considerar el agradar a Dios como nuestra gran recompensa. Si dejamos totalmente en las manos del Señor el dar el fruto como y cuando sea su voluntad, obtendremos gran abundancia de lo que no nos hemos propuesto buscar como mira primordial.

Marta quería agradar al Señor en la forma que ella entendía; María se adaptó a la forma que al Señor le gustaba. Hay muchos que quisieran agradar al Señor a su modo personal, todo por no buscar en las Escrituras la forma de hacerlo. Por eso, en medio de sus muchos esfuerzos, no son espirituales y se encuentran baldíos.

Por el encargo que Pablo le hace a Timoteo (1 Tim 4:12-16) entendemos el verdadero y propio carácter del siervo de Dios.

La obra del siervo del Señor requiere completa negación de sí mismo. "Ni aun Cristo se agradó a sí mismo" (Rom 15:3). Tiene que hacerse siervo de todos los hombres por causa de Cristo, para poder ser, siempre bajo la dirección de su Señor, el que guíe al pueblo: el primero para sufrir, el más trabajador en el servicio, el que esté siempre al cuidado de los otros y olvidándose de sí mismo.

ACERCA DE CRISTO

Cristo pasó dos veces junto a los ángeles; una hacia abajo, muy abajo, en su humillación; otra hacia arriba, muy arriba, en su exaltación.

Si Cristo es la vida y belleza de nuestros días de

luminosidad, también es el hermano nacido para acompañarnos en los días de oscuridad (1), y su amor brilla de tal forma que puede traspasar la más densa niebla. Porque Él ha sufrido, puede comprender y tener comunión con sus miembros que sufren; y nos instruye para que llamemos a nuestras aficciones ligeras y momentáneas (2 Cor 4:17-18), comparándolas con la eternidad de gloria.

Descansar totalmente en Cristo, cesando por completo en los esfuerzos de la carne, es el secreto de morar en Él.

Cuanto más conocemos a Cristo, más precioso se hace para nuestras almas. Si Cristo no fuera inescrutable no nos satisfaría, ni llenaría nuestro corazón, ni le daría paz a nuestra conciencia.

El poder del amor se muestra en las cosas grandes; la ternura del amor se observa en las pequeñas. Cristo mostró el poder de su amor en la Cruz, muriendo por nosotros, llevando nuestra maldición; pero mostró la ternura de su amor al decir: "¡He ahí tu madre!" "Hijos, ¿tenéis algo de comer?" "Mujer, ¿por qué lloras?"

Había una inconmesurable diferencia entre el estado de Cristo en la cruz cuando exclamó, bajo los terrores del Juez: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?, y cuando dijo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

"Haya, pues, en vosotros este mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús" (Fil 2:5). El no podía bajar a mayor profundidad que la de la Cruz; nosotros no podemos sondear las profundidades de su humillación ni tampoco comprender la gloria de su divinidad. Su exaltación es la respuesta a su humillación. No puede subir más alto que el lugar a la derecha de Dios,

(1) N. del R.—Pro. 17:17.

ni encontrar lugar más dulce donde reposar de sus trabajos y sufrimientos que el pecho del Padre. Nosotros hemos de participar de su descanso y de su exaltación, pues somos coherederos con Cristo, y Él no estará satisfecho hasta que sus miembros estén sentados con Él en su trono. Así, pues, dejemos que este sentir que hubo en Cristo Jesús (Fil 2:5-15) reine y domine en nosotros. Y puesto que la mentalidad humilde, tan difícil de alcanzar, debe ir delante del honor, démosle gracias a Dios por su disciplina, por más que sea amarga, sin la cual el orgullo no se inclina, ni la vanidad del hombre le permite llegar a conocerse a sí mismo.

Que la plenitud de Cristo llene nuestro corazón a medida que se vaya aumentando su capacidad, día a día. Por medio de la comunión con Cristo, el alma aumenta de capacidad continuamente, a pesar de lo cual el más íntimo conocimiento de Cristo nos hace sentirnos más pequeños.

Hagámonos al hábito de alimentarnos diariamente de Cristo, en secreto. Así comeremos y beberemos con “discernimiento” el cuerpo del Señor en el acto de tomar el pan y el vino de la comunión en la asamblea.

Para llenarnos de amor hacia Cristo, consideremos el amor de Cristo hacia nosotros demostrado en su muerte, por nosotros, en la Cruz.

INDICE

	Págs.
PREFACIO DE LOS EDITORES	5
PREFACIO DEL AUTOR	9
CAPITULO I. <i>Nacimiento y conversión</i>	11
CAPITULO II. <i>Preparación</i>	19
CAPITULO III. <i>Primeros días en Barnstaple</i>	29
CAPITULO IV. <i>Cambios</i>	37
CAPITULO V. <i>Sobre algunas costumbres</i>	45
CAPITULO VI. <i>Incentivos y problemas</i>	51
CAPITULO VII. <i>La Calle de Grosrenor</i>	59
CAPITULO VIII. <i>En días de lucha</i>	73
CAPITULO IX. <i>A pie por “la Isla de Esmeralda”</i> ...	81
CAPITULO X. <i>Fiel pastor</i>	91
CAPITULO XI. <i>Ocho meses en España</i>	105
CAPITULO XII. <i>La Universidad del Amor</i>	117
CAPITULO XIII. <i>Paz inefable</i>	131

SELECCION DE DICHOS ESCOGIDOS DE R. CHAP-

MAN	143
<i>Sobre el amor</i>	145
<i>Sobre la comunión cristiana</i>	146
<i>Como tratar las faltas entre hermanos</i>	149
<i>Sobre el control de la lengua</i>	150
<i>Sobre la disciplina de la Iglesia</i>	151
<i>Sobre Cristo y la Iglesia</i>	152
<i>Sobre el llamamiento de la Iglesia</i>	156
<i>Sobre la oración</i>	158
<i>Acerca de la fe</i>	161
<i>Sobre los pecados de los creyentes</i>	166
<i>La obra silenciosa y profunda</i>	168
<i>Sobre los siervos del Señor</i>	170
<i>Acerca de Cristo</i>	172